



*Un*

**NORUEGO**

*valiente para una*

**BAILAORA**

*ardiente*



**ANA E. GUEVARA**



*Selecta*



Un noruego valiente para  
una bailaora ardiente  
Adonis Tour 3

*Ana E. Guevara*

*Selecta*

## Oferta de empleo



*Turistea junto a un coloso y... ¡enamórate del mundo!*

Adonis Tours es un touroperador puntero con base en Madrid, especializado en circuitos a todos los continentes, visitas guiadas, talleres, actividades al aire libre y mucho más.

Básicamente, sabemos hacer de todo y, encima, somos muy muy altos.

Buscamos a cinco Adonis internacionales que midan más de un metro ochenta, con castellano fluido y que sepan mover bien las neuronas, para incorporarse a un equipo dinámico y con ganas de innovar. No se necesita experiencia previa, solo tener «altas miras»...

¿Lo has pillado? Pues suéltalo, que da calambre.

Alojamiento proporcionado por Adonis Tours y contrato indefinido tras el periodo de prueba. Salario a convenir, pero tampoco te pases pidiendo, ¿eh?

**¿Quieres ser un chico Adonis? ¡Contáctanos!**

## Prólogo

Me llamo Erik Jakobsen y soy oriundo de Hjelset, una ciudad noruega que no llega a los mil habitantes, anclada en la provincia de Molde. Crecí entre fiordos, montañas, islas y cascadas, y creo que parte de esa naturaleza salvaje la llevo dentro de mí. De pequeño me acompañaron las historias de trols, de espíritus de la montaña y de hadas del bosque. Hasta que, en mi adolescencia, descubrí la biblioteca del pueblo y devoré uno tras otro todos los libros que se pusieron a mi alcance.

Ernest Hemingway es mi autor favorito, y desde que leí *Por quién doblan las campanas* supe que algún día visitaría el país que, de forma tan desgarradora, describía en sus páginas. Aprendí español, y aunque mi acento es bastante marcado, mi gramática es impecable. Me hice un amante de toda la cultura española: en verano servía gazpacho a mis amigos, sabía bailar La Macarena, y en cada festival de Eurovisión le daba los *twelve points* a España.

El problema es que mis sueños ibéricos chocaban con los de mis padres y mis amigos. Para ellos estaba claro que yo heredaría la serrería de mi padre y que me acabaría casando con alguna de las muchachas del pueblo de más o menos mi edad —os recuerdo que no somos ni mil en Hjelset, con lo que mis posibilidades no son gran cosa—, con la que tendría tres o cuatro robustos hijos.

Decidí estudiar Filología Hispánica en la universidad a distancia, lo hacía por las noches, en secreto, como si fuera algo de lo que sentirse avergonzado. Un hombretón como yo escondido siempre entre libros era una aberración para mi familia. Entre libros del Siglo de Oro, coplas de Manolo Caracol y vídeos de Massiel pasaba mis ratos libres acercándome un poco más a esa cultura que me había entusiasmado.

Por eso, cuando vi el anuncio de una empresa española que buscaba extranjeros para guiar tours turísticos, no me lo pensé. Cumplía con las exigencias que pedían: medir más de un metro ochenta y hablar castellano fluido. Además, gracias a mi casi obsesiva lectura de los clásicos españoles me sabía muchísimas expresiones típicas del país como pardiez, tunante o vucencia. Ese trabajo iba a ser mi gran oportunidad. Metí mis exiguas pertenencias en una mochila de acampada y me fui dejando una nota para mis padres: «Madre, me voy para ser *toreador*».

Ya sabía que no iba a ser torero, pero quería dar un toque dramático a mi despedida, además de que supondría que en el pueblo los rumores serían mucho más succulentos así. Me sentía como Hemingway, a punto de lanzarme a una aventura en España de la que no sabía si saldría vivo. Tengo cierta tendencia natural al dramatismo, por si no os habíais dado cuenta.

Desembarqué en Madrid, una ciudad que cuenta ella sola con más de la mitad de los

habitantes de toda Noruega, y con un invierno más cálido que el mejor de los veranos que yo había conocido nunca.

Pero yo me sentía feliz, liberado y preparado para cualquier tipo de aventura.

## Capítulo 1

**A**donis Tours, así se llamaba la empresa para la que iba a trabajar en el mejor lugar sobre la tierra, o así me lo parecía a mí. Nos ofrecían alojamiento, venir a buscarnos al aeropuerto, y todo eso «*en un entorno laboral agradable donde la fraternidad forma parte de nuestra cultura de empresa*», como rezaba el e-mail de confirmación que había recibido una vez que aceptaron mi candidatura.

Así que metí mis pantalones de pana, mis camisetas térmicas, mi plumífero, todos mis gorros de lana y unas cuantas camisas de franela en una maleta y me embarqué en un vuelo rumbo a Madrid. Os diré una cosa por si no lo sabéis: en Madrid hace mucho calor. Mucho mucho calor. O eso me pareció a mí cuando aterricé en abril y el termómetro marcaba veintidós grados. Cuando yo me subí al avión en Noruega había cuatro grados, así que la diferencia de temperatura fue lo primero que me llamó la atención. Empecé a sudar como un pollo y tuve que quitarme capas de ropa en medio del aeropuerto.

Lo segundo que me sorprendió fue el ruido. Estoy acostumbrado a vivir en plena naturaleza y la jungla de asfalto de Madrid fue toda una sorpresa para mí. El aeropuerto en el que aterricé seguramente contenía más personas que todas las que había en mi provincia, y la mayoría hablando muy alto. Eso hizo que mi primera interacción con una española fuera un desastre tirando a catastrófica.

Nada más bajar del avión, vi a una chica hablando a voces con un joven, yo supuse que se estaban peleando y fui a defender el honor de la muchacha, como haría en mi pueblo.

—¡Déjala en paz, tunante! —le dije al que yo pensaba que era el presunto agresor, usando una de mis palabras favoritas desde que la leí en un libro de Francisco de Quevedo.

—¿Este de qué va? —le preguntó él a la chica mientras la cogía del brazo.

En Noruega no somos especialmente tocones, nos gusta mantener las distancias y ni con la familia nos mostramos abiertos a tocarnos el brazo o dar muestras de cariño en público. Por eso, ese simple gesto, tan común para los españoles, a mí me pareció una agresión y, cogiendo al chaval por las solapas de la camisa, lo levanté dos palmos del suelo.

—Déjala, bellaco. —Esta la saqué de *El capitán Alatriste*.

—Pero ¿qué le haces a mi novio? —preguntó la muchacha con gesto de terror.

Lo que vino a continuación pasó muy deprisa: la chica se puso a gritar, vino gente a rodearnos, oí que alguien hablaba de llamar a seguridad, y algo de «*un gigante loco que nos ha atacado mientras estábamos hablando tranquilamente*». Dejé al joven en el suelo tras pedirle disculpas y salí de ahí por patas para reunirme con mis compañeros, que esperaba hubieran

tenido una llegada al país más tranquila que la mía.

Una vez que estuvimos todos, algo que se demoró una barbaridad porque el escocés al que esperábamos estaba en otro sitio tocando la gaita, nos pusimos rumbo al lujoso alojamiento prometido en la publicidad.

Ahí íbamos en la furgoneta un maorí más grande que un armario, un italiano de ademanes refinados, un etíope que debía ser hijo de un príncipe africano por el traje que llevaba, el escocés de la gaita y yo. Parecían majos, me dije mientras veía cómo nos alejábamos del aeropuerto para acercarnos al centro de la ciudad. Yo iba con la nariz pegada al cristal como un perro al que sacaban de paseo en coche. Ni la nube de contaminación que flotaba sobre la capital pudo empañar el buen humor que yo traía por cumplir al fin mi sueño.

\*\*\*

Yo soñaba con llegar a nuestra nueva casa, echarme un rato en la mullida cama y luego tomarme una fabada acompañada de un Ribera del Duero. No sabía lo que eran ninguna de esas dos cosas pero, por lo que había leído, tenían pinta de ser trocitos de cielo. Llevaba soñando con degustar los platos típicos españoles desde que salí de Oslo en una especie de lata con alas.

El alojamiento no era exactamente como nos lo habían pintado, la chica de recepción no era nada amable, el solárium con piscina en verdad era una piscina de plástico puesta en la terraza y se me salían los pies de la cama, pues era de uno noventa y yo mido uno noventa y tres, así que empezábamos mal. La recepcionista nos recordó una docena de veces que ella acababa su turno a las seis y que se estaba quedando más tiempo del necesario por nosotros. No parecía muy amistosa, ni ardiente, como supuse que serían todas las mujeres españolas. También me sorprendió no verla vestida con el traje de volantes rojo con puntos blancos, pero supuse que solo se lo pondrían para ocasiones especiales como bodas o entierros.

Lo bueno de haberme criado en los fiordos es que estoy acostumbrado a sobrevivir con poco, me gustaba la acampada, pescar o cazar mi propia comida y no me importaba dormir al raso. Así que no lo llevé tan mal como alguno de mis compañeros. Parecía que Stefano y Dase se iban a desmayar en cualquier momento mientras este último pasaba un dedo por las superficies para comprobar el estado de limpieza del sitio. Al único que no pareció importarle la situación fue a Tane, que estaba encantado con todo lo que veía. Nuestro maorí particular había viajado mucho a lo largo de su vida y se adaptaba fácilmente a cualquier circunstancia. No le importaba dormir en el suelo o llevar la ropa algo desgastada, al contrario que Dase, que parecía a punto de darle una apoplejía.

Esa primera noche salimos a cenar fuera, a festejar que habíamos llegado por fin al país donde todos nuestros sueños se iban a hacer realidad. Aunque no de la forma en la que teníamos previsto.

## Capítulo 2

Desde aquel lejano momento en el que los cinco nos encontramos en el aeropuerto habían pasado ya varios meses y, poco a poco, habíamos encontrado nuestro ritmo. No siempre estábamos los cinco juntos, pues Stefano y Dase hacían tours guiados por sus respectivos países. Tane enseñaba surf a los clientes en el complejo Ola y Adiós, mientras que Sean les enseñaba cultura escocesa y nos martirizaba cada mañana con su gaita. Yo, por mi parte, preparaba talleres de supervivencia, primero de forma teórica en Madrid y luego llevándome a los clientes varios días a la sierra de Guadarrama.

Ya llevaba suficiente tiempo en el país como para entender que las mujeres no se ponían casi nunca el traje de volantes, que no todos los hombres son toreros y que si dices «pardiez» la gente te mira raro. A veces me sentía un poco como Alonso de Entreríos de *El Ministerio del Tiempo*, serie de televisión a la que me aficioné nada más llegar. También había visto *Fortunata y Jacinta*, *El Quijote* y *Curro Jiménez*, que estaban disponibles en internet de forma gratuita. ¡No me iba a la cama sin verme algún capítulo! El problema es que a mis amigos les gustaban más cosas como *La casa de papel* o *Aquí no hay quien viva*, y muy a menudo teníamos disputas por el control del mando de la tele. Aunque se solucionaron cuando decidimos imponer un horario que debía ser respetado por todos.

El verano fue para mí como pasar una temporada en el mismísimo infierno, llegamos a temperaturas de cuarenta y cinco grados y yo pasaba todo el tiempo que podía a remojo en la piscina del edificio. Stefano, Dase y Tane parecían llevar el calor mejor que Sean y yo, que no sabíamos dónde meternos para ocultarnos de tan infernal fuente de calor. Me compré dos ventiladores y me los puse en el cuarto, lo sentía por Antonio, nuestro jefe, porque la factura de la luz se iba a disparar en esos meses infernales.

Por eso, cuando llegó septiembre y comenzó a refrescar un poco por las tardes, recuperé algo de la vitalidad que había perdido durante el tórrido estío. La resistencia de los españoles al calor era algo que envidiaba, cuando los veía me recordaban a los camellos que cruzan el desierto del Sahara y parece que son inmunes al calor. Decidí que septiembre era el momento perfecto para aprender alguna habilidad nueva, estuve dudando entre varias opciones pero, al final, la respuesta apareció ante mí clara como la luz de esa bola ardiente que aquí en España brillaba más que en Noruega: me apuntaría a clases de flamenco.

Además, estaba de suerte, había una academia no muy lejos de nuestro piso, en el barrio de La Latina, y en cuanto abrieron las inscripciones fui para allá sin dudarlo. Era una oportunidad única que no podía dejar escapar.



\*\*\*

Rocío llegó a la academia de baile de la que era profesora quince minutos antes de que se abrieran las puertas. Le gustaba estar allí y disfrutar del silencio de la sala de baile. Vio su esbelta silueta reflejada en los espejos que cubrían toda una pared y se recolocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Daba igual lo que hiciera, sus rizos acababan siempre escapándose.

Tenía una larga melena morena, una nariz respingona y unos bonitos ojos verdes. Su madre, de pequeña, le decía que se parecía a Esmeralda, la de *El Jorobado de Notre Dame*, y ella se ponía a menear las caderas como hacía la gitana en la famosa película de Disney. No se había leído la obra de Víctor Hugo, y todo su referente en cuanto al personaje era por la película de la factoría de Mickey Mouse. Le encantaba cómo se movía al compás de la pandereta mientras las simpáticas gárgolas cantaban con ella.

Porque esa era su pasión: el baile. En su Sevilla natal había empezado desde pequeña en la escuela de baile del barrio, para pasar después a la escuela municipal y terminar en la Academia de Flamenco Manuel Betanzos, donde solo los mejores hacían carrera. Su sueño se había hecho realidad, pero no duró demasiado tiempo. Un accidente esquiando en Sierra Nevada truncó sus aspiraciones de ser bailarina profesional.

Varias semanas de escayola y casi un año de rehabilitación de la pierna que se había roto hicieron que no fuera capaz de recuperar el nivel que tenía antes del accidente. Sabía que, quedándose en Sevilla, le costaría encontrar trabajo bailando, pues solo sería una más entre todas las grandes artistas que proporcionaba cada año la ciudad, y decidió partir a Madrid donde supuso que habría menos competencia y más oportunidades.

Tenía un currículum impecable, y su nivel seguía siendo excelente, aunque no lo suficiente como para integrar una compañía de baile. Por eso se dedicó a la enseñanza, a transmitir la pasión que por este arte sentía a sus alumnos, que eran grupos de lo más variopintos.

Tenía varios grupos infantiles, con niñas, sobre todo, que querían aprender a bailar. Gracias a Rosalía la pasión de las más jóvenes por el flamenco se había disparado y tenía ahora más trabajo que antes. Pero también daba clases a adultos. Estos grupos se componían, sobre todo, de divorciados que pensaban encontrar pareja bailando y para los que este tipo de actividades eran como una versión analógica de Tinder; de gente que dio alguna clase de niños y quería retomarlas; o de personas a las que siempre les había gustado el flamenco, pero que no tuvieron la oportunidad cuando eran más jóvenes.

El estudio había sufrido una reforma importante durante el verano y estaba ahora casi irreconocible. Habían cambiado los espejos, pintado las paredes y puesto un parqué de mejor calidad en todas las salas. Los vestuarios también habían sido renovados y hasta la recepción lucía ahora un aspecto impecable. La reforma costó un dineral, pero había merecido la pena.

Suspiró y se dirigió a la puerta, hoy tenían una clase de prueba gratis, la mitad de los que venían no solían repetir, pero eso significaba que la otra mitad seguiría y su amor por el baile podría pasar a ellos.

Abrió la puerta e indicó a los que esperaban fuera que la siguieran al interior de la sala. El grupo era exactamente lo que esperaba: hombres y mujeres de mediana edad, alguna chica de unos veintitantos y... *¿Eso que estaba viendo era un vikingo de casi dos metros?* El hombretón había tenido problemas para atravesar la puerta y destacaba por más de una cabeza sobre el resto de sus alumnos. Además, no le quitaba el ojo de encima y se le había quedado mirándola fijamente con la boca abierta. A pesar de que parecía medio lelo con ese gesto, no pudo evitar pensar que era muy guapo.

Carraspeó para borrar esa imagen de su mente y comenzó con su clase.

—Buenas tardes a todos, me llamo Rocío y estoy encantada de teneros en la academia de Margarita de las Cuevas. Antes de ponernos con el tema, os voy a hacer un pequeño resumen de la historia del flamenco.

Habló durante unos cinco minutos sobre el origen, las ramas del flamenco, los distintos palos y algunos de los nombres más célebres de cada especialidad.

—No os preocupéis, no vamos a hacerlo todo, pues sería imposible. En este nivel nos quedaremos con los más sencillo, que son las sevillanas y las bulerías. Si seguís con nosotros, algo que personalmente me encantaría, en años posteriores aprenderemos la soleá, el fandango y otros muchos estilos de este noble arte. Pero vamos a entrar en materia, repartíos por la sala que comenzamos el calentamiento.

El gigante vikingo se puso al final de la clase, pero daba igual, pues lo veía sobresalir por encima de todos los demás. Ponía interés y pasión en cada gesto y, a pesar de hacerlo de pena, no se desanimó en ningún momento. Sus gestos eran torpes, bruscos y carentes absolutamente de cualquier sentido del ritmo. Ni pasando diez años en esa escuela conseguirían hacer de él un buen bailarín. Sabía que tenía que concentrarse en todos los alumnos pero, por más que lo intentara, sus ojos volvían a la imagen del desconocido que el espejo le reflejaba.

Terminó la clase y se quedó unos minutos respondiendo dudas a aquellos que las tenían o charlando con alguno de los alumnos. El vikingo se había quedado un poco apartado y esperaba su oportunidad para hablar con ella. Cuando casi todo el mundo se hubo marchado, se acercó por fin.

—Ha sido maravilloso, ese arte, ese... *lidenskap*<sup>[1]</sup>... Me ha dejado sin palabras, señorita Rocío.

—Gracias, pero solo es Rocío.

—Es usted maravillosa, es como ese personaje de la obra de Mérimée.

—Hombre, pues espero que no, porque la pobre Carmen muere acuchillada en el libro.

—Me llamo Erik, Erik Jakobsen —dijo el hombretón tendiéndole una mano que parecía una sartén.

—Rocío, de momento sin apellido, que eso en España es algo muy personal. Porque tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—De Molde, señorita Rocío. Digo... Rocío.

—¿Molde? Eso es lo que se usa aquí para hacer las magdalenas —respondió soltando una risotada—. Bueno, ¿qué te ha parecido la clase?

—Lo mejor del mundo, voy a hacer los cheques para inscribirme en cuanto terminemos de hablar.

—¿Cheques? Mejor, billetitos, ¿qué te parece?

—Perfecto, señ... Rocío.

—Pues, hala, ya te veo en la próxima clase.

Vio cómo se alejaba rumbo a la secretaría, unas espaldas poderosas apenas contenidas en una camisa de cuadros, una melena rubia que llevaba suelta y le daba el aspecto de un león y un trasero duro, a juzgar por cómo se le ajustaban los pantalones. Rocío sonrió y se dijo que tendría que contarle eso a su mejor amiga lo antes posible.

\*\*\*

«¡Qué mujer ¡Qué mujer!», era lo que me iba repitiendo de camino a casa. Era preciosa y se movía con una sensualidad y una fuerza que no había visto nunca. Mientras bailaba, estaba tan concentrada que no pude evitar enamorarme de la arruguita que le salía entre las cejas. Morena, de pelo rizado y unos ojos de verdes de gata que me recordaban a una canción, pero no sabía cuál en ese momento.

Al principio me sentí un poco incómodo siguiendo los pasos que ella dictaba, pero poco a poco fui cogiendo confianza y creo que conseguí impresionarla por mi capacidad corporal. Estaba convencido de que acabaría el curso siendo el mejor alumno de la clase.

Y cuando se había reído, parecía que el cielo se había abierto y unos querubines habían bajado para tocar sus arpas celestiales. ¡Qué risa! Había leído algo sobre eso también. «¿Góngora, tal vez?». En cuanto llegara a mi cuarto me descargaría en el *ebook* de nuevo todas las obras del Siglo de Oro, que hacía unos años que no me las leía.

«¡Qué mujer!», me dije de nuevo mientras volvía con paso ufano a nuestro edificio.

## Capítulo 3

Estábamos alojados en un edificio de cuatro plantas algo destartado en La Latina. El nombre del barrio no me podía gustar más, era una señal, me repetía cada vez que tenía que apuntar mi dirección para cualquier trámite de la Administración o para que me trajeran comida a domicilio. Cuando llegué a nuestra casa, como a mí me gustaba llamarla, me encontré a todos mis compañeros en el salón de la primera planta.

Dase leía concentrado algo en su libro electrónico, Tane jugaba a un ruidoso juego en una Game Boy original ocupando él solo prácticamente todo un sofá, Stefano cortaba hierbabuena y Sean veía concentrado el canal escocés en la televisión. Estaba viendo un programa sobre la pesca de salmones y, en otro momento, me hubiera sentado a su lado para disfrutar de ese mágico instante, pero hoy tenía otros planes. Me pareció que era la ocasión perfecta para anunciarles la buena nueva.

—Amigos, tengo algo importante que comentaros.

Todos dejaron sus quehaceres y se volvieron hacia a mí expectantes.

—¡Estoy enamorado!

Me miraron con apatía y volvieron cada uno a lo que estaban haciendo. Yo no esperaba que me montaran una fiesta como la de Año Nuevo, pero no sé, unas palmadas en la espalda, algunos vítores y puede que me llevaran a hombros por el salón cantando «porque es un chico excelente». Vamos, lo normal en estos casos. Su reacción me hizo pensar que tal vez no me había expresado claramente, y volví a la carga.

—Amigos, compañeros, compadres, ¡que me he enamorado!

—Como cada semana —dijo Tane sin dignarse a levantar la vista del juego, y todos rieron su ocurrencia.

—Pero esta vez es diferente.

—Eso es lo que dices siempre y ¿cuántas cajas de supermercado llevamos ya? ¿Tres? —preguntó Dase, que había aparcado momentáneamente la lectura.

—Cuatro —le corrigió Stefano—. El otro día pasamos por Primark y...

—¡Es que tenía piel de alabastro! —traté de defenderme.

—¿Y camareras? Debemos ir ya por seis o siete —añadió Sean, que se había girado dando la espalda a la televisión para unirse a la conversación.

—No es culpa mía si las españolas son todas preciosas.

—¿Y qué me dices de la cartera? —apuntó Stefano.

—Bueno, sí...

—La chica de la ONG que nos paró en Sol —añadió Dase.

—La quiosquera —apuntó Tane.

—La policía que nos cruzamos cerca de Atocha.

—Sí, sí, sí, lo entiendo, tengo el corazón ligero y las españolas son mi perdición. Pero, a pesar de que las encuentro a todas bonitas, ninguna ha sido capaz de robarme realmente el alma. Hasta esta tarde.

—¿Y quién es la afortunada? —preguntó Stefano, que ya se estaba imaginando la trama de su próxima novela.

—Es una profesora de flamenco.

—¡Menudo cliché! Os digo yo que este enamoramiento le dura menos que el que tuvo con la repartidora de Amazon.

—No me estáis entendiendo, ella es... Es *laksen min*.<sup>[2]</sup>

Me miraron sin comprender.

—Mira, chaval, es posible que ella sea eso que has dicho, pero ya te vamos conociendo y sabemos que te gustan todas —terció Sean.

—Aunque no has triunfado con ninguna —añadió Tane, y todos le rieron de nuevo la broma.

Miré a mis compañeros ceñudo. Vale, es verdad que el tipo de mujer española tenía algo que me resultaba irresistible, y también es verdad que en los meses que llevaba en España no había intimado lo suficiente con ninguna, pero eso no significaba que lo que había sentido al ver a Rocío fuera menos cierto. Yo lo sabía, soy cazador y suelo fiarme de mis instintos, pues ellos no tienen la costumbre de traicionarme, y ahora mi instinto me decía que yo tenía razón, a pesar de las chanzas de mis compañeros.

—Sois una panda de truhanes —les dije antes de sentarme en el sofá al lado de Sean.

Me llevaba bien con el escocés, los dos veníamos de ambientes agrestes, de naturaleza salvaje y donde se pescaban buenos salmones. Eso era suficiente para que me cayera bien. Su hora de ver la televisión había acabado y era el turno de Dase, pero estaba tan metido en su lectura que ni siquiera se había dado cuenta de que le tocaba a él. Por lo que me senté al lado de Sean para darle conversación y así distraerme de esos ojos verdes que me habían hechizado.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Como siempre, tío. He tenido una presentación en una asociación, y ahí estaba yo, explicándoles los sucesos del levantamiento Jacobita, hablando de la masacre desgarradora de Culloden, dejándome el alma para que comprendieran por lo que había pasado mi gente, y ellos van y me preguntan al final de mi charla si es verdad que no llevamos nada debajo del kilt. En serio, ¿es lo único que les importa de nuestra historia? De verdad, cuánto daño ha hecho Jamie Fraser.

—Un día deberías llevar ropa interior de lentejuelas y sentarte con las piernas abiertas, como Sharon Stone en *Instinto Básico*, así los sacas de dudas —le dije riéndome mientras le palmeaba la espalda.

Éramos una curiosa hermandad, cinco hombres venidos de distintas partes del mundo, cada uno con su propia historia, con su bagaje emocional propio, y que, sin embargo, habían conseguido hacerse amigos a pesar de las diferencias. La convivencia no siempre era fácil, en ocasiones saltaban chispas, pero mayormente se podía decir que teníamos una relación bastante buena.

Cogí el móvil y me puse a buscar a Rocío en redes sociales, por mucho que mis amigos dijeran que este enamoramiento se me pasaría tan rápido como los anteriores, yo sabía que no iba a ser así. Que lo que sentía por ella era distinto. No di con ella, o no tenía cuenta en Instagram o Facebook, o la tenía con otro nombre. El próximo día le preguntaría, querría añadirla como amiga. A lo mejor le gustaba la supervivencia y podía invitarla a uno de mis fines de semana de acampada, esa táctica había funcionado con Stefano y Abril y no había razones para pensar que no fuera a funcionar conmigo.

## Capítulo 4

Ese día me tocó trabajar en Vallecas, en la asociación de vecinos. Pocas veces en mi vida había visto un grupo tan variopinto y, sobre todo, tan poco preparado. Estábamos en el patio trasero de la asociación, un espacio de cemento y rectangular, en el que el arquitecto se había preocupado más por hacer algo resistente que bonito. Aquí se celebraba el bingo en los meses de primavera, alguna que otra verbena y las reuniones de la asociación cuando el buen tiempo lo permitía. También celebraciones de comuniones y de bautizos y mítines políticos en tiempo de elecciones. Había mesas y sillas de plástico con el logo de una empresa de cervezas pintado en los respaldos y algunas plantas trepadoras subiendo por las columnas del porche.

Estaba tratando de enseñarles a encender fuego frotando dos ramas. Siempre hay un listo que saca un mechero y hace trampas, pero la mayoría de la gente procura emplearse a fondo para hacerlo bien. La técnica no es precisamente simple y hace falta destreza y velocidad.

Encender un fuego en el bosque es algo que cualquier habitante de Hjelset de más de seis años sabe hacer perfectamente pero, por lo visto, en Madrid esa habilidad no es tan conocida. Llevaba ya seis meses en España y solo podía pensar en el invierno madrileño. Me había traído hasta las raquetas y la ropa interior térmica para cuando cayera metro y medio de nieve. ¡No podía esperar a que llegara ese momento! Por eso me sorprendía que mis alumnos —me costaba trabajo llamarlos clientes— se desempeñaran tan mal en esos menesteres. ¿O es que acaso aquí no nevaba tanto como en Noruega? Luego pensé en que, si hay osos, tiene que hacer frío, y me quedé más tranquilo. ¡Estaba deseando que llegara la primera nevada para ir al centro en trineo!

Entonces se me ocurrió una idea.

—*Bjørn! Bjørn!*<sup>[3]</sup> —me puse a gritar en noruego.

*Los dejé clavados de miedo. La verdad es que, con mi altura, el pelo suelto y dando voces en otro idioma, tuvo que ser una imagen bastante terrorífica. Ahora me doy cuenta del error, aunque en aquel momento me pareció una buena idea para motivarlos a trabajar más deprisa. Aunque, por lo visto, y esto lo aprendí después, los españoles llevan mal lo de trabajar bajo presión.*

—*¡El oso! ¡Viene el oso, haced fuego para espantarlo!*

*Una señora se echó a llorar, un joven de poco más de veinte años huyó despavorido, y la mayoría tiraron los palos al suelo y corrieron a esconderse tras las columnas del patio o las sillas de plástico que estaban por allí distribuidas.*

*Pasé un buen rato tratando de calmarlos, explicándoles que solo quería motivarlos y que, en verdad, no había ningún oso en los alrededores, antes de que quisieran volver a aproximarse. Le*

tendí un kleenex a la señora llorosa, di varios abrazos a los desconsolados y entoné el *mea culpa* de nuevo. La naturaleza sensible de los españoles contrastaba con la frialdad de los noruegos, pero bueno, son cosas que se van aprendiendo con el tiempo. Al final pude terminar mi clase, pero mis alumnos no parecían demasiado entusiasmados con mis métodos. Les prometí que no les gritaría más en noruego y que usaría técnicas menos amenazantes.

Volvía de camino a casa cuando sentí que algo me llamaba, no lo puedo explicar, ya os he dicho que me fío bastante de mis instintos, y esta era una de esas situaciones en las que estaban trabajando a pleno rendimiento.

Me giré y ahí estaba, un edificio anodino, con un escaparate lleno de chismes y un cartel luminoso que rezaba «Bazar Chino Juan». Me sentí atrapado por ese neón que brillaba de forma intermitente, notando el pelo de la nuca erizado, y tuve que cruzar la calle para entrar en la tienda.

Era una de esas tiendas tan frecuentes en España, pero inexistentes en Noruega, donde lo mismo se podía comprar una regadera de Pikachu, que comida para peces o condones. Todo lo que la mente humana pudiera imaginar podía ser encontrado en ese sitio. ¡Y por un precio irrisorio! Si algún día regresaba a mi país natal, montaría una cadena de bazares chinos por toda Noruega, seguramente me haría más rico que el mismísimo rey.

Deambulé por los pasillos atestados de objetos a precios bajos esquivando flores de plástico, juguetes para niños y cacerolas hasta que lo vi. Mis pies se dirigieron hacia él sin apenas pisar el suelo, lo sostuve entre las manos extasiado. Era perfecto, no me podía creer que lo hubiera encontrado precisamente ahí. ¿O tal vez era él el que me había encontrado a mí? Creía firmemente en el destino y sabía que esto era obra suya, así que, sin pensarlo dos veces, me dirigí a la caja para pagar. No había ni mirado el precio, pero me daba igual, estaba dispuesto a dejarme el salario de un mes si fuera necesario, pero debía ser mío.

El dueño del establecimiento, un anciano asiático de edad indeterminada y ademanes suaves, me cobró con una gran sonrisa y pude notar como una especie de energía mística fluía entre nosotros. ¿Estaría emparentado con Confucio? ¿Era algún tipo de espíritu guía mandado a la tierra? Lo tenía claro, había hecho lo correcto. Esa tarde iba a dejar a Rocío sin palabras en la clase de flamenco.

\*\*\*

El rato que estuve en mi cuarto esperando a que llegara la hora de ir a la clase se me hizo eterno. Como cuando te toca esperar en la sala de espera del médico o cuando estás en una clase que no te interesa. Parecía que los minutos no pasaban, y cada vez que miraba el reloj era prácticamente la misma hora. Cuando la impaciencia pudo conmigo, decidí ponerme lo que había comprado en el chino e ir a ver la reacción de mis compañeros.

Bajé con aire resuelto la escalera, pues le había cogido cierta manía al ascensor, últimamente se movía solo y tenía miedo de quedarme un día encerrado y sin poder salir. Cuando llegué a la sala común, vi a Sean discutiendo con Tane.



—Me falta comida, otra vez —dijo el escocés con tono enfadado.

—Te he dicho que yo no he sido, y los demás me parece que tampoco.

—Pues a menos que Marisa esté sacándose un sobresueldo vendiendo en el mercado negro lo que tenemos en el frigorífico... ¡No me jodas! ¿De qué vas disfrazado? —dijo al verme entrar en la habitación.

Me había comprado en el bazar un disfraz de «flamenco español», como decía la etiqueta de la bolsa. A pesar de ser de mi talla, me quedaba algo pequeño. Constaba de una camisa blanca con mangas con volantes que empezaban en el codo y debían llegar hasta la muñeca, pero que en mi caso se paraban a mitad del antebrazo. A pesar de cerrarme todos los botones de la camisa, llevaba medio pecho descubierto, no sé si por el problema de tallaje, un error en la fabricación, o que, desde un principio, esa era la intención. Unos pantalones negros que me quedaban pesqueros, un fajín rojo y un gorro negro como el que usaba Antonio Banderas en *La Máscara del Zorro*.

—Voy de español —dije orgulloso de mi vestimenta.

El primero en reírse fue Sean, y todos los demás lo siguieron a coro después.

—¿Has visto a muchos españoles vestidos así por aquí?

—Tampoco he visto a escoceses con falda, pero os la ponéis para las grandes ocasiones —me defendí.

—Se llama kilt, y te aseguro que no es lo mismo.

—Estoy convencido de que esa camisa es parte del traje típico regional de algún país sudamericano, pero no tiene nada que ver con España —añadió Dase de forma técnica.

—Vaya, ahora todo el mundo por aquí es estilista de moda y antropólogo. Yo creo que voy estupendo para conquistar a mi ardiente bailaora.

—Yo creo que Halloween es dentro de mes y medio —dijo Stefano siguiéndole la broma a los demás.

—Podéis reiros lo que queráis, pero estoy seguro de que la voy a dejar sin habla cuando me vea.

—Eso dalo por hecho, me has dejado sin habla a mí, y soy italiano.

Todos rieron, y esta vez los acompañé también. Yo pensaba que iba estupendo pero, por lo visto, mis amigos creían que era algo exagerado; bueno, pues solo quedaba una forma de saber quién tenía razón. Y sin más dilación, salí a la calle a enfrentarme a la bailaora que me había robado el corazón.

## Capítulo 5

Rocío esperaba a sus alumnos dentro de la sala de baile. Varios habían llegado ya, hoy era el segundo día de puertas abiertas y tendría algunas caras nuevas y algunos del primer grupo que se hubieran inscrito de forma definitiva. Mientras ella preparaba la música, había un murmullo constante de las conversaciones de los alumnos, por eso, cuando ese sonido de fondo se cortó de golpe, se giró para ver qué lo había provocado.

En el quicio de la puerta vio aparecer al vikingo de la semana anterior, pero que hoy venía disfrazado de ¿uno de los coristas de Carmen Miranda? Era difícil de saber, pues había demasiados elementos a los que mirar y el ojo humano no es capaz de abarcar tanto de una sola vez. El gorro de justiciero, los pantalones dos tallas más pequeños, la camisa de volantes y el fajín, que era el único elemento remotamente correcto en ese atuendo.

Él la miraba con una sonrisa radiante y ella no pudo sino maravillarse ante la confianza en sí mismo que demostraba el gigantón.

Comenzaron la clase por el calentamiento, como la vez anterior, pero por más que lo intentara, su mirada acaba dirigiéndose hacia el final de la clase y chocaba con los ojos azules de Erik. El sombrero se le había caído dos veces y, al final, tuvo que dejarlo junto a un banco, pues estaba claro que no era cómodo para bailar, sobre todo, en una clase de principiantes.

Por la abertura nada discreta de su camisa, podía entrever unos pectorales firmes y bien definidos, y sus brazos apenas podían contenerse dentro de la débil tela de la camisa barata. Y eso fue precisamente lo que pasó: cuando les pidió que levantaran los brazos para hacer un movimiento, todos escucharon un estruendoso crujido proveniente de la esquina ocupada por Erik. Su camisa acababa de partirse por la espalda.

—Me sorprende que haya aguantado tanto —murmuró uno de los alumnos de mayor edad.

—Lo siento —dijo el noruego y, acto seguido, pasó a quitársela frente al estupor de los hombres de la sala y el deleite de las mujeres.

Si antes se imaginaba lo que había debajo de la camisa, ahora lo tenía a plena vista: un torso grande, unas anchas espaldas y unos abdominales en los que se podría rallar queso para hacer una lasaña. Los brazos eran fuertes, poderosos, con los bíceps marcados y los antebrazos ligeramente más bronceados que estos. Se reprendió por mirar a su alumno como si fuera un helado de chocolate en un día de mucho calor.

En ese momento, Rocío perdió el control de su clase, pues ya nadie le hacía caso a ella. Daba igual las instrucciones que dijera, los ojos de todo el mundo estaban pendientes de los movimientos que Erik hacía en el espejo, y claro, varias personas se chocaron unas con otras,

una joven dejó de bailar para grabarlo con su móvil mientras babeaba y los hombres no ocultaban su descontento.

Tuvo que acabar la clase diez minutos antes, pues no estaba consiguiendo nada. Al terminar, decidió hablar con el noruego, siempre y cuando fuera capaz de acceder hasta él, pues estaba rodeado por una nube de féminas que parecía impenetrable.

—Sígueme en Instagram y así podemos quedar algún día al salir de aquí —le decía una chica de poco más de veinte años con ojos soñadores.

—Yo no trabajo los lunes, estoy libre para lo que sea —añadió otra de forma nada discreta mientras le guiñaba un ojo.

—Perdón, ¿puedo hablar un momento contigo? —dijo Rocío haciéndose paso a codazos.

—Claro —respondió él con una bonita sonrisa, y la siguió hasta el otro extremo de la sala.

—Erik... Esto...

Tenerlo delante en todo su esplendor era una experiencia que turbaría a cualquiera, tenía el cuerpo de un dios griego, de un Adonis, para ser exacto. Cada músculo estaba perfectamente cincelado, desde los abdominales bien marcados hasta los abultados bíceps. Rocío tragó saliva e hizo un esfuerzo por poner sus pensamientos en orden. Era toda una profesional, no podía dejarse embaucar por un cuerpo bonito.

—Erik... Para la próxima clase, trae algo de ropa con la que te sientas cómodo y sea de tu talla, por favor. Ya sabes que aquí vamos a hacer movimientos corporales de amplio rango, y ropa que... que sea demasiado ceñida no es aconsejable.

—Claro, lo entiendo, solo quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido, desde luego que sí.

Él sonrió como un niño cuando es felicitado por un adulto, y con una inclinación de cabeza se despidió de ella.

Cuando la sala de quedó en silencio tras la partida del último alumno, una idea empezó a cobrar forma en la mente de Rocío. Necesitaba contárselo a su mejor amiga, a ver qué opinaba ella, pero cada vez estaba más segura de que tenía razón.

\*\*\*

La tarde se había estropeado y un desagradable viento soplaba con furia. Las hojas se movían como coreografiadas por Nacho Duato mecidas por una melodía que solo ellas podían escuchar. Se subió el cuello de la chaqueta para intentar protegerse del viento huracanado que barría las calles. Olivia era una de sus mejores amigas, la conoció al poco de llegar a Madrid y, desde entonces, habían sido inseparables, estando la una para la otra tanto en los buenos como en los malos momentos. Tenía la piel blanquísima y cubierta de pecas, y sus vivos ojos azules y su melena pelirroja le daban el aspecto de un ser sacado directamente de un cuento de hadas. Llegó a la quesería que regentaba su amiga justo en el momento en el que ella cerraba la puerta y daba por concluida su jornada. Se dieron dos besos al verse y la guio con paso resuelto hasta un café cercano.

El contraste entre el calor hogareño del interior del café y el frío de fuera le sentó bien. Permitted que sus pensamientos se ordenaran durante unos segundos en los que permaneció en silencio. Olivia, impaciente, comenzó la conversación, pues desde la llamada de Rocío había estado imaginándose cualquier cosa.

—¿Qué pasa? Por tu mensaje daba la impresión de que tenías que contarme algo muy importante.

—Y lo es.

Se quedó en silencio tratando de encontrar las palabras adecuadas. Miraba su taza de té como si el humeante líquido tuviera las respuestas que ella necesitaba.

—¿Te acuerdas de que este verano han hecho una reforma enorme de la academia de baile?

—Sí.

—Pues me parece que han aprovechado para incluir cámaras tras los espejos y los cuadros y estamos grabando un programa de cámara oculta.

Su amiga la miró con una ceja levantada.

—¿Estás segura?

—Hombre, segura no lo estoy, pero es lo más probable. Mira, mi jefa dijo que iban a buscar nuevas formas de hacer dinero, porque solo con las clases y viendo la crisis que se nos viene encima está la cosa muy complicada. Así que creo que han firmado algún tipo de contrato con los coreanos o los japoneses, que a esos tipos les gustan las cosas muy locas, para vernos en directo.

—¿Solo te basas en eso, en que han hecho reformas y tu jefa necesita dinero?

—Hay más. Ya sabes quiénes son los clientes habituales de mis clases, divorciados, jovencitos, esas cosas. Pues bien, la semana pasada vino un tipo que parece un modelo del catálogo de ropa interior de Calvin Klein a la clase. Pero es que hoy ha venido disfrazado de cubano, del primo pobre del Zorro o de qué sé yo, y a mitad de la clase se ha quitado la camisa y estaba buenísimo. ¿Algo de eso te parece normal?

—No, ahora que lo dices parece bastante extraño.

—¿Verdad que sí? Estoy convencida de que han puesto cámaras como en Gran Hermano y nos están grabando. El modelo ese tiene que ser alguien de la productora, ya sabes, para generar comentarios en redes sociales y esas cosas.

—Tiene sentido, sí... A los asiáticos le van mucho esas cosas de *realities shows* extrañísimos que solo les gustan a ellos.

—Creo que cuando he entrado esta tarde en la sala he oído un ruido detrás de los espejos, eso deben ser las cámaras moviéndose para grabarnos.

—Seguro que sí, vamos, vas a salir en todas las teles asiáticas, que lo que hacen los occidentales les llama mucho la atención. Y más cosas como el flamenco, eso los tiene fascinados.

—¿Y qué hago?

—Pues lo primero, se acabó ir así —hizo un gesto con la mano que la abarcó completamente — al trabajo. A partir de ahora tienes que ir maquillada, peinada y con ropa que acentúe tu cintura de avispa.

—Pero es que...

—¿Es que qué? Que vas a ser la estrella mediática de un programa de máxima audiencia japonés, o coreano o chino, eso aún tenemos que descubrirlo, no puedes ir con esas pintas. Y lo segundo, usa tus encantos para enamorar a las cámaras. Ya sabes, deja caer alguna perla de sabiduría por aquí, una sonrisa encantadora por allá. Haz que te quieran.

—Sí, sí, tienes razón.

—¡Pues claro que la tengo! Vamos a tener que reactualizar tus redes sociales, nada de fotos con comentarios depresivos, queremos color, alegría. ¡Perro!

—¿Qué perro?

—El tuyo.

—Yo no tengo perro.

—Pues necesitas uno, o un gato, mejor.

—No meto yo un gato en mi casa ni harta de vino.

—Pues vas a necesitar algo porque les encantan las mascotas, además de que las fotos con animales siempre reciben un montón de likes.

—Bueno, eso lo podemos dejar para más adelante.

Y entre las dos se quedaron discutiendo cuál sería el plan de acción para que Rocío copara todas las revistas de las portadas niponas gracias a su participación en un *reality* de cámara oculta. Porque, para ellas, esa era la respuesta más lógica.

## Capítulo 6

Me tocó volver a casa a pie con la camisa hecha jirones y el gorro en la mano, pues se había levantado un viento del este que soplaba con furia. Me encantaba la sensación de sentir toda la fuerza del viento luchando por desplazarme, despeinando mi pelo y haciendo aletear los trozos destrozados de mi camisa. Me sentía vivo cuando la naturaleza se mostraba enfurecida como estaba haciendo ahora. Se preparaba una tormenta, y no tardarían en comenzar los rayos, los truenos y la lluvia. Lo podía sentir.

Noté como varias personas se me quedaban mirando, la verdad es que debía tener un aspecto bastante fiero entre el pelo, la camisa hecha jirones y mi propia corpulencia. Me seguía sorprendiendo la costumbre de los españoles de sacar el móvil para hacerme fotos, me recordaba a esos amigos que fueron a la India y los lugareños les pedían que posaran con ellos. Supongo que los españoles no deben estar acostumbrados a ver muchos noruegos. Aunque, de momento, solo habían sido mujeres las que me sacaban en foto pensando que no me daba cuenta. ¡Qué majas son!

Llegué a Adonis House, como habíamos bautizado a nuestro nuevo hogar, a pesar de que yo dije que deberíamos usar una palabra más castellana como «Adonis fonda» o «Adonis posada». Pero esa banda de bellacos no tomó en consideración mis propuestas. La puerta se abrió de golpe por culpa del viento justo cuando un relámpago restallaba detrás de mí. Un grito aterrorizado llegó desde el final del pasillo.

—¡Un *nuckelavee*! ¡Huid, nos va a devorar a todos!

Sean estaba apoyado contra la pared, tan blanco que se camuflaba con el propio estuco. Al oír sus gritos, llegaron los demás bajando las escaleras desde la sala común en tromba. Yo también me acerqué, pero Sean dio un paso atrás atemorizado. Dase, haciéndose cargo de la situación, comenzó por encender la luz del pasillo y Sean pudo al fin ver lo que le había asustado: un noruego despeinado con la camisa rota. Al comprobar que era, yo respiré aliviado, pero aún le costaba moverse. Cerré la puerta para evitar que la lluvia que, ahora sí, había comenzado a caer entrara en el edificio. Sabía por experiencia que si teníamos algún problema con las instalaciones nos iba a tocar a nosotros encargarnos de conseguir que viniera alguien a arreglarlo, Marisa siempre nos pedía que escribiéramos una reclamación y que la dejáramos en una pila que yo tenía la certeza de que no se movía nunca. Había visto papeles con hojas tan amarillentas que deberían estar en la Biblioteca Nacional en vez de en la recepción de nuestro edificio.

—¿Qué le has llamado? —preguntó Stefano, y pude leer en sus ojos la mirada del escritor

curioso.

—*Nucklelavee* —dijo Sean con voz vacilante—. Es un demonio de las tierras del norte, se suele encontrar cerca del agua y es uno de los seres más malignos y peligrosos de toda nuestra mitología.

—Entiendo que Erik no es tan guapo como el menda —dijo Tane señalándose con los pulgares—, pero de ahí a decir que es un demonio celta hay un paso.

—Sí, eso es muy humillante —respondí un poco ofendido.

—Lo siento, ha sido el viento, el relámpago, la puerta abriéndose de golpe... Vosotros también hubierais pensado que es un ser salido del averno.

Torcí un poco el gesto ante esa descripción, pero no dije nada pues ya comenzaba a conocer a Sean y su temperamento.

—¿Seguro que eres tú y no una aparición?

—Te lo juro por la cascada de *Mardalsfossen*.

Parece que mi juramento por la cascada más alta de mi región le demostró que en verdad era yo y eso hizo que se serena, aunque aún tenía una última petición que hacer.

—Voy a necesitar un trago de whisky para reponerme —dijo, y Stefano se marchó en dirección hacia el piso de arriba—. Pero el de la cocina no, que ese está aguado, tengo una botella escondida debajo de mi cama. ¡Y tráeme la gaita!

Nos encaminamos a paso lento hacia la sala de estar, cualquiera que nos viera pensaría que éramos la procesión de Santo Entierro, pero a Sean aún le costaba mantenerse en pie, pues no se había recuperado completamente del susto.

Nos sentamos en los sofás y Dase se cogió una silla pues, con nuestra envergadura, difícilmente cabíamos los cinco en ellos sin estar incómodos. Apareció Stefano con la botella y el instrumento infernal, como yo llamaba a la gaita, Sean dio un buen trago directamente de la botella y recuperó algo de color en sus mejillas.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Tane.

—Sí, sí, mejor.

Y acto seguido se puso en pie y, cogiendo ese invento del demonio, se puso a soplar como si no hubiera mañana. Los demás nos quedamos en silencio, pues no es la primera vez que Sean entona el canto para ahuyentar a los espíritus y sabíamos que no duraba demasiado. Cuando terminó, se sentó visiblemente más relajado en el sofá al lado de Stefano.

—Bueno, ahora que lo de la aparición espectral ha quedado finiquitado, pasemos a otros temas. Erik, ¿qué le ha pasado a tu ropa?

—Gracias, Dase, me moría de ganas por preguntárselo —confesó Tane.

—Pues, a pesar de ir vestido como un auténtico español —recalqué mucho la palabra—, la camisa no resistió mis dotes artísticas y se partió por la espalda cuando estábamos haciendo un pase de manos.

—¿Y seguiste el resto de la clase con la camisa rota?

—No, hombre, me la quité y bailé con el torso al aire.

Dase puso los ojos en blancos y Sean me regaló una sonrisa pícaro.

—¿Y tu bailaora cayó rendida a tus pies cuando te vio sin camiseta?

Me sonrojé un poco.

—Bueno... En verdad me dijo que para la próxima clase llevara ropa más resistente.

Todos soltaron una carcajada que a mí no me hizo ninguna gracia.

—¿Y cómo es la muchacha? Porque creo que es la primera vez que te vemos hacer el ridículo... digo, un esfuerzo como ese por una chica.

—¡Ya habló el escritor romántico! Erik, no contestes que seguro que tu historia acaba en una de sus novelas —tercio Sean con humor.

—Pues ella es... Es... ¡Es como una burra cartujana!

Dase se atragantó con su propia saliva y Sean, que le había dado otro trago al whisky, lo expulsó todo por la nariz.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó Tane que se había echado hacia adelante y se apoyaba en las rodillas.

—Sí, es como una burra cartujana, son unas bestias formidables, de mucha fuerza y carácter.

—Vale, primera cosa, no puedes describir a una mujer con una frase que incluya la palabra «bestia», hazme caso, no les gusta. Otra cosa, ¿no había ningún ejemplo mejor? —preguntó Stefano.

—¿Por qué? A mí me hubiera encantado que alguien me comparara con un burro cartujano.

—Tú tomas arenques ahumados para desayunar, tu opinión para ciertas cosas es más que cuestionable —apuntó Dase.

—Bueno, y además de ser una burra cartagenera.

—Cartujana.

—Pues eso, ¿qué más nos puedes decir? —se interesó Tane, a quien yo había interrumpido.

—Pues es preciosa, con una fuerza interior arrolladora y una sonrisa que hace que se te corte la respiración.

—Si algún día te quieres declarar usa eso, no lo de la bestia formidable, por favor —me suplicó Stefano.

—*Oh, my God!* Que te has enamorado de verdad ¡Esto hay que celebrarlo! —dijo Sean.

—¿Nos vas a dejar probar tu whisky? —pregunté entusiasmado.

—No, os voy a tocar la canción de enamoramiento de las Highlands.

—De verdad, no te molestes —le supliqué, pero fue demasiado tarde, ya había comenzado a soplar de nuevo la gaita y sabía por experiencia que no pararía hasta que la melodía fuera completada.

Al menos mis compañeros ya se lo estaban tomando en serio porque, yo lo sabía muy bien, había encontrado al anzuelo para mi sedal, el río para mi salmón, la cueva para mi oso. Ahora solo me faltaba que ella se diera cuenta de que éramos perfectos el uno para el otro, porque a mí



no me quedaba ninguna duda.

## Capítulo 7

Era sábado por la mañana y por fin tenía un fin de semana libre, ya que, por lo general organizaba excursiones de un par de días en los que me llevaba a los aventureros a probar las técnicas que habían aprendido. Tras la tormenta, las condiciones para acampar no eran las más idóneas, aunque yo no veía el problema, enfrentarse al frío y al barro era una de las mejores partes de salir al monte. Pero, según me dijo Antonio, el encargado de la empresa, a los aventureros no les gustaba la idea de pasarse dos días en el monte muertos de frío y con los calcetines empapados. Así que la excursión se había pospuesto, lo que me dejaba tiempo libre en la capital.

Convencí a Sean para que me acompañara a un centro comercial a dar una vuelta, necesitaba actualizar algunos de mis útiles de acampada y pensé que él sería el mejor compañero.

\*\*\*

El centro comercial era una mole inmensa de varias alturas con escaleras mecánicas y techos acristalados. Yo lo miraba todo como un niño al que han dejado entrar al taller de Papá Noel. Mientras vivía en Noruega, nunca tuve la oportunidad de salir de mi región, tampoco lo necesitaba en aquella época pues con buenos ríos, buenos bosques y cumbres a las que subir tenía más que suficiente. La única vez que estuve en Oslo fue para coger el avión que me llevaría a Madrid, nunca había necesitado salir de mi zona de confort.

Ahora veía lo que me estaba perdiendo, no es que esta jungla de asfalto y cemento me guste más que mis bosques, al contrario, pero creo que solo conociendo esta parte del mundo se puede realmente apreciar lo bonito que es aquello. Además de que aquí tenía en un solo edificio todo lo que pudiera necesitar, mientras que yo tenía que desplazarme en ocasiones al pueblo vecino para conseguir ciertas cosas que en el mío eran imposibles de conseguir.

Sean estaba más acostumbrado que yo pero, aun así, se le notaba incómodo. Los dos éramos más felices en libertad, aunque no nos importaba mezclarnos con los locales en estos sitios de vez en cuando.

—Mira —me dijo dándome un codazo y sacándome de mis pensamientos.

Me señalaba con la barbilla a una pelirroja despampanante de largas piernas y melena sedosa.

—Meh... —respondí—. Es mona, pero no es como Rocío.

Sean se paró en seco en mitad del pasillo y me cogió del brazo para que yo también me parara.

—¿En serio?

Asentí en silencio.

—Vale, el otro día pensaba que estabas de broma y estábamos todos siguiéndote el juego, pero si viendo a esa mujer no recitas ningún soneto, es porque esa tal Rocío te ha dado bien fuerte.

—¡Voto a Dios que sí!

—¿Dios se presenta a las elecciones en España y se le puede votar?

Negué en silencio con la cabeza y no respondí, no era capaz de entender cómo podían sobrevivir en España sin haber leído a Lope de Vega o a Calderón de Barca, que a mí me parecían libros esenciales.

Eché a andar con Sean pisándome los talones, sabía perfectamente a dónde me dirigía. Había pasado dos días en internet buscando la tienda con mejores referencias y más estrellas y al final la encontré. Llegamos a la entrada de un establecimiento que ocupaba él solo la mitad de todo ese piso, un enorme letrero azul con letras blancas nos indicaba que habíamos llegado al lugar indicado: el paraíso de los amantes del deporte.

Entramos sin vacilación y estuvimos deambulando hasta que encontramos la zona conveniente. Apabullamos con preguntas al vendedor, que no fue capaz de responder a casi ninguna, menos mal que tanto Sean como yo éramos especialistas en la materia y supimos arreglárnoslas solos. Tanto es así que acabamos dando consejos a varios de los clientes que paseaban con cara de perdidos entre las estanterías. Si algún día decidíamos dejar de trabajar en Adonis, seguro que encontraríamos rápidamente trabajo en este sitio.

Nos volvimos a casa ufanos con nuestras compras, había sido una mañana bastante productiva y, en poco tiempo, habíamos encontrado todo lo necesario. Sean había comprado un aceite especial que era necesario para el mantenimiento de la gaita, y yo me había pertrechado con varios útiles de acampada y pesca.

\*\*\*

Volvimos a casa y decidimos pasarnos por la sala común para tomarnos una cerveza para celebrar el trabajo bien hecho. Ese día Tane estaba dando clases de surf en la ola artificial del centro Ola y adiós. Al llegar a la sala común, encontramos a Dase navegando por internet con su ordenador y a Stefano viendo la tele. Montamos cierto escándalo al entrar, pues tratamos de atravesar la puerta los dos a la vez y, debido a nuestra envergadura, nos quedamos enganchados con el marco. Éramos como esa escena de todos los microbios que tenía dentro el señor Burn en *Los Simpson*. Al final, le cedí el primer puesto al escocés y yo entré detrás de él. Como decía, por culpa del estruendo que habíamos armado, nuestros compañeros habían abandonado sus quehaceres para concentrarse en nosotros.

—¿Y esas bolsas? Parecéis Julia Roberts en la escena de compras de *Pretty Woman*.

—Es todo necesario —les dije levantando las bolsas y el objeto que llevaba en mi mano derecha.

—¿Y eso qué narices es? —preguntó Dase cerrado el portátil.

—Es un arpón —les dije sonriente—, y esto son botas de pescador —añadí mostrándoles

unas botas que llegaban hasta casi la ingle.

—¿Y qué se supone que vas a pescar? —inquirió Stefano, echándose hacia adelante y apoyando los codos en las rodillas.

Sean y yo intercambiamos una mirada cómplice.

—¡Salmones! —coreamos los dos a la vez.

—Ay, mi madre —musitó Dase.

—No creo que haya salmones en España —terció Stefano.

Sean y yo volvimos a mirarnos y soltamos una risotada.

—Vamos a ver, hay salmones en Noruega —respondió señalándome a mí—, y hay salmones en Escocia —dijo señalándose a él—. Dos tipos distintos de dos países distintos en los que hay salmón. ¿Me quieres hacer creer que son los únicos dos países del mundo con salmón?

—No, creo que Canadá y Alaska también tienen, pero estoy casi seguro de que en Madrid no hay, posiblemente en el norte, pero tan al sur no creo.

—Pero ¿estás seguro al cien por cien? —le pregunté utilizando la mirada que suponía que usaba el inquisidor Torquemada para arrancarle la verdad a los infieles.

—A ver, seguro al cien por cien no, pero al noventa y ocho por ciento, sí.

—Eso significa que tengo un dos por ciento de posibilidades de pescar un buen salmón en el Manzanares —le respondí con una enorme sonrisa tratando de ver el lado bueno de las cosas—. Voy a prepararme, que si todo sale como tengo previsto, esta noche cenaremos pescado fresco.

Y diciendo esto salí de la sala común. Sean me miraba cómplice, tenía claro que, si algún día me retaban a un duelo al amanecer con pistolas, él sería mi segundo. Dase y Stefano tenían la duda pintada en el semblante, pero les demostraría que se equivocaban. Si el escudo de Madrid lleva un oso, eso debe indicar que hay salmones, porque a los osos les encantan, además, tienen un río que cruza la ciudad. ¡Estoy convencido de que volveré a casa con una buena pesca!

## Capítulo 8

Me fui en el metro pertrechado con mis botas hasta la inglete, mi arpón en una mano y mi caja de aparejos en la otra. Por mucho que había buscado en internet no encontré información sobre cuál era el mejor sitio para la pesca, supuse que los españoles querían guardarse los mejores caladeros para ellos sin compartirlos con los otros. Algo así como lo que hace la gente que se va al bosque a buscar setas. Al final, me decidí por ir a Madrid Río, envalentonado por el propio nombre.

Lo primero que me sorprendió es que no había nadie pescando, eso podía significar dos cosas: o había tenido suerte y ese era un buen sitio, o la temporada de salmón acababa en España antes que en Noruega, donde aún quedaban dos semanas. Decidí no desanimarme y me fui directo hacia un recodo del río.

La zona en la que me instalé estaba bordeada de árboles que daban una agradable sombra, pues a pesar de estar en septiembre, aún hacía calor y el sol brillaba inclemente sobre mí. A ambos lados del río había carriles por los que la gente iba en bicicleta, corría o simplemente paseaba. Vi varias familias con niños y perros disfrutando de una de las últimas tardes de buen tiempo antes de que llegaran las inmensas nevadas que yo imaginaba propias del invierno madrileño. La mayoría de los viandantes se me quedaban mirando y yo los saludaba amigablemente con la mano.

Me faltaban algunos rápidos, pues notaba el agua demasiado tranquila, pero por lo demás, era bastante agradable. Estaba al aire libre, con las piernas sumergidas hasta el muslo en el agua y un arpón en la mano. Era mi definición de felicidad.

Al cabo de dos horas, me dolía el brazo de sujetar el arpón y aún no había visto remontar el río ni a un triste salmón. ¿Dase tendría razón y en Madrid no había salmones? Deseché la idea recordando que había visto toneladas de pescado en las lonjas de la ciudad, y esos animales tendrían que venir de algún sitio, ¿verdad?

Acababa de asaetear algo que se movía en el agua para descubrir que era otra bolsa de plástico. Llevaba cincuenta y seis ya cuando unas luces rojas y azules y una sirena vinieron a romper la tranquilidad del momento. Un par de policías se bajaron del coche patrulla y se acercaron a mí con cautela. Uno llevaba la mano derecha pegada al cinturón donde yo supuse que tenía el arma. Mientras que el otro, más joven, se quedaba unos pasos por detrás.

—Buenas tardes, caballero, ¿me puede decir qué hace con esa arma en medio del río? —dijo el que parecía el jefe señalando a mi arpón.

—Estoy pescando salmones —le respondí pensando que era lo más lógico del mundo.

Intercambiaron una mirada de confusión que duró apenas un instante.

—¿Ha dicho que está pescando salmones?

El policía más joven, bien parecido, se interesó por mis capturas del día. Eso me gustó de él, los viandantes que pasaban cerca de mí me señalaban con el dedo o me hacían fotos, pero ninguno se había molestado en preguntar cómo me iba el noble arte de asaetear a un salmón.

—Exacto, pero creo que la temporada termina aquí antes que en Noruega, porque no he cogido nada. Bueno, salvo bolsas de plástico, tengo un buen montón que he sacado del río y que pensaba tirar luego al contenedor.

Les señalé el cubo que debería estar lleno de lustrosos salmones esperando a ser llevados a casa, pero que, en verdad, contenía solamente las bolsas que había ido recuperando del río.

—Entonces ¿está limpiando el río?

—Lo limpio por defecto, porque aquí no están picando.

—Ya bueno, supongo que tiene algo que ver el hecho de que en Madrid no tenemos salmones, y en el Manzanares lo más que puede pescar es algún barbo despistado.

—¿No tienen salmón? ¿Y el que he visto en las pescaderías?

—Será de piscifactoría o de importación, yo qué sé.

—Cristo, ¿y si dejamos de hablar con el caballero y llamamos a los locales para que lo multen? —preguntó de nuevo a su compañero el que actuaba como jefe. No me cayó bien desde el primer momento.

Cuando el más joven se acercó se presentó, se llamaba Jesús Sánchez Cristo y me dijo que tenía que llamar a unos compañeros para que me multasen por estar pescando en una zona prohibida y carecer del permiso necesario.

—Pero si no he pescado nada —le dije señalando el cubo que tenía preparado para recibir a mis capturas y que, de momento, solo acumulaba bolsas de plástico.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—Técnicamente tiene razón —le dijo el Cristo ese que me estaba cayendo cada vez mejor—. Es más una iniciativa de limpieza de la ribera que de pesca.

—¿Y el arma que lleva?

—Es un arpón reglamentario, le puedo enseñar el ticket de compra.

El jefe frunció el ceño y pareció reflexionar unos instantes.

—¡Bah! Déjalo estar, de todas formas, no nos iban a creer cuando lo contemos en la comisaría y se acerca la hora de volver, no me quiero ni imaginar el papeleo por esta tontería.

—Gracias, señores, gracias. Entonces ¿no hay ninguna posibilidad de pescar salmón aquí?

—Mire, como no vaya al Mercadona, no creo que encuentre lo que necesita —me respondió el joven mientras se daba la vuelta—. Pero mejor recoja todo esto y váyase a casa, hemos venido porque algunos paseantes nos han llamado alertados porque había un hombre con un arma de grandes dimensiones cerca del agua, es mejor no tentar a la suerte dos veces.

Asentí mientras los vi alejarse, el joven me recordaba a algún personaje de Emilia Pardo

Bazán, uno de esos jóvenes de buena familia que opta por un oficio en el que pueda proteger a los más débiles. Esperaba volver a encontrármelo en alguna otra ocasión, pues me parecía una buena persona.

Recogí mis bártulos y tiré las bolsas al contenedor de reciclaje más cercano que encontré. Al final, esos tunantes habían tenido razón y España no goza de los favores de la madre naturaleza en cuanto a salmones se refiere, claro que posee las mujeres más hermosas del planeta, y todo no se puede tener.

Le hice caso al agente Cristo, curioso nombre para un policía, y me fui a Mercadona a por mi pesca del día. Esa noche se cenaría salmón en Adonis House sí o sí.

## Capítulo 9

Rocío estaba en la sala de descanso de la academia de baile. Era poco más que una cocina con una mesa, cuatro sillas, un minúsculo frigorífico y una moderna cafetera. Se sirvió un café bien cargado pues había pasado mala noche. Llevaba unos días dándole vueltas a la idea que ella y su amiga Olivia habían dilucidado para explicar los cambios en la academia y la aparición del gigante nórdico en sus clases.

Lo primero que había hecho al llegar a la cocina había sido mirar detrás de los cuadros de perros jugando a las cartas que adornaban las paredes, para encontrar que no había nada salvo un gotelé pasado de moda. Revolvió los platos, desconectó la cafetera, el frigorífico y hasta se subió a la mesa para mirar dentro de la lámpara que iluminaba la habitación con una potente luz blanca. Nada.

A lo mejor se habían dejado llevar, Olivia parecía muy modosita a simple vista, como una de esas preciosas muñecas antiguas de porcelana pero, cuando se trataba de juegos de rol, se transformaba en una maga de nivel cuarenta y seis y era despiadada. Su imaginación no tenía parangón, y tal vez debería haberle contado su idea del *reality show* a alguien que tuviera los pies más en el suelo que ella.

Aún recordaba la vez que salieron por Madrid para festejar que por fin la habían hecho fija en la academia. No fue nada del otro mundo, se vieron en un restaurante para cenar, y como ninguna de las dos estaba muy acostumbrada a beber, a mitad de la segunda copa de vino ya iban bastante achispadas. Salieron de local cogidas por el brazo y recordándose lo mucho que se querían la una a la otra hasta que Olivia se paró en seco y señaló, de forma algo temblorosa, a un grupo de hinchas de algún equipo de fútbol que volvían de ver un partido. Iban todos vestidos con diferentes versiones combinando el blanco y rojo de su equipo en las camisetas. Olivia, al verlos, se puso en guardia soltándola y adoptando una postura defensiva de artes marciales, a pesar de que el grupo iba por la otra acera.

—¡Ahí están! Los secuaces del señor de los goblins. Rápido, Rocío, ¡ponte en posición!

La sevillana no dudó ante la voz de mando de Olivia y ella también adoptó una postura amenazante. Olivia comenzó a dar golpes al aire con las manos y patadas; y Rocío la imitó. Los jóvenes se marchaban asustados por la contundente fuerza física y la determinación de las dos mujeres. O eso creían ellas. En su cabeza debían ser una adaptación castiza de las *Sailor Moon* o de los *Power Rangers*, pero cualquiera que pasara por ahí vería a dos señoras espantando moscas a manotazos a las doce de la noche en tacones.

Rocío se rio por lo bajo recordando aquel momento. Decidió que sus ideas sobre el *reality* no



eran más que imaginaciones suyas, que tenía que haber una respuesta mucho más simple para todo lo que estaba pasando en su vida.

Haciendo tiempo hasta su próxima clase, se metió en Instagram y se puso a pasar *stories*. Le gustaban más esos pequeños bocados rápidos de la vida de los demás que los posts largos cargados de topicazos que se habían puesto tan de moda entre muchos de los *influencers*. Si volvía a ver otra puesta de sol con alguna frase supuestamente alentadora a lo Paulo Coelho, vomitaría allí mismo. Sin embargo, los *stories* era como cotillear de forma legal.

Iba pasando uno tras otro cuando tuvo que volver atrás con uno que le había impactado. Lo paró para verlo con detenimiento, estuvo tanto tiempo mirándolo fijamente que se le durmió el dedo, pero no le quedaban dudas.

—No puede ser, no puede ser —musitaba en una cantinela casi inaudible.

La foto en cuestión era de su alumno, el gigante nórdico, en el metro. Se notaba que se la habían sacado sin que se diera cuenta, pues tenía la cara un poco vuelta, pero era indiscutiblemente él. Llevaba unas botas de plástico hasta la ingle que le recordaron a las que usó Nia para interpretar «Run the World» en Operación Triunfo, y un objeto en su mano que parecía un micrófono o algo por el estilo. A pesar de acercarse tanto que acabó apretando la nariz contra la pantalla del teléfono, fue incapaz de descubrir de qué se trataba, pero llevaba un mango largo.

Esa foto la sacó de dudas: su alumno era miembro del equipo de producción y debían llevar varios proyectos al mismo tiempo. Esa foto lo mostraba yendo a su próximo trabajo para realizar una *performance*, porque, de seguro, nadie en su sano juicio se montaría en el metro con semejante pinta.

Miró el reloj, le quedaban apenas cinco minutos antes de su siguiente clase. Rebuscó dentro del bolso y encontró una vieja barra de labios que debía llevar allí desde 2015, más o menos. Era de un color coral que ya no estaba de moda, pero era mejor eso que ir sin maquillar. Se metió en el baño y se peinó como pudo pasándose los dedos por el cabello para darle volumen. Se recolocó las tetas, le lanzó un beso al espejo y salió a dar su clase dispuesta a ser la nueva sensación española en Oriente.

Estaba decidida a aprovechar esa oportunidad. No es lo que había imaginado para su vida, pero tampoco lo era haberse roto una pierna y abandonar los escenarios. Escenarios, esa palabra mágica para los artistas que es el equivalente de la tierra prometida. Se dijo que los taiwaneses, o los chinos, o quien quiera que viera ese *reality* no tendrían ni idea del auténtico flamenco, gente que no sabría distinguir a Sara Baras de Sara Bareilles, así que esa era su oportunidad de brillar. De volver a las tablas, aunque fuera a miles de kilómetros de casa.

Y a ese ¿finlandés?, ¿sueco?, bueno, no se acordaba, solo sabía que venía de donde hace frío, pues a ese, le demostraría de lo que está hecha una auténtica artista andaluza.

## Capítulo 10

Adonis House estaba revolucionada ese día, por lo visto había desaparecido parte del *watt*, el guiso de carne que Dase se había preparado la noche anterior y que pensaba comerse hoy. Desde que llegamos, habíamos sufrido la desaparición de pequeñas porciones de nuestros platos de comida, y alguien se había estado bebiendo el whisky de Sean y rellenando la botella con agua para que no receláramos.

Nuestras sospechosas principales eran Marisa, la mujer que trabaja en recepción y que se ocupaba muy bien de Bandido, su conejo, pero que no desempeñaba demasiado bien sus funciones, según mi humilde punto de vista, o Duscha, la rusa encargada del mantenimiento y la limpieza. Ellas dos eran las primeras de nuestra lista de sospechosas, y hoy estaban Dase y Tane lanzándole dardos a la esclava en forma de indirectas que ella parecía no querer entender.

—Porque, Tane, si alguien deja comida en el frigorífico es porque se la piensa comer, ¿verdad?

—Claro, amigo.

—Y si alguien se come esa comida que no es suya, ¿qué está haciendo?

—Robar. Y engordar, porque la comida robada tiene el doble de calorías.

Hablaban como Coco en Barrio Sésamo, casi gritando y muy despacio, para que la señora de la limpieza entendiera bien que la conversación era por ella.

—Y si uno tiene ya una cierta envergadura, lo último que quiere es engordar más, porque entonces no va a caber por la puerta —dijo Dase a gritos.

—Exacto.

—Dejen de gritar, que dan dolor de cabeza —les espetó Duscha mientras pasaba una mopa que debería haberse cambiado por una nueva en 1996.

—¿Eso es todo lo que nos tienes que decir? ¿Que hablamos alto? —preguntó Tane confundido.

—¿Alto, dice? Parece que les ha mordido los huevos un lobo siberiano de los gritos que están dando. Hablen flojo o váyanse a dar voces a la terraza.

—Para que puedas comerte mis yogures —dijo en un susurro apenas audible Tane dándole la espalda.

—¿No ha confesado? —les pregunté al dúo de interrogadores.

—¡Qué va! Ha debido ser entrenada en técnicas de interrogatorio por el KGB porque no suelta prenda. —Dase sonaba ofuscado.

—No se lo digáis a Sean pero, a lo mejor, sí que tenemos un fantasma. Ni Marisa ni Duscha

parecen sentirse culpables, y la verdad es que rara vez las vemos en esta zona de la casa —les comenté mientras me rascaba la cabeza sopesando las posibles opciones.

—Llevarán años robándoles a los Adonis y por eso se les da tan bien disimular. —Tane parecía abatido, algo poco común en él.

—Pues como no las pillemos con las manos en la masa voy a empezar a pensar que tenemos alguna presencia paranormal en la casa y que las desapariciones son culpa suya —sugirió Dase.

—Piensa lo que quieras, Dase, pero te pido por favor que no se lo comentes a Sean —le supliqué al etíope—. Si vuelvo a escuchar la canción de espantar espíritus voy a acabar tirando la gaita por el balcón con Sean detrás.

Mis dos amigos se rieron con ganas, pero yo lo decía muy en serio. Una nota más de ese instrumento y había una probabilidad muy alta de que Sean acabara en el hospital, y yo en comisaría. A lo mejor allí me encontraba con mi amigo de nuevo, el agente Cristo.

\*\*\*

Salí de Adonis House rumbo a la academia de baile con una sonrisa, la idea de ver a mi Dulcinea particular me llenaba de satisfacción. Sé que para mis compañeros podía ser difícil de entender, salvo Stefano y Tane que ya habían sentado la cabeza, los demás eran libres y no podían empatizar con lo que yo estaba sintiendo. No era solo que Rocío me pareciera hermosa, es que sentía que había una conexión entre nosotros. No sé cómo explicarlo para que lo entendáis, es como cuando sientes que alguien te está mirando a pesar de estar de espaldas, esa sensación.

Le hice caso a mi profesora y, aprovechando mi visita a la tienda de deportes, me compré una camiseta elástica que me dijo el vendedor que aguantaría cualquier tipo de movimiento por muy brusco que fuera. Sonreí contento, seguro que a ella le encantaba.

Cuando llegué, la clase ya estaba casi al completo. Varias compañeras, en extremo simpáticas, se acercaron a mí para preguntarme cómo había ido mi semana y ofrecirme visitar la ciudad con ellas. ¡Qué agradables son estos españoles, siempre dispuestos a acoger a los extranjeros! Supuse que debía ser una costumbre puramente femenina, dejando que sean ellas quienes se encargan de realizar esas invitaciones, pues mis compañeros masculinos de la clase no interactuaban mucho conmigo.

Había estado tan ocupado respondiendo a las preguntas de mis compañeras que no había tenido tiempo de ver a Rocío. Cuando mis ojos al final pudieron dirigirse hacia ella, me quedé parado en el sitio y noté como el corazón dejaba de latir durante un segundo para luego hacerlo con más fuerza.

Llevaba el pelo moreno suelto con grandes rizos que enmarcaban su rostro perfecto. Se había pintado los labios de un rojo pasión que hacía juego con el jersey que llevaba. Y, para completar su indumentaria, se había puesto una falda negra hasta el tobillo que se movía de forma sensual al compás de sus caderas. Sentí como una parte de mi cuerpo se despertaba y yo me la tenía que reacomodar discretamente. ¡Pardiez! Esa mujer era belleza en estado puro.

Empezamos el calentamiento y me quité la chaqueta. Un murmullo se levantó a mi alrededor, supuse que de admiración por haber seguido tan bien las instrucciones de la profesora. Estaba dispuesto a convertirme en el mejor alumno de la clase costase lo que costase. Llevaba una camiseta de halterofilia que me dijeron en la tienda que era de la licra más resistente que tenían. Era azul marino, que combinaba con el color de mis ojos, o eso me había dicho Sean. De tirantes muy pronunciados para tener libertad de movimientos, dejaba al descubierto gran parte de mi espalda y mi pecho.

—Otra vez viene medio desnudo —comentó una voz masculina unas filas por delante de mí.

—Me están entrando los calores —dijo una voz femenina.

Rocío me miró y me lanzó una sonrisa arrebatadora.

—Vamos con el calentamiento, procurad no despistaros —dijo con ese acento cantarín que tanto me gustaba.

\*\*\*

Si Rocío tenía alguna duda de que ese dios nórdico era parte del equipo del programa, se le disipó al verlo aparecer con una camiseta que sería, como poco, tres tallas más pequeña de lo que debería ser. La clase volvía a estar revolucionada, y no le sorprendía, pues la vista del torso de Erik era un placer visual inigualable.

—Muy bien, vamos a ponernos en parejas, el nivel va a ir subiendo poco a poco. Además de que ya veréis que es más divertido bailar con alguien.

Hubo un murmullo entre los alumnos que se lanzaban miradas unos a otros, pero Erik acumuló la mayoría de las miradas femeninas. Pero ella no pensaba dejar escapar su oportunidad de convertirse en la estrella del *show*.

—Erik, ponte conmigo —le dijo, y notó el descontento general por parte de sus alumnas.

Él fue trotando hasta su lado como un cachorrillo al que sacan de paseo. Su sonrisa iluminaba la habitación, pues tenía algo de infantil y de ingenua. ¡Sí que era bueno ese actor!, pensó mientras indicaba a los alumnos los pasos que tenían que hacer. Harían simplemente los primeros de la primera copla de las sevillanas.

Las sevillanas cuentan una historia de amor: en la primera estrofa hay coqueteo; en la segunda, acercamiento; en la tercera hay una traición y por eso los bailarines se ponen de perfil y se zapatea; y en la cuarta, se reconcilian bailando de frente con los careos. Quería hacerles entender que transmitir esa historia era tan importante como saber los pasos. Bailar es mucho más que mover los pies o las manos, hay que transmitir el sentimiento, conseguir que la pareja sienta lo mismo que tú en cada etapa del baile.

Por algún extraño motivo, sentía que ese gigantón estaba conectado con ella y entendía lo que le quería decir. Durante un segundo, que le pareció eterno, se permitió perderse en el azul de sus ojos, y sintió cómo se caía a un abismo de cascadas y mares embravecidos.

Con cada pasada sentía la mano de Erik en su cintura abrazándola de forma delicada acompañando el movimiento. Una mano que parecía áspera y ruda pero que, cuando se acercaba

a ella, se tornaba tierna y suave.

El resto de los pasos los perpetraba como si le faltaran articulaciones, con unos movimientos espasmódicos y duros que no reflejaban la pasión y el arte necesarios para bailar flamenco. Se dijo que, al menos, le ponía buena voluntad y no se quejaba nunca, al contrario, parecía que sonreía de forma ininterrumpida durante los sesenta minutos que duraba la clase.

—Vuelta y fin —dijo antes de aplaudir para felicitar a sus alumnos.

Había algunos que le estaban pillando el punto bastante rápido, otros que iban más lentos, y luego estaba Erik, que se movía tan mal que era físicamente doloroso verlo. Pero no dejaba de sonreír y se notaba que se lo estaba pasando bien, y esa era una de las razones por la que le gustaba enseñar, para que la gente se divirtiera aprendiendo.

Al terminar la clase, se formó el revuelo habitual alrededor del joven, una cohorte de mujeres lo esperaban para hablar con él y, tal vez, intercambiar teléfonos. Él parecía dárselo a todas gustoso, y eso le confirmó, si es que ya no lo tenía suficientemente claro, que era algún tipo de profesional en relaciones públicas y márketing. Ella no estaba por la labor de desaprovechar esa oportunidad que había caído en sus manos de forma tan inesperada.

—Erik, ¿podemos hablar?

—Por supuesto, señorita Rocío. ¿Qué se acontece?

Ella lo miró levantando una ceja, no sabía dónde había aprendido castellano, pero tenía que actualizarse.

—A ver, ya te he dicho que debes llamarme solo Rocío.

—Como guste.

—Y también estaría bien que me tutearas, porque vamos a pasar todo el año juntos en la clase y así resultará más sencillo. Además de que calculo que debemos ser de la misma edad más o menos.

—Por supuesto, así lo haré.

—Oye, no se te ha dado nada mal esta clase —mintió como una bellaca, pero todo era por el bien de su carrera, se dijo.

—Gracias, me está gustando más lo de bailar en parejas que hacerlo solo.

—Sí, hay muchas cosas que es mejor hacerlas en pareja porque solos no son tan divertidas —dijo acercándose a él de forma seductora.

Notó como el joven se tensaba y, de repente, le pareció que, a pesar de su envergadura, podía ser alguien tierno y frágil.

—En efecto, hay cosas que se pueden hacer solo, como pescar salmones, pero otras que es mejor hacerlas en pareja, como escalar el muro de Trollveggen.

—Vaya, eso suena interesante, ¿tal vez puedas contarme más cenando? ¿O tomando una copa si lo prefieres? —le preguntó ella aleteando sus espesas pestañas.

Erik necesitó unos segundos para reponerse. La joven debía haber quedado muy impresionada por sus dotes artísticas si le había pedido que cenaran juntos después de tan solo un

baile. Se sintió como Antonio Banderas en *La Máscara del Zorro* cuando enamora a Catherine Zeta Jones bailando en una fiesta. Sonrió con esa sonrisa infantil que tanto le caracterizaba.

—*Selvfølkelig ja*<sup>[4]</sup>. Acepto encantado, Rocío.

—*Genial, luego te mando un whatsapp y nos ponemos de acuerdo.*

*Lo vio salir de la clase dando pequeños saltitos. Ella se sintió ligeramente culpable por salir a cenar con un tío solo para conseguir relanzar su carrera, pero luego pensó que él estaba ahí precisamente para eso, para crear espectáculo. Y ella sabía que en los realities las historias de amor funcionan de maravilla, eso hace que la audiencia se enganche y empatice con los personajes. Además, el chico era mono, no le pasaría nada por estar un rato a solas con él. Tal vez pudiera sacarle algo de información de manera discreta, en qué país se proyectaba el reality, cómo iba la audiencia, ese tipo de cosas.*

## Capítulo 11

Me estaba costando concentrarme en la clase de cabuyería que estaba dando hoy. Mis alumnos se afanaban con las cuerdas de las que los había provisto tratando de hacer algo que se pareciera a un nudo corredizo o un ballestrinque. Pero yo notaba como mi cabeza estaba en otra parte, y ese es el peor error cuando se trata de una clase de supervivencia. En esos casos debes tener tus cinco sentidos listos para ayudarte a vivir un día más, y yo, sin embargo, solo podía pensar en la nariz respingona y los ojos brillantes de Rocío.

—¿Esto está bien? —me preguntó un joven de aspecto desgarrado con un flequillo que le cubría la mitad de los ojos.

Me presentó un palo sujeto a la cuerda por el peor nudo que había visto en mi vida. A veces me sorprendía que los madrileños llegaran a la edad adulta con tan pocos conocimientos de técnicas de supervivencia.

—Sí, sí, perfecto.

Le dije al chaval, que se fue con una gran sonrisa para enseñarle su obra a sus compañeros. Pero es que no tenía ganas de discutir, ni de repetir de nuevo lo que ya había dicho mil veces. Me quedé mirando por la ventana de la sala que usábamos para dar clase cómo las nubes se movían por el cielo, y ese suave movimiento me recordó a los pasos de baile que ejecuté con Rocío. Su porte, su delicadeza y la fluidez de sus movimientos se habían quedado en mi retina grabados para siempre.

Hubo un paso en el que tuve que cogerla por la cintura para cambiar de lado en el baile, una pasada, como lo llamaba ella. El leve contacto de mi mano con su cintura hizo que mi mente se embarcara en la más locas de las fantasías imaginándome como sería tocar la piel que se escondía debajo de la camisa.

—¿Es así?

Otro joven, igual de desgarrado que el anterior, pero con el pelo en forma de cresta tintada de rojo, me mostraba un nudo, peor que el de su compañero si es que eso era posible. Di un largo suspiro, por mucho que me gustara perderme en mis fantasías tenía un trabajo que hacer y debía hacerlo correctamente. Además, no quería cargar en mi conciencia con la muerte de esos chavales si en algún momento decidían salir al monte y usar esos esperpentos para sujetar algo.

Cogí la cuerda entre las manos y deshice el nudo solo tirando de los extremos. Agarré al chaval por el hombro y lo acompañé hasta sus compañeros para volver a empezar la explicación de nuevo. Traté de explicarles el as de guía con la historia de la serpiente y el pozo, pero creo que eso solo les creó más confusión. Por sus caras, parecía que solo habían visto serpientes en

tatuajes o en dibujos animados. Desde luego, me iba a costar bastante sacar algo de provecho de esos jóvenes, pero no cejaría en mi empeño de intentarlo.

—Vamos a ver, la clave es no desesperar y repetirlo hasta que os salga bien, ¿entendido?

Me dio la impresión de que no entendían nada, pero todos asintieron en silencio.

\*\*\*

Mañana iba a ser mi gran noche, iba a ir a cenar con Rocío. Me dijo que yo podía elegir el sitio, y no lo dudé. «El museo del jamón» tenía un nombre tan elocuente como succulento. Había leído que estaba en Gran Vía, en pleno corazón de la ciudad, y supuse que un establecimiento tan céntrico le parecería perfecto a mi doncella.

Para prepararme a fondo para mi cita, había pasado por la biblioteca del barrio y me había traído varios libros que, a mi entender, iban a ser fundamentales para asegurar el cortejo a una bella dama española. Casi todo lo que sabía de España lo había aprendido por los libros que había en la biblioteca de Molde, así que supuse que para aprender todo lo necesario sobre el noble arte del cortejo también necesitaría libros.

Estaba enfrascado en mi lectura en la sala común de nuestra casa y ni siquiera me di cuenta de que mis compañeros acababan de volver. Estaban todos menos Dase, que se había marchado a hacer un tour de dos semanas y volvería poco antes de Halloween para pasar la fiesta con nosotros.

Tane, dando un atlético salto, pasó por encima del sofá y aterrizó con un sonoro golpe sobre los cojines antaño mullidos. Me hizo un gesto con la mano sacando el dedo pulgar y el meñique y escondiendo los otros tres, y se puso a buscar el mando de la tele. Antes de recordar que la tele no tenía mando y que debíamos utilizar nuestros móviles para sintonizar las cadenas.

Sean jugaba al Candy Crush en su móvil y Stefano se sentó a mi lado y miró de soslayo el libro que tenía entre mis manos. Tuvo que echarle una segunda, ojeada pues pensó que había leído mal el título.

—¿*El libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita? —preguntó con la voz cargada de sorpresa.

Esa frase fue suficiente para atraer la atención del resto de mis compañeros como si fueran moscas ante un festín de dulces. Tane y Sean dejaron de trastear con el móvil. Yo estaba encantado con la atención que estaba recibiendo y, tras doblar la esquina de la página que estaba leyendo para no olvidarme la próxima vez, cerré el libro y les sonreí. No había tenido tiempo de contarles mi gran hazaña artística de la tarde anterior, y ellos desconocían que la bailaora había sucumbido ante mis poderosos encantos flamenquiles y ahora teníamos una cita.

—Sí, estoy buscando información sobre cómo cortejar a una dama española, y para eso, me he ido a las fuentes.

—¿Las fuentes del siglo catorce?

—¡Por supuesto! Estoy convencido de que este es el libro de cabecera de todos los españoles. De la misma forma que nosotros aprendemos a pescar, ellos aprenden a amar, por eso son tan



ardientes y apasionados. Además, se llama «del buen amor», estoy convencido de que tiene que haber trucos para conquistar a una española.

—A una española de la corte de Alfonso XI de Castilla —añadió Tane, y todos rieron con él.

—Decid lo que queráis, yo tengo mañana una cita con la ardiente Rocío y voy a ir lo más preparado que pueda. Así que estoy leyendo todo lo que he encontrado en la biblioteca.

—Harías mejor comprándote el Cosmopolitan —se rio Tane.

—Un momento, ¿has dicho que tienes una cita? —Stefano estaba echando ya mano a su libreta para tomar notas.

Yo les narré los acontecimientos de la tarde anterior, mi baile sensual y apasionado que dejó a la profesora sin palabras, y que me pidió que nos viéramos para cenar, yo suponía que para alabar mi gracia innata en el baile. También les conté que esta vez no rompí ninguna camiseta pues la que llevaba era perfectamente resistente.

—A ver si lo he entendido bien —estaba resumiendo Sean—: apareciste medio desnudo, otra vez, bailaste con la profesora y luego ella te pidió salir a cenar. ¿Seguro que no lo has soñado?

—¡Serás hediondo mentecato! —le espeté sin poder contenerme uno de mis insultos favoritos, y acto seguido me puse en pie y les hice unos cuantos pasos de los que aprendí ayer—. ¿Veis cómo se me da de bien? —les pregunté mientras hacía aspavientos con las manos de forma incontrolada.

Mis amigos intercambiaron una rápida mirada ente ellos.

—A lo mejor le quiere dar clases particulares porque tiene miedo de que le saque el ojo a alguien como siga así —aventuró Sean por lo bajo.

—No sé, a mí me gusta lo que hace. Me recuerda a las *haka* que hacen las tribus maoríes antes de una batalla, su función es asustar al enemigo, y eso que está haciendo a mí me asusta bastante —dijo Tane y se echó a reír.

Terminé mi actuación con una vuelta y saludé a mi público, que se había quedado extasiado ante la fluidez y la gracia de mis movimientos. Les costó varios minutos reponerse del espectáculo que acababan de vivir.

—Bueno, ¿qué os parece?

—Es muy... Muy... ¿Cómo es eso que habías dicho tú, Tane? —preguntó Stefano mirando al maorí.

—Que me recuerda a la *haka*, la danza tribal típica de Nueva Zelanda.

Sonreí satisfecho. No había visto nunca esa danza, pero algo que se llamaba como una yegua, tenía que ser hermoso por naturaleza.

—¿Y cómo vas a hacer para enamorar a la chica?

—De momento solo quiero cortejarla, conocerla, saber cuáles son sus intereses. Y si la cosa prospera, debo hablar con su padre para pedirle que me la dé a cambio de dinero. O eso es lo que pone en uno de los libros que he leído.

Stefano saltó horrorizado hacia la pila de libros que descansaban sobre la mesita de centro y

los cogió entre los brazos. Parecía que quería apartarlos de mí, no sé muy bien si para protegerme a mí de ellos o a ellos de mí.

—Vale, no, nada de intercambiar mujeres por dinero, que eso tiene un nombre y una entrada en el código penal. ¿Por qué no disfrutas de tu cita siendo simplemente tú?

—A lo mejor deberías ser tú solo al cincuenta por ciento, para no asustarla de primeras — propuso Tane.

—Está bien, compadres —les dije con una gran sonrisa—. Me alegra que estemos juntos en esto.

Sabía que con esos hombres a mi lado solo era cuestión de tiempo que la bella Rocío cayera bajo mis encantos. Con los consejos de esos Adonis no albergaba ninguna duda de que conquistaría su corazón, de una forma o de otra. Escuché atentamente a Stefano, que narraba con esmero las fases de un enamoramiento que él solía plasmar en sus novelas. Sean nos relató las leyendas de su tierra, y cómo los hombres hacían por conquistar el corazón de las doncellas escocesas. Tane nos habló de Olivia, y cómo había hecho para que una mujer tan excepcional se enamorara de él.

Pasamos un momento increíble los cinco juntos, solo nos faltaba el bueno de Dase, que estaba de viaje cumpliendo su trabajo. Cuando se hizo la hora de cenar, Stefano se metió en la cocina y dijo que prepararía pasta para todos, Sean se puso a tocar la gaita para crear ambiente y yo aproveché para salir a comprar unas cervezas. Cuando volví, Tane estaba eligiendo película para que la viéramos todos juntos, esa sería una noche de chicos en toda regla. Primero compartir confidencias amorosas, y segundo *Terminator 2*, un clásico del cine de acción que nos encantaba a todos.

Eran momentos así los que daban auténtico sentido a mi vida en España. El trabajo estaba bien, y disfrutar del clima mediterráneo y de la simpatía natural de los españoles era, desde luego, un añadido, pero poder intimar con esos hombres tan increíbles hasta el punto de poder llamarlos amigos era algo con lo que yo nunca soñé. Mis sueños se habían hecho bastante más grandes desde que dejé mi pueblo en Noruega y aterricé en la capital de España. Y, en parte, había sido gracias a ellos.

## Capítulo 12

No me podía contener de la emoción, me había cambiado seis veces de ropa, pues no quería equivocarme. Estaba eligiendo entre mi camisa de cuadros verdes y la de cuadros azules cuando Stefano entró en mi cuarto. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en Adonis House, la habitación seguía prácticamente como el día que llegamos: una cama que no era lo suficientemente grande como para contener mi cuerpo y de la que se me salían los pies, un escritorio, una silla, un armario empotrado y mi arpón de pesca colocado contra una pared. Había comprado unas sábanas de hojas que vi en una tienda y que me recordaban el mullido follaje del bosque, pero aparte de eso, no tenía nada más de decoración. Debería acercarme un día a comprar más cosas, necesitaba darle un toque más personal.

—¿Preparado para el gran día?

—Eso creo, estoy más nervioso que aquella vez en la que me enfrenté a un par de lobos en el bosque de Kristiansund.

Me pasé nervioso las manos por el pelo, que me había recogido en una coleta rubia. Mis amigos me decían que con el pelo suelto mi aspecto parecía bastante fiero, y hoy quería mostrarle mi lado más sensible y delicado.

—Ya verás como sí, y si no funciona, pues le robaremos a Sean su botella de whisky y nos emborracharemos todos juntos, como buenos amigos.

—Compadres, como buenos compadres —dije poniéndole una mano en el hombro.

—¿Le vas a llevar algo? Flores, por ejemplo.

Me di un golpe en la frente. ¿Cómo no se me había ocurrido algo así? En los libros que había leído, *Técnicas amatorias durante el Siglo de Oro español* y *Las diez claves del cortejo formal*, no mencionaban nada de eso. En uno decía que podía llevarle un carnero vivo, y en otro que debía hablar directamente con su padre, o su hermano en caso de que sea huérfana, para fijar los términos del intercambio. Pero si algo había aprendido de las películas de Julia Roberts, es que a las chicas le gustan las flores.

Miré el reloj y me di cuenta de que no tendría tiempo de pasar por una floristería a menos que quisiera llegar tarde. Y eso, para una primera cita, me parecía inadmisibles. Recordé que cerca de nuestra morada había una cestería, y me dije que tal vez allí podría encontrar algo que pudiera servir como presente. Cogí una americana, me la puse sobre la camisa de cuadros y salí despedido calle abajo lanzándole un adiós a Stefano en el segundo tramo de escaleras.

Llegué a la cestería diez minutos antes de que cerraran. No estaba el dueño, en su lugar había una hermosa joven de pelo del color de los rayos de sol y mirada inteligente. Se estaba ocupando

de poner varias cestas formando una especie de pirámide y decorándolas con flores secas y guirnaldas de colores. Me dirigí a ella con premura.

—Disculpe, necesito un regalo para una mujer que es como un volcán cuando baila. ¿Tienen algo así?

—No sé, yo no me ocupo de las ventas.

—¿Una lámpara le parece un regalo adecuado para la primera cita?

La chica suspiró, miró su reloj y lanzó un último vistazo a lo que estaba haciendo, y creo que pensó que, hasta que yo no me fuera, ella no podría terminar su cometido, así que se dispuso a ayudarme.

—No creo que una lámpara sea un buen regalo, pero tampoco le puedo ayudar mucho porque yo no soy vendedora.

La miré extrañado, si no era vendedora en la tienda, ¿qué estaba haciendo ahí? ¿La había pillado robando y tocando las cestas y las flores secas o solo estaba tratando de disimular?

—Solo me ocupo de arreglar la tienda para hacerla más atrayente para los clientes, soy escaparataista.

—¿Cómo Houdini? —pregunté atónito y lleno de curiosidad.

—No, él era escapista, de los que se sueltan las esposas en un escenario, yo me encargo de arreglar el escaparate. ¿Ve? Ahora lo estamos poniendo de temática otoñal.

—Ahhh —respondí sorprendido de que eso fuera un trabajo real—. Muy bien, pero ¿qué le puedo llevar a la chica? Porque, además, voy justísimo de tiempo y no quiero llegar tarde.

—El dueño ha salido un momento, y si realmente va tan mal de tiempo no creo que pueda esperarlo, y yo no conozco los precios de nada.

Se me hundieron los hombros, había sido una torpeza no pensar antes en algún tipo de presente para Rocío. La joven tuvo que darse cuenta de mi desesperación y, acercándose al escaparate donde había estado trabajando, cogió unas cuantas flores y las ató con una bonita cinta de cáñamo.

—Tenga, al menos no llegará con las manos vacías —me dijo tendiéndome el coqueto ramillete.

Conmovido por su gentileza, la estreché en mis brazos agradecido.

—¿Qué cree que le puede gustar más que le recite, Góngora o Garcilaso?

—Yo es que últimamente solo escucho a Maluma —me respondió con gesto confundido.

Al mirar por encima del hombro vi algo que me resultó encantador, y como ya estábamos en confianza, me permití preguntarle.

—¿Podría regalarme eso?

Ella siguió con la mirada lo que yo señalaba y arrugó un poco la nariz.

—Por supuesto, pero no pega con el ramo que le he hecho.

—No lo quiero para el ramo.

Le respondí guiñándole un ojo, al tiempo que salía ufano a la calle. No me quedaban dudas,

iba a ser una cita memorable.

## Capítulo 13

Rocío había llegado con unos pocos minutos de adelanto al sitio indicado para cenar. Ella nunca hubiera escogido un lugar tan turístico, pero se dijo que Erik (o, mejor dicho, el equipo de producción), tendrían sus motivos para esa elección.

Estaba nerviosa, no era la primera vez que quedaba con alguno de sus alumnos para cenar o tomar algo. Incluso en un par de ocasiones la cosa había ido a más y habían acabado en la cama, pero esto era diferente. Sí que es verdad que el gigante rubio no la dejaba indiferente, cada vez que lo recordaba con el torso descubierto y esa musculatura marcada y definida sentía un golpe de calor. Además de que le había resultado agradable lo poco que habían hablado, pero luego se recordaba que él estaba siguiendo un guion y se sentía menos inclinada a ser ella misma. Si él interpretaba un personaje, ella también debería hacerlo.

Su móvil comenzó a sonar con una melodía de José Mercé como tono de llamada. Era Olivia, su amiga que, por supuesto, estaba al corriente de toda esta operación y había sido partícipe desde el primer momento.

—¿Puedes hablar? ¿O estás ya a la mesa?

—Aún estoy esperando, le quedan —miró el delicado reloj de pulsera que llevaba en la muñeca— dos minutos antes de llegar oficialmente tarde.

—Bueno, llegar puntual es un buen síntoma.

—Oye, Olivia, ¿no crees que a lo mejor estamos exagerando? Quiero decir, que sí, que hay indicios que nos hacen pensar en lo del *reality*, pero es que, por otro lado, me parece bastante inverosímil.

—De eso nada, que esa gente está fatal. Tienen un concurso en el que una chica se mete leche en su boca y debe guardarla el mayor tiempo posible mientras un hombre le hace cosquillas. Y otro en el que se meten en un ascensor y el suelo se abre y acaban bajando por un tobogán hasta unos colchones. Así que sí, un *reality* sobre los españoles me parece algo completamente factible.

—Sí, la verdad es que sí que parec... ¡Ay, mi madre!

—¿Qué pasa?

—Viene por ahí, y sí, seguro que esto es un programa, ya no me quedan dudas. Mañana te llamo y te cuento —dijo antes de colgar.

Hacia ella se dirigía Erik ataviado con una chaqueta elegante sobre una camisa de leñador, y en el bolsillo, donde debería llevar un pañuelo, llevaba un enorme girasol que era incapaz de mantenerse en su sitio y cabeceaba sin parar. Rocío no lo dudó y supo en ese instante que todo lo

que habían pensado ella y Olivia era real, y que en esa flor iba, sin dudas, una cámara oculta para grabar sus reacciones durante la cena. Sabía que había cámaras ocultas que eran más discretas, pero supuso que el programa iría corto de presupuesto, y que, además, ella le pidió la cena con poca antelación y esto fue lo único que consiguieron encontrar.

Él llegó a su lado desplegando una de sus encantadoras sonrisas. Se dijo que era un actor formidable, pues cuando sonreía parecía hacerlo de verdad, poniendo toda el alma en ese gesto. Ella se permitió darle dos besos y el contacto de su mejilla con la áspera barba de tres días que lucía le hizo cosquillas.

—Estás preciosa —dijo sin poder contenerse.

La verdad es que, consciente de que iba a salir en televisión, había decidido vestirse para la ocasión, algo informal, pero con clase. Llevaba unos vaqueros ajustados, una camisa de flores en tonos neutros y una chupa de cuero en color hueso. El resultado era favorecedor y moderno.

—Gracias, tú estás muy.... elegante.

—Te he traído esto —dijo entregándole un ramo de flores secas.

Le sorprendió el buen gusto de las flores y se dijo que la gente de producción trabajaba realmente bien.

—Gracias, son preciosas.

Se las llevó a la nariz a pesar de que sabía que no iban a oler a nada, y le sorprendió encontrar un ligero aroma a lavanda y algo como juncos o esparto.

—¿Entramos?

Asintió en silencio y lo siguió hasta el interior del local. Iba detrás de él y no pudo ver cómo se recolocaba las tetas y miraba en el reflejo del móvil si no se le había quedado barra de labios pegada en los dientes.

\*\*\*

Para ser un jueves por la noche, el local estaba a rebosar. Había llamado para pedir que le reservaran una mesa, quería un lugar tranquilo e íntimo, pero al entrar se dio cuenta de que eso no sería así. Jamones colgaban del techo y mesas llenas de ruidosos turistas, y aún más ruidosos españoles, ocupaban todo el espacio. Se sentaron en una mesa junto a la pared al fondo de la sala, no era precisamente romántica, pero era la mejor del local sin lugar a dudas.

El girasol de su bolsillo abultaba bastante, pero supuso que sería el toque de distinción definitivo. Sabía que lo tradicional era ponerse un clavel, pero a esas horas de la noche no encontraría ninguno, así que se contentó con la flor, que le pareció muy sofisticada.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunté con ilusión infantil. Estaba leyendo la carta y todo parecía delicioso y muy típicamente español.

—Supongo que algo con jamón —respondió divertida.

—Te dejo elegir.

—¿Cómo?

—Sí, he leído que en España es costumbre pedir varios platos y compartir, así que te dejo

que elijas y yo comeré de lo que pidas.

—Pero... No sé qué te gusta, o si tienes alergias o...

—No le tengo alergia a nada y puedo comer casi de todo. Además, por lo que he ido probando de la gastronomía española, todo me ha sorprendido para bien, así que te dejo sorprenderme.

—Vaya, ¡cuánta presión! Si la cena es un desastre será culpa mía.

—Con esta compañía, podrían servirnos heces de toro marinadas, que la cena seguiría siendo perfecta.

Noté como ella se turbaba ligeramente ante mis palabras. Había tenido que reunir una ingente cantidad de coraje para poder decirlas, pero supuse que, si quería cortejarla, lo mejor sería hacerlo desde el primer momento.

El camarero se acercó a tomarnos nota y Rocío, con la diligencia de alguien acostumbrada a dar órdenes, se puso a enumerar una serie de platos que sonaban cada cual mejor que el anterior. Decidió que lo mejor para acompañar tan gustosa pitanza serían dos cervezas, y que ya veríamos si luego nos decidíamos a probar algún vino de los que ofrecían en la carta.

La verdad es que, ahora que la tenía delante de mí, se me estaba olvidando todo lo que había memorizado en las últimas veinticuatro horas de los consejos del Arcipreste de Hita. Llevaba el pelo moreno suelto en salvajes rizos y los labios pintados de un rojo sensual que atraían mi mirada como si estuviera hechizado. Aunque sus labios eran arrebatadores, eran sus ojos los que captaban toda mi atención, pues notaba que vibraban con fuerza.

Me bebí la mitad de la cerveza de un trago, pues notaba que se me estaba secando la garganta, y le pedí al camarero que me trajera la siguiente.

—Bueno, Rocío, ¿desde cuándo bailas?

Sí, lo sé, es una pregunta básica y trillada, pero es que tenerla delante de mí me estaba poniendo tan nervioso que no sabía ni lo que decía.

—Creo que desde siempre. El baile se lleva en la sangre, y más en un sitio como Sevilla, donde el arte se oye, se toca y se siente en cada esquina.

—*Que tiene un color especial, que huele a azahar* —recité ufano una de mis frases favoritas de una canción de Los del Río.

—¿Has estado en Sevilla? —preguntó sorprendida.

—Antonio Gala dijo: «Lo malo no es que los sevillanos piensen que tienen la ciudad más bonita del mundo... Lo peor es que puede que tengan hasta razón». García Lorca, Lord Byron o el mismísimo Julio César hablan maravillas de esa ciudad. Creo que yo podría encajar perfectamente entre sus gentes.

Se quedó en silencio unos instantes, supongo que mi entusiasmo la dejó desconcertada. Me gustaba todo de España, pero las ciudades del sur me atraían de forma especial: Granada, Córdoba, incluso la trimilenaria Cartagena.

El camarero apareció con nuestros primeros platos: tostadas de jamón con tomate, unos



pinchos de tortilla y una tabla de quesos y embutidos.

—¿Y tú? ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Mi ciudad se me estaba quedando pequeña, y no lo digo solo porque mido casi dos metros.

Ella soltó una carcajada sincera y yo me estremecí de gusto.

—Mi padre tiene una serrería, y yo, se supone que la iba a heredar, casarme con alguna muchacha del pueblo y tener una buena cantidad de hijos, pero un día me di cuenta de que eso no era para mí. Sí que echo de menos las cascadas y los bosques, y que aquí me aso de calor todo el tiempo, pero necesitaba vivir más. Ya lo sabes.

—No, no lo sé. No me puedo ni imaginar lo que debe ser vivir tan al norte; yo, es aquí, y sigo notando que me falta el calorcito del sur.

—¿Más calor? ¿Quieres matarme, mujer? Yo me paso la vida abanicándome con lo que encuentro porque estoy siempre muerto de calor. Me he traído mi ropa interior térmica, pero me da a mí que no la voy a utilizar al final.

Ella soltó otra carcajada y yo la sentí hasta en mis entrañas.

—¿Ropa interior térmica? ¿Qué narices es eso?

—Pues es lo que te pones para salir de tu casa desde noviembre a marzo, más o menos. Es para proteger... las joyas reales.

Otra carcajada, y yo me envalentonaba cada vez más. Era fácil hablar con ella, como si fuéramos las dos partes de un mismo objeto.

—Cuéntame más cosas de tu tierra.

—Pues hace frío, y eso me encanta. La naturaleza allí forma parte de nuestra cultura y te deja sin respiración de lo majestuosa que es. Las cascadas, los fiordos, los lagos, incluso la carretera del Atlántico es imponente. Y pescar salmones, que aquí, si lo intentas, viene la policía a decirte que mejor te vayas al Mercadona. Eso lo echo de menos, a veces siento que me ahogo aquí, que me falta el aire entre tanto coche y tanta gente. Es difícil de explicar, si me volviera a mi tierra echaría de menos esto, precisamente lo que ahora me molesta, y estando aquí, me falta mi país. No sé si me he explicado bien.

—Te entiendo perfectamente.

Sus ojos soñadores se cruzaron con los míos, notaba que había algo más, que a pesar de que me entendía, su historia era diferente. Me dije que solo con tiempo y paciencia podría descubrir los secretos de Rocío.

—Bueno, ¿cuál es tu película favorita? ¿O tu libro?

—¿En serio me estás preguntando eso?

Me sonrojé, la verdad es que no se me da demasiado bien el coqueteo, por lo general, tengo que hacer poco esfuerzo para que las mujeres se fijen en mí, pero con ella quería que fuera diferente. Necesitaba que fuera diferente.

—Solo quiero conocerte.

Ella se tensó en su asiento. ¿Tal vez estaba siendo demasiado directo? Pero se recompuso

enseguida y me dedicó una amable sonrisa. Me dio la impresión de que, en vez de mirarme a los ojos, su mirada se dirigía más hacia la flor de mi bolsillo, y me quedé más tranquilo, pues eso significaba que le había gustado.

—Mi película favorita es *Love Actually*, me río y lloro cada vez que la veo. Y mi libro favorito... No sé, lo último que hayan publicado en Selecta, que me encantan todas sus historias.

—Tomo nota.

—¿Y los tuyos?

—Me gustan las películas clásicas, la época dorada de Hollywood, y mi libro favorito es *Por quién doblan las campanas*, gracias a él descubrí a Hemingway y me enamoré de España.

—Conozco un pequeño cine que tiene una cartelera que no tiene nada que ver con las superproducciones americanas y están dando un ciclo de Gary Cooper, y creo que proyectan la versión cinematográfica de *Por quién doblan las campanas*. Tal vez te apetecería ir a verla.

Me quedé pasmado, más que si hubiera visto un lobo estepario pintado de color rosa. Asentí rápidamente, pues no me podía creer que la bella Rocío me estuviera proponiendo ir a ver una película juntos. Ella se quedó algo cohibida, pero se repuso rápidamente retomando de nuevo la conversación.

—Ahora tú. Además de España, ¿has visitado otros países?

—¡Qué va! De hecho, en Noruega nunca salí de mi región. —Ella puso cara de sorpresa—. Ya te he dicho que mi vida allí se me estaba quedando pequeña, necesitaba ampliar los horizontes.

—¿Qué opinas de Japón? ¿O de Asia en general?

La pregunta me sorprendió un poco, pero supuse que era su forma de demostrar interés por mi persona.

—Es una cultura que me fascina también, el sentido de la familia, de las tradiciones. Además de que allí comen mucho pescado también. No me importaría visitar Japón, Tailandia o Vietnam, creo que deben ser espectaculares. Además de que tienen un sentido del deber y de las tradiciones que me gusta mucho, es muy diferente a lo que yo he conocido.

—Sí, debe ser como entrar en otro mundo.

No miento si os digo que fuimos los últimos comensales en marcharnos del local. El tiempo no había pasado deprisa, había volado en Concorde directamente y, cuando quise darme cuenta, ya tenía a un amable camarero presentándome la cuenta para decirnos de forma sutil que nuestro tiempo se había acabado. Pagué gustoso la cena a pesar de que ella insistió en pagar o, al menos, dividir la cuenta en dos, pero yo me negué de forma rotunda.

La acompañé al metro, pues jamás se me hubiera ocurrido otra cosa en una primera cita que dejarla galantemente en la puerta de su casa. Mientras ella descendía los peldaños que la llevaban al subsuelo de Madrid, yo repasaba mentalmente la velada.

Había sido perfecta, Rocío no solo era preciosa, era inteligente y divertida. Me quedé embobado escuchándola hablar, sintiendo la pasión con la que describía su trabajo en el estudio

de flamenco en Sevilla. La decepción de haber sufrido una lesión, la rabia por no haber podido recuperar su antiguo nivel, la determinación de salir adelante haciendo lo que más le gustaba. Y la alegría de haberlo conseguido dando clases en la capital. Hablamos de viajes, de comida, y le sorprendió mi gusto por la literatura clásica.

Todo eso la convertía en una mujer fascinante. La más fascinante con la que me había cruzado en mi vida.

## Capítulo 14

Rocío se quedó con la espalda pegada a la pared del túnel que descendía hacia el metro. Él había insistido varias veces en acompañarla y estaba dispuesto a esperar con ella a que llegara el transporte, pero ella repitió que no era necesario y lo acabó convenciendo para que se marchara. Una vez que vio su enorme espalda alejarse, marcó el número de Olivia. A pesar de que era medianoche, sabía que estaría despierta.

—¿Sabes qué hora es?

—Perdona, si lo prefieres te llamo mañana y te cuento cómo ha ido la cena, aunque seguramente se me habrán olvidado los detalles interesantes —le lanzó solo para hacerla rabiar.

—No, no, no puedes dejarme en ascuas.

Le contó la llegada al restaurante de Erik con la enorme flor en el bolsillo y como al principio estaba muy nerviosa, pues le daba miedo que en esos planos tan cortos de cámara oculta saliera poco favorecida. Se pasó la primera media hora sin poder evitar lanzar miradas de vez en cuando al girasol seco que llevaba en la pechera.

—Pero llegó un momento en la conversación en el que me lo estaba pasando tan bien que ya ni recordaba que era un actor contratado. Ha sido fácil hablar con él. ¿Sabes que se ha leído a todos los grandes autores del Siglo de Oro? Yo solo me he leído a Calderón y porque me obligaron en el instituto.

—¿Se los ha leído de verdad, o solo dice eso porque está siguiendo un guion?

—No, no creo, tenías que verlo recitar a Lope de Vega cuando el camarero nos ha traído los postres. Hoy llevaba el pelo recogido y me he estado fijando por si llevaba un pinganillo y alguien le iba dictando cosas, pero no, creo que realmente le gustan esos autores.

—Cada loco con su tema, pero es muy raro que a alguien le apasionen los versos endecasílabos. ¿Y qué más?

—Pues, cuando me ha dicho que su libro favorito es *Por quién doblan las campanas*, me he acordado de que en el pequeño cine del barrio la iban a echar pronto y le he dicho que a lo mejor le puede apetecer ir.

—¿Contigo?

—No lo he dejado claro, a lo mejor sí, ya veremos.

—Espera, Rocío... ¡El tío te gusta!

La sevillana se sonrojó notando cómo toda la sangre se agolpaba en sus mejillas y, a pesar de lo tardío de la hora, sintió cómo se acaloraba.

—No lo sé, me ha sorprendido porque es mucho más que una cara bonita.

—¿Unos abdominales perfectos?

—Sí, eso también, pero... No sé...

—A ver, Rocío, que a ese tío lo ha contratado la productora, que lo mismo te han estado espiando, tus redes sociales y esas cosas para encontrar a alguien que se adaptara a tus gustos.

—¿Y han escogido a alguien que recita a Góngora y que habla con más cariño de los salmones que de su familia?

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Bueno, tú solo ten cuidado, que no quiero que te rompan el corazón.

—No te preocupes, que yo soy la primera que no quiere meterse en líos, y no sé si me gusta ese tío o no, solo sé que he pasado una noche muy buena. Me ha sorprendido, pensaba que solo me hablaría de gimnasios y de batidos de proteínas. Además de que se ha interesado muchísimo por mí, me ha escuchado. Mi última cita de Tinder no me dejó meter ni cinco frases en toda la conversación, nos pasamos una hora hablando de él. Con Erik, sin embargo, ha sido distinto.

—Rocío...

—Que sí, que sí, que voy a tener cuidado, te lo prometo. Que no me estoy enamorando de él ni nada, pero he disfrutado de ese rato que hemos pasado juntos.

—Ya... Que yo sé cómo empiezan estas cosas, y esperemos que terminen bien.

—Bueno, te dejo que tengo ganas de irme a casa. Descansa.

—Y tú, y tenme al tanto de cualquier cosa que pase con tu nórdico valiente.

—Anda, calla y vete a dormir.

## Capítulo 15

Estaba teniendo un sueño realmente placentero en el que paseaba por una playa de arena blanca que contrastaba con la piel morena de Rocío. Ella llevaba un minúsculo bikini rojo y estaba a punto de tumbarse en una hamaca para tomar el sol cuando un sonido infernal hizo añicos mi fantasía.

Sonaba como si el día del Juicio Final hubiera llegado, pero por falta de presupuesto hubieran despedido a los trompeteros y contratado a ... ¡un gaitero!

Me levanté de un salto vestido solo con unos calzoncillos negros. La luz del alba apenas entraba por los agujeros de las persianas dándome una idea de la hora. Era temprano, muy temprano. Abrí mi puerta de golpe y me dirigí a la habitación de Sean dispuesto a hacerle tragar la gaita, y me encontré en el pasillo con Stefano y Tane con tan mala cara como yo.

Abrí la puerta de golpe sin llamar antes y me encontré a Sean en pijama y soplando en el instrumento del demonio como si le fuera la vida en ello.

—Son las seis y media de la mañana —dijo Stefano.

—¡De un sábado! —añadió Tane.

—Para de tocar si no quieres que la gaita salga por la ventana y tú con ella —dije yo siendo menos diplomático que mis compañeros.

—¡Espectro! —respondió Sean mientras cogía aire y volvía a soplar con fuerza.

Miré a mis compañeros con cara de pocos amigos. Sean sacaba la gaita cada vez que algo sobrenatural le asustaba, pues así espantaba a los fantasmas, pero esta vez se había pasado tres pueblos. No eran horas. ¡Y yo estaba soñando con Rocío en una playa! Esta me la pagaría.

Las notas se fueron apagando hasta que ya solo flotaba su recuerdo en el ambiente, y Sean se sentó en la cama temblando todavía. Viéndolo así de asustado, ya no me quedaban ganas de partirle todos los huesos, en verdad parecía que necesitaba más un abrazo y una taza de chocolate caliente.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Stefano.

Sean metió un brazo debajo de la cama mientras buscaba frenéticamente algo. Cuando lo encontró, sonrió con alegría y sacó una botella de whisky Macallan que guardaba para las ocasiones especiales. Le dio un trago que a mí se me antojo demasiado largo para lo temprana de la hora, pero que a él pareció devolverle algo de color a sus ya de por sí pálidas mejillas.

—He visto un espectro, estoy seguro. Esta casa está encantada, ya lo sabíamos por la comida que desaparecía y las cosas que a veces cambiaban de sitio, pero hoy lo he visto sin lugar a dudas.

—Cuéntanos qué ha pasado.

—He ido a mear y he visto que la puerta de Dase estaba cerrada.

—Normal, está de viaje —puntualizó Tane.

—¡Exacto! Pero es que, cuando he salido del aseo, he visto a alguien meterse en el ascensor, y ahora la puerta de Dase está abierta y su cama revuelta. —Dio otro trago del líquido ambarino.

—La figura que has visto podía ser Duscha.

—Tan temprano y un sábado es imposible, además, eso no explica por qué la cama de Dase esté sin hacer. ¡Es un espíritu!

Salimos todos de la habitación, a excepción de Sean, y nos dirigimos a la habitación de Dase. Efectivamente, su puerta estaba abierta y la cama parecía deshecha, como si alguien hubiera dormido en ella y no hubiera tenido tiempo de hacerla antes de marcharse.

Me puse a cuatro patas y olfateé la colcha ante el estupor de mis amigos.

—¿Qué haces?

Levanté una mano pidiendo silencio. Era uno de los mejores rastreadores de mi pueblo, seguir una presa era algo que llevaba unos cuantos meses sin hacer, pero que no se olvida fácilmente.

—Aquí ha dormido alguien, no un ente sobrenatural, una persona.

—¿Marisa o Duscha? —preguntó Stefano.

—No, Marisa huele a cítricos, por su colonia, y Duscha tiene un olor más industrial, esto es distinto. Si no fuera imposible, diría que huele como el sótano de la casa. Pero lo que es seguro es que no es un fantasma, es una persona de carne y hueso.

—Eso es bueno para Sean, pero malo para nosotros, porque significa que tenemos un okupa en casa.

—Pues vamos a decírselo a ese escocés chalado antes de que decida coger la gaita de nuevo.

Le explicamos a Sean lo que habíamos descubierto y se quedó aparentemente más tranquilo, aunque seguía sin estar convencido al cien por cien.

—Entonces, ¿lo que he visto era un hombre y no un ser de ultratumba?

—Así es.

—Pero iba vestido con harapos y el demonio se dibujaba en sus facciones.

Intercambiamos una rápida mirada entre los tres y Stefano, sacando su mejor sonrisa de galán y su acento más conciliador, trató de calmarlo.

—Eran las seis de la mañana, tú estabas medio despierto y has visto lo que has querido ver. Seguramente sea algún joven del barrio, tenemos que prestar más atención antes de irnos a dormir y asegurarnos de que la puerta está bien cerrada, pero ya está.

Sean asintió.

—Además, aquí, el amigo —dijo señalándome con la cabeza—, dice que, como vuelva a sonar la gaita antes de la nueve de la mañana, acabáis los dos en el contenedor de basura.

Sean tragó saliva y yo asentí satisfecho.

Después de aquello, volvimos cada uno a su cuarto, pero a mí me costó conciliar el sueño. Estuve una hora dando vueltas entre las sábanas, intranquilo. No porque alguien hubiera estado durmiendo en la habitación de Dase, si él no estaba me parece bien que se le dé un uso, pero por Sean. No podía sacarme la imagen del escocés pálido como la nieve pensando en que había visto un fantasma.

A pesar de que vengo de una zona donde tenemos amplia tradición en lo que a trols y habitantes del bosque se refiere, nunca les he temido, siempre he pensado que ellos sabían quiénes eran respetuosos con la naturaleza y se ponían de su parte. Pero mi compadre parecía tener un pánico inexplicable a todo lo que sonara a sobrenatural. Y no podía permitir que ese sentimiento lo hiciera sentirse débil. Una idea comenzó a formarse en mi cabeza, algo que tal vez pudiera devolverle la sonrisa a ese condenado pelirrojo.

Me incorporé en la cama y me puse una camiseta, ni por frío, ni por pudor, sino porque vestirme (y ponerme una camiseta sobre los calzoncillos yo lo consideraba ir vestido) significaba que la jornada daba comienzo.

No dejaría a mi compadre en la estacada, ahora éramos familia.



## Capítulo 16

Me levanté y bajé a desayunar pensando que sería el único a quien el sueño había dado esquinazo, pero ya estaban en la sala común Tane y Stefano. Por lo visto, el único que seguía durmiendo como un tronco era el culpable de que todos estuviéramos despiertos tan temprano. Tane parecía tranquilo, pero Stefano estaba más nervioso que de costumbre.

—Hola, compadres —les saludé.

—Erik, he pensado que tenemos que hablar con Marisa para que instalen candados en todas las puertas, rejas en las ventanas y cámaras de seguridad. No podemos dejar que intrusos entren aquí, podrían ser peligrosos.

—A ver, yo creo que lo más probable es que sea un indigente o un joven del barrio que se encontró la puerta abierta cuando volvía de borrachera y aprovechó para echar una cabezada —trató de razonar Tane.

—¡Pero no lo sabemos!

—Stefano, cálmate, parece que te gustaba más la idea cuando pensábamos que era un fantasma.

—Pues la verdad es que sí, saber que alguien puede entrar con esa facilidad a Adonis House no me deja nada tranquilo, perdona que te lo diga.

—Está bien, el lunes iré a hablar con ella, si así te quedas más tranquilo —medió el maorí con claro afán de dar por terminada la conversación y de que su compañero se tranquilizara.

—Oye, me voy a acercar a comprar unas cuantas cosas que quiero darle una sorpresa a Sean, ¿a alguno le apetece acompañarme?

Stefano dijo que no podía, que tenía que entregar varios capítulos de su nueva novela, pero Tane parecía contento de salir a la calle y disfrutar del buen día. Veinte minutos después, salía del ascensor con una camiseta blanca que acentuaba sus bíceps bronceados y unos pantalones anchos en los que estaban presentes todos los colores del arcoíris. Remataba su atuendo con unas gafas de sol que había comprado en El Rastro y que eran el mismo modelo que usó Tom Cruise en *Top Gun*. Fiel a mi estilo, yo llevaba una camisa de cuadros y unos vaqueros gastados. A pesar de que yo era grande, a mi lado parecía que Tane llevaba de excursión a su hermano pequeño. Y eso es precisamente lo que tenía previsto hacer, irme de excursión con un buen amigo para darle una sorpresa a otro.

\*\*\*

Llegamos a Leroy Merlin antes de que abrieran las puertas, yo había tratado de explicarle a Tane mi proyecto de bricolaje durante el trayecto hasta la tienda. El australiano me miraba con el

rostro desencajado detrás de sus gafas de sol, por lo visto mi idea le parecía una locura. Pero yo no cejé en mi empeño de hacer sonreír a mi amigo Sean.

Cuando al fin abrieron las puertas, nos dedicamos a deambular por los pasillos de altas estanterías. Yo sabía lo que necesitaba, pero las tiendas de bricolaje me gustaban, hacían que me sintiera como en casa, pues mi padre tenía un cuarto lleno de herramientas y de piezas que pensaba reparar algún día. Así que, pasar la mañana entre tornillos, tuercas y tablones de madera era como volver a mi infancia.

Pasamos por la sección de decoración y vi algo que hizo que me desviara de mi camino. Se lo enseñé a Tane pensando que mi hallazgo le gustaría tanto como a mí, pero lo único que recibí como respuesta fue una mueca de disgusto.

—Ni de broma.

—¡Pero si es perfecto!

—No, eso no entra en la casa, te lo digo ya.

Yo sujetaba un tablón de madera en el que un pez de goma (probablemente una trucha o una perca) me miraba fijamente. Había un botón junto a la cola y, al tocarlo, el pez comenzó a moverse y a cantar «Take me to the river», de Talking Heads. Tane miraba el objeto horrorizado y yo no apartaba la mirada de la boca del pez, que se movía perfectamente al ritmo de la música.

—No me puedo creer que no te guste, pero si es genial.

—Lo que yo no me puedo creer es que te guste a ti. Si Dase ve eso, se muere del disgusto. A mí no me molesta especialmente, pero sé que a nuestro amigo no le va a gustar nada. Y eso de que se ponga a cantar cuando pasas por delante es lo que faltaba para que decida dejarnos plantados para siempre.

—¿Tú crees? Se lo podemos regalar para decirle que lo hemos echado de menos mientras ha estado fuera.

—¿A nuestro Dase le quieres regalar un pez de plástico que canta? No, mejor dale un vale regalo para El Corte Inglés y ya se comprará él lo que quiera.

Dejé al final el pez en la estantería donde lo había visto con la sensación de que nos volveríamos a encontrar, era un objeto demasiado bonito como para dejarlo abandonado en una tienda de bricolaje. Le dije al pez «hasta la vista en noruego» y seguí a Tane, que ya me había adelantado y se dirigía hacia la sección de ferretería con paso rápido.

—A ver, vamos a necesitar tornillos del catorce, barras metálicas, ganchos y mucha leña de haya —le dije emocionado.

Mi compañero me miró como si no entendiera mi idioma.

—Mira, yo voy a buscar un carro y tú te encargas de coger el material que, si tu fatídica idea sale mal, y hay un buen montón de motivos por los que puede salir mal, yo no quiero ser responsable de nada.

Mientras él volvía con el carro, yo me afané en recuperar todos los materiales necesarios. Llevaba varias cajas de tornillos, de clavos y de tuercas. Y tenía a mis pies varios paquetes de

madera, parecía un árbol de Navidad con todas esas cosas rodeándome. Cuando tuvimos todo lo necesario, nos dirigimos a pagar.

—Va a ser una idea excelente —dije poniéndole una mano en su hombro.

—Si tú lo dices...

\*\*\*

En cuanto llegamos a Adonis House, Tane se desentendió del proyecto, supongo que le atraía la idea de ir de compras, pero la parte del trabajo duro no era lo que más le apetecía en esos momentos. No pasaba nada, estaba acostumbrado a trabajar en soledad, y esos momentos con el serrucho y olor a madera recién cortada me llevaban de vuelta a casa de mis padres. Y lo agradecía.

Me dirigí al sótano del edificio, pues me dije que sería el lugar ideal. Hacía tiempo, habíamos encontrado una sala cerrada con un candado que tuvimos que forzar pensando que era ahí donde Marisa o Duscha guardaban los víveres que nos habían ido robando. En verdad solo encontramos unas estanterías con cosas olvidadas por los antiguos Adonis. Las saqué y las llevé al cuarto de la colada, donde una desvencijada lavadora daba servicio a todos nosotros. Cuando no podía practicar en la ola artificial, Tane ponía la lavadora en centrifugado y se subía encima de ella con su tabla de surf. Ver al maorí con las rastas botando en todos los sentidos encima de una lavadora en un sótano de un edificio de mala muerte era una experiencia digna de vivir.

Lo primero que hice fue limpiar a fondo, pues parece que Duscha no bajaba nunca las escaleras que llevaban al sótano y este no formaba parte de sus dominios. Me puse música, me había descargado los grandes éxitos de Los del Río y, de vez en cuando, me lanzaba a dar algunos pasos de baile, no quería que se me olvidara nada de lo que había aprendido con Rocío. La clave para mejorar en cualquier tema es practicar lo más a menudo posible.

Una vez que todo estuvo a punto, me puse a trabajar, colgué un par de barras del techo a ambos lados de la habitación, y con los tablones metálicos que habíamos comprado construí unos soportes para meter leña. Estaba tan enfrascado en mi trabajo que apenas me di cuenta de la hora que era, pues el tiempo se me había pasado volando ahí abajo. Cuando miré el reloj, solté un taco en noruego y subí las escaleras saltando de dos en dos los escalones, me iban a cerrar la tienda y entonces tendría que esperarme hasta el lunes para poder darle la sorpresa a Sean.

Con las prisas por salir, no me di cuenta de que solo llevaba los vaqueros y una camiseta de tirantes de las que me ponía para ir a las clases de Rocío. Cuando llegué a la tienda noté las miradas de varios de los clientes clavadas en mí, me hubiera parado a departir con alguno de ellos, pero hoy tenía prisa. Compré lo necesario y volví a nuestra casa lo más rápido que pude, cargando con las dos bolsas del supermercado. Apenas podía contener mi alegría por lo que estaba a punto de ocurrir.

Estaba seguro de que ese escocés chiflado apreciaría los esfuerzos, y tal vez, con un poco de suerte, este generoso gesto por mi parte le inspirara para aparcar el instrumento del demonio de vez en cuando.

## Capítulo 17

**A**zúcar, sal y bastante tiempo fue lo que necesité para preparar mi sorpresa para el escocés que se había convertido en un hermano para mí. Sabía que no se le puede pedir a la naturaleza que trabaje más rápido de lo que ella precisa, pero no quería que mi sorpresa se viera frustrada antes de tiempo. Lo preparé todo con cuidado y me fui a dormir sabiendo que al día siguiente podría hacerle olvidar a Sean el mal rato que había pasado por culpa de ese espectro que creía haber visto.

Lo tenía todo previsto, solo me faltaba Sean. Lo encontré en su cuarto revisando unos apuntes para una charla que iba a dar en el castillo de San Servando sobre la vida en las Highlands. Parecía un poco despistado, y no he visto un ser humano más miedoso que él, pero no se podía dudar de que era un trabajador competente y responsable.

—Sean, ven conmigo —dije sin más preámbulos.

—Pero es que estoy en medio de...

—Eso da igual, ven conmigo.

Y sin esperar su respuesta, me di media vuelta y eché a andar por el pasillo. Pocos segundos después escuché el inconfundible sonido de una silla arrastrándose y sentí los pasos del escocés detrás de los míos. Cuando vio que nos dirigíamos al sótano, se paró en seco.

—Un momento, ¿vamos ahí abajo?

—Así es —respondí con una gran sonrisa.

—Pues espera que voy a por la gaita, ese sótano me da muy mala espina.

—Eso era antes, ahora... Bueno, ahora tendrás que verlo por ti mismo. ¡Albricias, compañero! Estamos juntos en esto.

Asintió a regañadientes y bajó detrás de mí. Lo guie hasta la habitación que había estado remodelando durante todo el día y me entusiasmó ver su gesto de sorpresa.

—Pero... Pero... ¿esto es real?

—Sí —respondí contento y orgulloso.

Había decidido darle a Sean una sorpresa y había transformado una habitación del sótano que no usábamos en un ahumadero de salmones. Había colocado dos barras de metal de las que ahora colgaban de sus ganchos unos lustrosos lomos de salmón ya salados y sin espinas. Bajo ellos, había unos contenedores de metal que albergaban los troncos de madera de haya que había comprado el día anterior.

Él se paseó entre los salmones mirando atónito el nuevo uso que le íbamos a dar a esa sala inútil hasta el momento.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó incrédulo.

—Así es. ¿Te gusta?

—Huele a mi hogar —respondió, y noté como sus ojos se volvían brillantes y trataba de contener las lágrimas.

Sin que me lo esperara, vino hacia a mí y me dio un abrazo que yo devolví encantado. Era como un niño el día de Navidad recibiendo exactamente lo que le había pedido a San Nicolás.

—Venga, te dejo hacer los honores —dije tendiéndole el mechero que daría comienzo a nuestro primer lote de salmones ahumados.

—Así, ¿tal cual? A lo mejor hace falta algo de música solemne, este es un momento importante. Si quieres voy a por la gaita y toco algo.

—No hace falta —me apresuré a sacar mi móvil del bolsillo—. Mira, vamos a poner algo de John Williams, que creo que eso es bastante solemne.

Y ahí, con el sonido de la Marcha Imperial de *Star Wars* sonando de fondo, Sean encendió el fuego. Había algo sagrado en ese momento en el que la llama comienza a devorar la pastilla de encendido y se transmite a la madera. Por eso, los Juegos Olímpicos comienzan con el encendido de la antorcha, debe ser algo que guardamos en los genes, algo que nos conecta con nuestros ancestros, aquellos que descubrieron el fuego y dominaron al resto de especies.

Nos quedamos unos minutos en silencio viendo como las volutas de humo comenzaban a llenar la estancia, henchidos de orgullo. El hombre dominando a la naturaleza, aunque sea en el lúgubre sótano de un edificio en La Latina. Subimos las escaleras en silencio, aún sobrecogidos por la grandeza de lo que acababa de suceder.

Yo se lo pensaba contar a nuestros compañeros, hacerlos partícipes de nuestra hazaña, y tal vez proponerles convertir la otra habitación semivacía en una sauna, que ya le estaba cogiendo el gusto a esto del bricolaje. Pero solo andaba por ahí Stefano, a los demás no se les veía por ninguna parte. Sean musitó algo que no entendí y subió las escaleras saltando de dos en dos los escalones.

—Compadre, tenemos una gran noticia que compartir contigo.

Stefano levantó los ojos de la libreta en la que estaba organizando sus notas, daba la impresión de que el esquema de su próxima novela estaba empezando a tomar forma. Pero antes de que yo pudiera comenzar a hablar, un sonido infernal, que ya conocía, llenó la estancia. Sean estaba parado en medio de la sala común tocando la gaita.

—Es para.... Agradecerte.... Lo que has.... Hecho.

Dijo de forma entrecortada cada vez que tomaba aire. Yo, que le había construido un ahumadero de salmones justamente para que no tuviera que tocar la canción de espantar a los espíritus nunca más, ahora me encontraba con que estaba tocando la de agradecimiento. «Lo de estos escoceses con ese instrumento del diablo ya es vicio», pensé. Stefano me miraba de forma divertida, pues sabía cuánto odiaba el sonido de la gaita. Sean lo hacía con toda su buena intención, y ese gesto era de agradecer.

## Capítulo 18

Dejamos que el humo impregnara nuestros salmones durante varias horas, de vez en cuando bajábamos uno de los dos a controlar si el proceso se estaba desarrollando correctamente. Habrían pasado ya unas siete horas cuando decidimos bajar los dos juntos, era domingo y no teníamos gran cosa que hacer, así que ocuparnos de nuestros salmones era tan buen plan como cualquier otro.

Al descender la escalera, oí un ruido extraño proveniente del cuarto de los salmones, y pensé que tal vez algún gato había entrado por alguna oquedad atraído por el olor de tan succulento bocado. Por una vez, Sean bajaba delante y fue el primero en entrar al cuarto de ahumado.

Lo que pasó a continuación lo recuerdo de forma borrosa, primero porque pasó muy deprisa, y segundo porque pasó en medio del humo que salía de los troncos de madera de haya.

Una figura se movió dentro del cuarto, y por el tamaño ya os digo yo que eso no era un gato. Sean soltó un grito angustiado, y como acto reflejo, golpeó a la figura con fuerza en el rostro que cayó redonda a nuestros pies. Los dos nos miramos sin saber muy bien qué hacer y al final optamos por sacarlo del ahumadero y llevarlo escaleras arriba. Me lo eché al hombro como si fuera un fardo, pues seguía inconsciente, y lo llevamos a la sala común.

Todos los Adonis salvo Dase, que seguía de viaje, estaban allí y nos miraron estupefactos, pues bajamos con las manos vacías y subimos con un hombre desmayado.

—¿Eso es lo que estabais ahumando? —preguntó Tane en tono jocoso.

—Por supuesto que no —respondió Sean, que se había puesto pálido.

Yo presentía que iba a echar a correr escaleras arriba y lo cogí del brazo para obligarlo a sentarse antes de que buscara la gaita. Que ya nos íbamos conociendo este escocés loco y yo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Stefano haciéndose cargo de la situación.

—Este hombre estaba con nuestros salmones, Sean lo ha visto y le ha pegado.

Todas las miradas se volvieron hacia el escocés.

—¡Ha sido un acto reflejo! Me he asustado y el brazo se me ha ido solo.

—Pero ¿está muerto? ¿Hay que llamar a la policía o a una ambulancia?

—No creo que haga falta, tiene pulso y respira —dije después de comprobar sus constantes vitales—. Eso sí, le va a doler la cabeza un montón cuando se despierte.

Los cuatro nos quedamos unos instantes en silencio mirando al desconocido que estaba tendido en uno de los sofás. Era alto, de unos cincuenta años, delgado y con el pelo moreno, algo ralo, pegado a las sienes. Unas ojeras adornaban sus ojos y se le marcaban los pómulos.

Empezó a volver en sí llevándose una mano a la mandíbula y todos dimos un paso atrás.

Tane cogió un cuchillo de la cocina y se lo guardó en la espalda.

—Por si acaso se pone violento —dijo en voz muy baja.

El desconocido se movía lentamente abriendo y cerrando los párpados varias veces. Hizo un esfuerzo y se incorporó a medias; cuando al fin fue capaz de enfocar la vista y nos vio a los cuatro alrededor de él, abrió los ojos asustado. Intentó ponerse en pie, pero se mareó y tuvo que sentarse de nuevo en el sofá.

—¿Quién eres? ¿Qué hacías con nuestros salmones? —le pregunté tratando de sonar simpático, se notaba que el pobre ya había sufrido bastante y no quería asustarlo más de la cuenta.

—Yo... Yo... Debo irme.

Hizo otro amago de levantarse, pero Tane le puso una manaza en el hombro y lo obligó a volver a recostarse. Negó con la cabeza y el desconocido soltó un largo suspiro.

—Me llamo Arnold y soy un Adonis —reconoció a media voz, y nosotros intercambiamos una mirada de sorpresa.

—¿Cómo dices? —preguntó Stefano—. No recuerdo haberte visto en la reunión de presentación con Antonio. Ni tampoco te he visto por aquí estos últimos tiempos. ¿Cuál dices que es tu especialidad?

—Bueno, en verdad fui un Adonis hace ya algunos años. Yo era el noble representante de Austria, país de Mozart, Schubert o Freud. El país con los palacios imperiales más espectaculares y las mejores salchichas ahumadas.

Le brillaban los ojos y, mientras hablaba, yo me lo imaginaba con la bandera austríaca ondeando detrás, como los presentadores de televisión que tienen que dar los puntos en Eurovisión.

—Todo eso está muy bien, amigo, pero ¿qué haces ahora en nuestro sótano? —preguntó Sean tratando de reconducir la conversación.

—Se me acabó el contrato porque Austria ya no estaba de moda, Antonio me dijo que Sisí Emperatriz y la música clásica ya no vendían tours. Además de que yo ya tenía una edad y necesitaban Adonis más jóvenes. Así que me pidió que me fuera, pero yo no podía, esta era mi casa, rehusaba la idea de vivir en otro sitio, además de que aquí estaba... —se ruborizó ligeramente—. Bueno, eso no tiene importancia, el caso es que me quedé escondido.

—¿Has estado viviendo aquí sin que nos diéramos cuenta? —preguntó Stefano sorprendido.

—Sí, he estado durmiendo en los sofás, o en la cama de alguno que estaba de viaje.

—¡El espectro! —exclamó Sean—. ¡Eres el espectro que vi el otro día!

El Adonis sonrió con un gesto casi infantil.

—Culpable. Ese día trabajaba en la Warner preparando el espectáculo de Halloween (que, aunque aún falten varias semanas, el parque ya empieza a proponer espectáculos con temática terrorífica), y tenía que ir disfrazado como un muerto viviente.

—Pues casi consigues que hubiera un muerto de verdad, porque a punto estuve de tirar al

escocés por la ventana cuando se puso a darnos una serenata de gaita a las seis de la mañana — dije con una carcajada.

—Entonces ¿eres tú el que nos robaba la comida?

—Culpable de eso también, no podía tener mi propia comida en el frigorífico para no despertar sospechas, y cuando me cansaba de comer conservas, pues cogía un poquito de lo que había en vuestros platos.

—Y en nuestras botellas, que no te ha dado reparo engancharte a mi whisky.

Volvió a sonreír y sentí una gran ternura por él. Un hombre tan apegado a su trabajo que era incapaz de abandonar la casa que había sido su hogar durante años, y que prefería malvivir aquí en vez de buscarse otro sitio. Era como uno de los hampones de las novelas de Miguel de Cervantes.

—Una cosa, hace ya tiempo cogimos un saco de dormir del sótano, ¿era tuyo?

—Sí, aquello fue una buena faena, menos mal que era primavera y llegó el buen tiempo, pero ahora que ha vuelto el frío, y como parece que estamos en confianza, me gustaría recuperarlo, si no es mucha molestia.

Le puse una mano en el hombro y noté como se estremecía bajo mi contacto.

—Compadre, eres uno de los nuestros y no te vamos a dejar en la estacada. «*Lucha, nunca claudiques ni te detengas ante ningún obstáculo; recuerda que tú puedes conseguir lo que sea que quieras*» —recité en voz alta con mi potente voz de barítono.

—¿Eso es de Calderón de la Barca? —preguntó Stefano.

—De los Caballeros del Zodíaco, que me estoy volviendo a ver la serie —respondí con una media sonrisa.

—Bueno, pero ¿qué hacemos con este? No podemos dejarlo aquí.

—¿Por qué no? Puede dormir en el sofá, le dejamos un sitio en el frigo para que deje de robarnos comida y ya está.

—Pero ¿es eso legal? —preguntó Stefano, que no estaba nada seducido por el plan.

—A mí me parece bien —secundó Tane.

—Y a mí, ahora que sé que no es un fantasma no me importa que esté por aquí. Eso sí, aléjate de mi whisky si no quieres que me enfade mucho.

Arnold se encogió de hombros y a Stefano no le quedó más remedio que aceptar que la mayoría había hablado. Pues estaba decidido, se quedaría a vivir con nosotros, porque los Adonis somos una hermandad como las de caballería de la Edad Media y no dejamos a uno de los nuestros en la estacada.

—Está bien, pero no seré yo quien se lo diga a Dase, no creo que le haga ilusión que haya alguien durmiendo en sus carísimas sábanas.

—Ahora que te tenemos por aquí, cuéntanos algo más de ti.

El desconocido se zambulló en un relato explicándonos anécdotas de los Adonis a principio del siglo XXI. De vez en cuando se le escapaba alguna palabra en alemán, que solo servía para dar



aún más color a su relato. De repente, Tane se dio una palmada en la frente y se puso en pie.

—¡La diarrea!

Lo miramos todos cómo si estuviera poseído.

—Si tú nos robabas la comida, tuviste que tener una buena diarrea porque pusimos Evacuol en uno de los platos. En aquella época, pensábamos que serían Marisa o Duscha las ladronas de comida.

—¿Fue cosa vuestra? —preguntó con el rostro desencajado—. Estaba en una obra de teatro en La Latina y tuve que salir del escenario corriendo. Me quedé dos horas en el baño y aquello no se acababa nunca, pensé que terminaría echando el intestino.

Todos soltamos una carcajada, aunque la del nuevo Adonis fue menor que las nuestras.

—A ver, te está bien empleado por robarnos comida.

—¡Pero es que pusisteis un montón! Eso con unas pocas gotas es suficiente.

—Sí, eso es verdad... Se nos fue un poco la mano.

Pasamos el resto de la tarde en torno al nuevo Adonis, o al antiguo, iba a ser difícil encontrar la forma correcta de llamarle. Le pusimos al día de nuestras experiencias, aunque algunas ya las conocía por haber espiado nuestras conversaciones o haber dormido en nuestros cuartos. Aprovechaba para ducharse cuando estábamos todos fuera, pues por lo general trabajaba en teatros del barrio por la noche, aunque también participaba en otro tipo de eventos.

Habló de Austria con tanto fervor que no me quedó más remedio que añadir ese país a mi larga lista de destinos que quería visitar. Presentíamos que había algo más que lo ataba a esta casa, no solo la nostalgia de haber vivido aquí durante varios años, pero fuimos incapaces de sacarle la historia, Stefano se puso en plan poli bueno y Tane en plan poli malo, pero ni con esas conseguimos que soltara prenda. Yo sabía que nos lo contaría cuando estuviera preparado, no serviría de nada tratar de presionarlo. De momento, nos contentábamos de tener a uno más en nuestras filas.

## Capítulo 19

Apenas veíamos a Arnold, pues estaba casi siempre ocupado desempeñando pequeños papeles en obras de teatro del barrio o trabajando como extra en los parques de atracciones. Nos había contado que incluso había hecho sus pinitos en el mundo de la restauración, trabajando como camarero en grandes eventos en algunos de los hoteles más lujosos de la capital, como el Estrella de Madrid, donde trabajó una Nochevieja que acabó de una forma completamente disparatada con una invitada subida al escenario cantando Camela con una teta fuera.

Dase llegaría al día siguiente y a todos nos estaba empezando a dar algo de miedo su posible reacción. Era un tío majo y comprensivo, pero sabíamos que no le haría ninguna gracia saber que Arnold había estado durmiendo en su cama. *Tal vez podríamos omitir esa parte*, dije a mis compadres, *decirlo de modo tan ambiguo que piense que ha dormido en el sofá*, les propuse. Deberíamos concertar una reunión antes de que llegara el etíope para que las versiones fueran coherentes.

Ese día tenía la mañana libre, una asociación había cancelado a última hora su taller de supervivencia porque más de la mitad de sus miembros estaban con gastroenteritis después de haber asistido a una barbacoa en el campo. Por lo visto, en España es más peligrosa una mayonesa puesta al sol que un oso.

Me dediqué a pasear por las intrincadas calles que formaban este curioso barrio. Me podía quejar de otras cosas, pero no de la ubicación de nuestro alojamiento: en un barrio céntrico, lleno de historia y solera. Me paré junto a un edificio que estaba allí desde que en España gobernaran los Austrias y, pegándome a la fachada de piedra, aspiré el olor de siglos de historia.

Me puse a toser violentamente, pues si bien es cierto que debía oler a historia, también olía a meado de borracho, y esa sensación era bastante menos agradable. Grandes plazas, calles estrechas y edificios de piedra..., si uno se dejaba llevar podía imaginar que estaba en el Madrid del siglo XVII. Por esas calles habían pasado Góngora, Quevedo y, mucho más tarde, genios como Goya. Para un amante de la cultura española, este barrio era un regalo.

Me pasé la mañana vagando, visitando tiendas, regando mi garganta en las tascas y comprando algunas vituallas en el mercado de abastos. Cuando caminaba por las calles peatonales del barrio, me sentía como el Capitán Alatríste, esperando que Gualterio Malatesta le embosque en cualquier esquina.

\*\*\*

Me dirigí con paso presuroso a la clase de baile, ya podía caerse el mundo a pedazos, que yo no faltaría a mi cita semanal con la bella Rocío.

Tras varias semanas tomando clases, podía decir sin vergüenza ninguna que era un alumno aventajado, supongo que por eso Rocío me había escogido como compañero de baile, para que entre los dos enseñáramos al resto de alumnos los pasos. Esa sala, con suelo de madera y espejos en un lateral, hacía que me encontrara cómodo, ya la sentía casi como mi segunda casa. O mi tercera, contando con Adonis House.

Cuando llegué, ya había un pequeño grupo reunido en torno a nuestra profesora. Le dediqué una amplia sonrisa que ella me devolvió e hizo que mi corazón se parara durante un segundo. Una chica pelirroja que llevaba con nosotros desde la primera clase se me acercó.

—Hola.

—Hola, ¿qué se acontece?

Me miró un poco desconcertada.

—Estaba pensando que, a lo mejor, después de la clase podríamos ir a tomar algo a mi casa, no está lejos de aquí —me dijo batiendo las pestañas como si quisiera provocar un huracán solo con ellas.

En otro momento hubiera aceptado contento su invitación, pero ahora no me sentía con ganas. Me parecía que la belleza de cualquier mujer palidecía comparada a la de Rocío, que no había labios más suculentos, ojos más inteligentes ni curvas más apetecibles que las suyas.

—Lo siento, no puedo, tengo cosas que hacer.

Vi la decepción cubriendo sus jóvenes ojos y no pude menos que notar una punzada de remordimientos.

—Vamos a colocarnos para empezar el calentamiento —dijo Rocío desde el frente de la clase.

Una vez que hicimos los primeros pasos para entrar en calor y preparar los músculos, me pidió, como ya era habitual, que pasara al frente para ocupar el lugar a su lado.

Hoy nos estaba enseñando la segunda, en esta estrofa se hace el acercamiento de los bailarines tras el coqueteo inicial. ¿Era una señal? Yo dejé que me guiara y, en cada pasada, sentía su fina cintura acoplándose perfectamente a mi mano.

Cuando terminamos la clase, me quedé un poco rezagado, no había tenido ocasión de hablar con ella desde que habíamos cenado juntos. Esperé pacientemente a que los últimos alumnos expusieran sus dudas y, cuando nos quedamos a solas, me acerqué a ella.

—Me ha gustado mucho la clase de hoy. —Era un ejemplo patético de cómo comenzar una conversación, pero esa joven me ponía más nervioso que una manada de lobos.

—Me alegro, siempre es agradable que tus alumnos te feliciten.

—Pero es que es lo normal, eres la mejor profesora que he conocido, pones tanta pasión en lo que explicas...

—Bueno, eso es porque el flamenco es mi gran pasión.

—¿Tienes otras? —No sé de dónde salió esa pregunta, pero cuando estaba cerca de Rocío quería saberlo todo de ella.

—Muy curioso vienes tú hoy, ¿no? —me respondió con ese salero que tanto me gustaba, y no pude evitar sonrojarme por mi atrevimiento.

—Quería decirte que me gustó mucho la cena de la otra noche, pasé un momento muy agradable. ¿Te gustaría repetirlo?

Ella sonrió y miró hacia los espejos del fondo de la clase de forma nerviosa. Se atusó el pelo y se enderezó corrigiendo su postura, lo que hizo que las curvas de su pecho y de trasero se acentuaran. Yo repartía mi atención entre la vista que tenía de ella en el espejo, y lo que contemplaba directamente con mis ojos.

—Claro, ¿por qué no?

—Como la última vez elegí yo el sitio, ahora te toca a ti.

—Cualquier sitio está bien, no soy demasiado exquisita para salir a cenar.

—Insisto, elige un sitio y una fecha y estaré allí más firme que las murallas de Ávila.

Ella soltó una carcajada.

—¿De dónde sacas esas comparaciones? A veces parece que, en vez de venir de un país nórdico, vienes del siglo pasado.

—El siglo xx fue un asco, prefiero, sin lugar a dudas, el xviii —le respondí al tiempo que le hacía una reverencia quitándome mi sombrero imaginario, y ella volvió a reírse.

—Pues que así sea, en cuanto encuentre un sitio que esté bien, te mando un mensaje y nos vemos.

Me acerqué y, en un acto de atrevimiento muy poco usual en mí, le cogí la delicada mano y le besé el dorso. Luego me marché a casa con el corazón henchido de alegría.

## Capítulo 20

Dase volvió de su viaje y estaba tan agotado que dejó sus maletas en la habitación y se fue directamente a la ducha.

—¡El conejo se ha escapado otra vez! —gritó desde el baño mientras veíamos a Bandido bajar de dos en dos las escaleras hasta la oficina de Marisa.

Intercambié un par de frases con Tane y decidimos que, cuando estuviera limpio y relajado tras una buena ducha caliente, sería el momento perfecto de hablarle del nuevo inquilino de la casa. Pero nuestro plan se vio frustrado cuando un grito estruendoso salió del aseo, haciendo que el maorí y yo nos precipitáramos hacia allí.

Dase, aún empapado y con tan solo una toalla verde cubriéndole de cintura para abajo, salió al pasillo pasando delante de nosotros como si no nos hubiera visto. Apretó el botón del ascensor con tanta fuerza que parecía que iba a sacarlo por el otro lado y se perdió en su interior. Tane y yo nos miramos de forma cómplice y nos lanzamos escaleras abajo para saber qué estaba pasando.

Al llegar a la primera planta, encontramos al etíope en la oficina de Marisa hablando a voces.

—¡Agua caliente! Vengo cansado, sudado y solo quería darme una ducha de agua caliente, pero ni siquiera eso es posible en este sitio.

—Puedes poner una reclamación y ya me ocuparé de ella cuando tenga tiempo.

—Llevo puestas veintidós reclamaciones desde que estoy aquí y me da la impresión de que nunca hay tiempo. Este servicio es deplorable.

—A diferencia de la vista —dijo Marisa que se estaba deleitando con la visión del torso musculado de nuestro Adonis de ébano.

Dase soltó un bufido y se dirigió hacia el sótano.

—¡Yo mismo arreglaré el problema! Tiene que haber una llave inglesa en algún sitio, seguro que...

Segundos después subía la escalera del sótano con los ojos desorbitados.

—Marisa, ¿por qué hay peces muertos colgando del techo?

Ella se encogió de hombros de forma indolente.

—Eso háblalo con aquellos —respondió mascando chicle y señalándonos con un lápiz.

Dase, que ya comenzaba a secarse, se dirigió a nosotros a grandes zancadas.

—¿Y bien?

—Sean estaba triste porque había visto un espectro y decidí darle una sorpresa. La buena noticia es que ya no está triste, y toca la gaita menos a menudo que antes.

—No puede ser, no puede ser... Me voy quince días y todo se viene abajo. Las cosas no pueden ir peor.

—Mira, es bueno que tengas esa actitud pensando que nada puede ir peor, porque un okupa ha estado durmiendo en tu cama —dijo Tane antes de perderse escaleras arriba y dejarme a mí el marrón de explicarle todo el asunto de Arnold.

—¡¿Qué?!

—A ver, si te sirve de algo, no solo ha dormido en tu cama, también lo ha hecho en las de los demás.

—¿Crees qué me estás ayudando, Erik?

—Supongo que no, pero es que saber que solo llevas una toalla me pone nervioso. Ve a ponerte algo de ropa y luego hablamos con tranquilidad.

Subió por el ascensor más enfadado de lo que había bajado, si es que eso era humanamente posible. A mí no me molestaba en absoluto que estuviera casi desnudo, pero necesitaba esos minutos para tratar de presentar el caso de Arnold de forma que apelara a sus sentimientos más profundos.

Cuando bajó, iba vestido con una camiseta azul claro y unos vaqueros y se sentó en un sofá justo en frente de mí. Le conté todo lo que había pasado: la gaita de madrugada, el estado de nerviosismo de nuestro compañero escocés y el proyecto con el que quería que olvidara sus miedos. Le hablé de los ojos empañados de emoción de Sean, pero no vi ningún cambio en su semblante. Luego le relaté las desastrosas circunstancias en las que conocimos al antiguo Adonis y cómo nos habíamos apiadado de él.

Me escuchó en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez, cosa que agradecí. Cuando terminé mi relato, se quedó unos segundos mirándome en silencio y luego asintió.

—Ayudar al débil es una obligación moral en mi tierra. Eso habla muy bien de ti, Erik Jakobsen.

Sonreí satisfecho, había esquivado una bala.

—Pero ¿estáis seguros de que es un antiguo Adonis y no un okupa del barrio que se ha colado aquí?

—No, nos ha contado un montón de anécdotas de Antonio y de otros Adonis. Se nota que este trabajo le gustaba de verdad, fíjate que después del tiempo que ha pasado no ha querido marcharse de aquí, pues sigue pensando que este es su verdadero hogar.

—Vale, si vosotros confiáis en él, yo también lo hago —añadió poniéndome una mano en el hombro—, pero si me falta algo de mi habitación, os haré responsables a vosotros. Y mis gustos son bastante caros.

Tragué saliva ruidosamente mientras él cogía de nuevo el ascensor para subir a su cuarto y me dejaba meditando si haber acogido a Arnold sería o no una buena idea.

\*\*\*

Dase estaba de vuelta, el nuevo Adonis ya había sido presentado a todos los miembros de

nuestra familia y yo esa noche iba a cenar con Rocío por segunda vez. Sentí que, por fin, todo me sonreía en la vida.

Habíamos quedado en un local del barrio, un sitio donde servían tapas y cervezas a buen precio que no quedaba lejos de nuestro hogar. Había decidido vestirme para la ocasión: me había puesto mi mejor camisa de cuadros y, para darle un toque intelectual, me había anudado un pañuelo de seda al cuello. Pero no tenía mucha experiencia haciendo nudos bonitos y al final opté por un nudo de horca. Me estaba dando los últimos retoques en el espejo del baño cuando Tane entró a ducharse y se me quedó mirando.

—¿Te duele la garganta? —preguntó confundido.

Solté un bufido, es increíble lo poco que sabían mis compañeros de las costumbres españoles.

—Llevo un *foulard* porque estoy haciéndole un homenaje al gran Antonio Gala.

—Pero ¿ese hombre no está muerto?

—No, sigue teniendo un lugar en el corazón de todas las españolas.

—¿Tú crees? Creo que a las españolas les va más el estilo de Jon Kortajarena —añadió con una risotada.

Nuestras voces habían alertado a Dase, que no tardó en presentarse en el baño él también. Me miró de arriba abajo con ojo crítico y sin parar de negar en silencio.

—No.

Fue lo único que dijo antes de salir y dejarnos solos. Nos llamó a voces desde mi habitación, a la que había entrado sin permiso.

—¿Todas tus camisas son de cuadros? —preguntó horrorizado.

—Casi todas —respondí atemorizado, me sentía como un alumno que iba a fallar estrepitosamente un examen.

Rebuscó en mi armario hasta encontrar algo que lo convenció. Era una camisa blanca clásica. A mí me parecía muy anodina y aburrida y no me la ponía nunca, me gustaba más el patrón geométrico de las camisas de cuadros. Además de que combinaban muchos colores, y eso me gustaba.

—Ponte esa —dijo tendiéndome la percha.

Mientras yo me cambiaba, buscó algo con frenesí en los cajones de mi armario y, luego, de mi mesa de noche.

—¿Dónde tienes los gemelos o los pasadores de corbata?

—Eh... No tengo —respondí bajito.

Por la mirada que me lanzó, supe que acababa de suspender el examen con notas negativas, si es que eso era posible. Se fue a su cuarto y volvió unos minutos después. Se me acercó y comenzó a doblar el pañuelo de la forma correcta, lo pasó alrededor de mi cuello y lo remató con un pasador de plata con una preciosa gema redondeada de ónix como broche.

Me miró complacido y, cogiéndome por los hombros, me llevó frente al espejo del cuarto de baño. Me gustó la imagen que vi. La camisa seguía siendo aburrida, pero el pasador y el pañuelo

le daban un toque elegante, como un lord inglés del siglo XIX.

—¿Puedo llevar un bastón? —pregunté esperanzado, pero Dase negó en silencio y yo decidí no llevarle la contraria.

Les di un abrazo a mis hermanos de armas y me dispuse a salir a la calle para tratar de conquistar a la bella Rocío. Tal vez hoy fuera merecedor de un beso de sus labios, pensé sonriente.



## Capítulo 21

Rocío salió del metro y miró el reloj, iba a llegar justísima al gastrobar en el que había quedado con Erik. Había elegido un local en el barrio de La Latina cerca del trabajo, que conocía bien. Había ido varias veces con Olivia y con su grupo de amigas y le gustaba el ambiente.

Iba con una extraña sensación en el cuerpo: por un lado, se estaba encariñando con Erik, pero, por otro lado, no dejaba de repetirse que todo era impostado, que era un actor haciendo un papel. De camino al local, con las manos en los bolsillos del abrigo, pensaba en Jesús, su antiguo novio en Sevilla que la estuvo engañando durante varios meses con una compañera del trabajo. A simple vista parecía el hombre perfecto, simpático, guapo y se conocían de toda la vida, pero en el fondo, llevó una doble vida durante muchísimo tiempo y ella no fue capaz de darse cuenta. Por eso ahora temía dejarse llevar. Erik parecía majo y le gustaba estar con él, pero sabía que la imagen que mostraba no era la verdadera, y tenía miedo de que la historia de Jesús volviera a repetirse.

Cuando se acercó, vio que Erik la esperaba en la puerta contemplando abstraído el interior del local desde una de las cristaleras. A pesar de que estaba mirando al interior del local, no le quedaron dudas de que era él: los anchos hombros, el pelo rubio que hoy llevaba suelto y el culo prieto y redondeado. Porque sí, sus ojos se habían dirigido hacia la parte baja de su espalda sin que ella pudiera evitarlo. No se podía negar que el tío estaba como un tren.

Cuando llegó hacia él, le dio un toque en el hombro y él se dio la vuelta para saludarla. Su sonrisa siempre la dejaba indefensa, era como ver sonreír a un cachorrito de Golden Retriever. Pero la sonrisa que Rocío le estaba dedicando de vuelta se quedó congelada en una especie de mueca en cuanto vio lo que llevaba al cuello: un pañuelo con un broche en el que una piedra negra brillaba a la luz de las farolas. «Ahí es donde han puesto la cámara oculta esta vez», pensó para sí. Le dio dos besos para saludarlo y entraron al restaurante.

La decoración del local era a la vez moderna y hogareña. Mesas de acero de aspecto industrial compartían espacio con mullidos sillones orejeros y sillas con tapizados de flores. Unas bombillas desnudas colgaban del techo y unos grafitis enmarcados daban personalidad al local. Erik se quedó en la puerta durante unos segundos empapándose de lo que veía y sonriendo como si entrara en la Galería de Obras Maestras del Museo del Prado.

Se sentaron en una mesa pegada a las cristaleras que daban a la calle. Él le retiró la silla y la ayudó a sentarse antes de tomar asiento delante de ella. Los ojos de Rocío acababan volviendo siempre al broche del pañuelo. «Esta vez han tenido más tiempo para prepararse y han buscado algo más discreto», pensó recordando la enorme flor que llevó en la cena anterior.

—Todo tiene una pinta buenísima —dijo Erik entusiasmado mirando la carta, que no era muy extensa pero sí de gran calidad.

Cuando vino el camarero, pidió prácticamente un plato de cada cosa que había en el menú y Rocío dijo que ella le acompañaría, pues no veía al nórdico capaz de comerse todo lo que había pedido.

—No te creas, una vez, entre mi amigo Johannes y yo, nos comimos un ciervo entero en tres días.

—¿El ciervo se come?

—¡Por supuesto que sí! Por lo general una parte de la carne se destina para salarla y consumirla durante el invierno, pero nos pilló con hambre a los dos y no dejamos nada para los meses fríos —añadió como excusándose.

—Tu vida ha sido tan distinta de la mía... —comentó Rocío—. Yo veo un ciervo y lo primero que pienso es en Bambi, no en que sea comida.

Él se rio con la ocurrencia. Una de las cosas que había notado es que en España la carne de caza era mucho menos común que en Noruega, la podías encontrar en tiendas específicas, pero era difícil acceder a ella en grandes superficies. Por más que había buscado en Mercadona (el santo grial de las compras) no encontraba ciervo, reno o jabalí. Le habían dicho que en pueblos de la sierra era más común, o en carnicerías especializadas, pero él no tenía tiempo para eso: si no estaba en Mercadona, no existía. Eso sí, tenían tantas formas distintas de comer marisco y de aliñar aceitunas que Erik pensaba que, si un día los españoles usaban esos conocimientos para otro motivo que no fuera irse de tapas, acabarían dominando el mundo.

—Cuéntame algo más de ti, de tu familia. ¿No los echas de menos? —preguntó Rocío, a la que le costaba apartar los ojos del pasador de corbata que sujetaba el pañuelo del cuello. Ese día pensaba llevar ella la conversación, no dejaría que los japoneses o los surcoreanos, o quien quiera que estuviera viendo este *reality*, supieran de ella nada nuevo, hoy le tocaba al rubio soltar información.

—Tengo dos hermanos, uno es pescador en el mar del Norte, y el otro, monitor de alta montaña. Yo soy el mayor y el que debería heredar la serrería de mi padre y continuar con el negocio familiar. Antes de venirme a España, ya estaba acostumbrado a no verlos mucho, el mediano se pasa largas temporadas en el mar y el pequeño está siempre por ahí llevando a excursionistas por los mejores parajes de mi tierra. Sí que los echo de menos, pero estar aquí no cambia demasiado las cosas. A quien más añoro es a mi madre, yo soy su favorito, pero *shhh*, no se lo digas a mis hermanos —dijo llevándose un dedo a los labios y bajando la voz en tono confidencial, lo que hizo que Rocío no pudiera contener una carcajada.

—Vaya, vaya, así que estoy delante de un auténtico niño de mamá —dijo la andaluza entre risas.

—Sí, señora, y a mucha honra. —De nuevo esa sonrisa franca y un poco infantil que hacía que sus rodillas temblaran como gelatina de hospital—. Me gustaba observarla mientras

cocinaba, se le daba de maravilla, y la acompañaba cada año a un festival de cine en un pueblo vecino donde daban películas antiguas en versión original. Son algunos de mis mejores recuerdos. Cada Navidad, cuando éramos pequeños, nos vestía a mis dos hermanos y a mí con el mismo pijama y ella se ponía otro a juego, nunca consiguió que mi padre formara parte de esa tradición, a él le parecían *dumme greier*<sup>[5]</sup>.

—¿Nunca sientes la tentación de querer volver?

*Se quedó en silencio durante varios segundos, le daba vueltas a su copa como si las pequeñas olas que creaba el vino contra el cristal fueran a tener la respuesta.*

—A veces. Este país puede ser sofocante, y no lo digo solo por el calor, sino por todo lo demás. La gente, el ruido, el que no se puedan pescar salmones en la meseta... —Ella frunció un poco el ceño, nunca imaginó que la falta de pesca de salmón pudiera suponerle a España puntos negativos—. Pero, en el fondo de mi alma, siento que este es mi hogar, que a pesar de que en Molde están mis raíces, aquí pueden estar mis alas.

*La miró clavándole esos ojos azules que parecían esculpidos con trozos del océano. Cuando él la miraba con esa intensidad se olvidaba de todo, de los camareros que revoloteaban a su alrededor, del niño llorando en la mesa de al lado, y de la cámara oculta en el pañuelo de Erik. Solo le apetecía abandonarse a esa sensación, perderse en esos ojos y no salir nunca de ahí. Él hizo un esfuerzo por apartar la mirada de ella, pues sabía que, si no decía algo, se quedaría náufrago en esos ojos para siempre.*

—¿Y tú? ¿No echas de menos Sevilla?

—¡Con toda mi alma! —respondió ella soltando un suspiro—. A ver, que Madrid está muy bien, hay mucho ambiente y puedes ir a ver el musical del Rey León, pero Sevilla... ¡Es otra historia! Su gente, su arte, su aje, sus tapitas, su Feria de Abril, su Semana Santa, su alegría de vivir... Me falta todo eso. Y mi familia, ya sabes que los españoles tenemos un sentido de la familia mucho más fuerte que el resto de los europeos, pues bien, los andaluces aún más que el resto. Procuero bajar de vez en cuando, más o menos, porque necesito sentirlos cerca, saber que no me he olvidado de quién soy ni de dónde vengo.

Él se había quedado mirándola en silencio y una sonrisa sincera se había asomado a sus labios sin que se diera cuenta.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes?

—Por la pasión que pones en todo, ya te lo he dicho varias veces, pero eso me fascina de ti. Me has descrito tu ciudad de tal manera, que lo único que me apetece ahora es cogerme un autobús y amanecer mañana en Sevilla.

Ella se rio ante tal ocurrencia.

—Mira, si te portas bien, la próxima vez que vaya lo mismo te invito a que te vengas conmigo. ¡Y el AVE es mucho más rápido que un autobús!

En cuanto dijo eso se arrepintió. Se puso colorada y apuró su copa de vino, pues se le había quedado la garganta seca. ¿Se había vuelto loca?, se preguntó en silencio. Le acababa de

proponer al tío del *reality* que la acompañara a Sevilla, a su tierra, con su gente. No, no, no, se había dejado engatusar por sus palabras, su sonrisa y su mirada, pero no volvería a pasar. Se recordó que estaba siendo grabada. Tosió para aclararse la garganta y se concentró en las almejas reales que les habían servido.

—Ya he hablado demasiado, no quiero monopolizar la conversación. Lo siento.

—No, no, para nada. Me encanta oírte hablar, Rocío.

Pronunció su nombre casi como un arrullo, y ella sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Volvió a concentrarse en su plato.

—Esto está delicioso —dijo para salir del paso.

—Sí, nosotros somos especialistas en pescado, pero aquí lo preparáis de forma distinta. Lo que hacéis con los mejillones y los berberechos debería ser declarado patrimonio de la humanidad. Oye, no te lo he preguntado, ¿cuál es tu comida favorita?

—Vaya, no me hacían esa pregunta desde un test de la *Superpop* que hice con catorce años.

Erik enrojeció, él solo quería saberlo todo de Rocío, pero es verdad que la pregunta formulada como tal sonaba bastante infantil. No quería dejar nada de ella sin saber, su plato favorito, el escritor que más le gustaba, cómo prefería que le hicieran el amor. ¿Sería lento? ¿O fogoso y pasional? Todo de Rocío era un misterio para él, y parecía que a ella le costaba abrirse para que la conociera. Ella notó su incomodidad y respondió rápidamente, pues a pesar de que le parecía una chorrada de pregunta, el hombretón le caía muy bien. Más que muy bien, se corrigió, y no le gustaba hacerlo sentir mal.

—Pues si tengo que elegir una, me quedo con el gazpacho de mi tía.

—¿La sopa fría de tomate? He probado uno que venden en una botella, y no estaba mal.

—Vale, para empezar, no es una sopa fría, es un gazpacho, es.... Bueno, es un plato en sí mismo. Y los que venden en brick en los supermercados no tienen ni punto de comparación con un buen gazpacho casero.

—Yo lo probé y no estaba malo.

—Exacto, *no estaba malo*, pero no fue memorable, no te deja el regustito a ajo y pimiento en la punta de la lengua mientras sientes el tomate deslizarse por tu garganta. A esas preparaciones industriales les falta el amor y el cariño durante la preparación, que es el ingrediente secreto de cualquier cocina. No, no puedo dejar que vuelvas a tu tierra diciendo que has probado gazpacho de bote y «que no estaba malo». Te haré uno y te lo llevaré un día a clase. En octubre no es mucho la época de tomarse un gazpacho de primero, pero si tenemos que esperar a que vuelva a hacer buen tiempo, lo mismo se ha acabado el mundo por culpa del cambio climático.

—¡Genial! Yo te traeré salmón, lo he ahumado yo mismo.

—¿Que has hecho qué?

Erik pasó a contarle a Rocío su proyecto de bricolaje, y ella lo miraba entre incrédula y divertida. Una historia tan disparatada no podía ser real, tenía que formar parte del guion que le habían pasado desde la cadena. Nadie con su cerebro funcionando de manera normal montaría un

ahumadero de salmones en el sótano para animar a un amigo que, cuando piensa que ve un espíritu, se pone a tocar la gaita. ¿Qué clase de amigos tenía este hombre? Tenía tantas cosas que quería preguntarle pero que no se atrevía...

Por momentos se olvidaba de las cámaras y se dejaba llevar como si fuera una cita de verdad en la que estaban ellos dos solos. Hablar con Erik era muy refrescante pues unas veces parecía un caballero andante de las novelas de caballería, otras era como un animal salvaje, y otras veía a un hombre bueno dentro del corpachón de un dios griego. Un hombre del que era fácil enamorarse, y no solo porque estaba más bueno que el gazpacho de su tía.

La velada terminó exactamente igual que la última vez, se marcharon del bar cuando los camareros empezaron a poner las sillas encima de las mesas para limpiar. El tiempo había volado. Era tan sencillo sentirse a gusto con él... La acompañó de nuevo hasta la boca del metro; cuando se acercó para darle los dos besos de despedida, su cara se movió ligeramente y los labios de él acabaron sobre la comisura de los suyos. El contacto fue electrizante. Se despidió con rapidez y bajó las escaleras casi de dos en dos para llegar pronto al andén. Sabía que, si se quedaba más tiempo junto a Erik, acabaría probando esos carnosos labios y eso podría ser fatal para su carrera.

—Solo es un actor —se repitió en voz alta mientras esperaba al metro—. Solo es un actor.

Pero saber eso no impedía que su corazón latiera más deprisa cuando pensaba en un nórdico de ojos tan profundos como las aguas del mar del Norte.

## Capítulo 22

Los españoles estaban revolucionados pues por el doce de octubre celebraban un montón de fiestas. Por un lado, era la Fiesta de la Hispanidad, por otro la Fiesta Nacional Española y por otro lado más la Fiesta de la Virgen del Pilar. Yo no entendía demasiado todo esto, lo único que sabía es que, como era festivo y los españoles hacían puente, me iba a llevar a un puñado de mis estudiantes cuatro días al monte para poner a prueba sus conocimientos de supervivencia.

Principios de octubre era una época estupenda, no hacía aún demasiado frío y, al seguir con el horario de verano, podríamos disfrutar de más horas de sol. Tenía previsto un *planning* lleno de actividades que harían las delicias de mis animados supervivientes. Intenté convencer a alguno de mis compañeros para que se vinieran a pasar cuatro días en el monte sin agua caliente ni electricidad, pero todos tenían cosas que hacer. Lo cual era bastante extraño, pues juraría haberlos oído quejarse de que la mayoría no tenían planes para el puente unas horas antes de mi ofrecimiento.

Le pedí a Arnold su saco de acampada a cambio de que durmiera en mi cama durante los días que yo estuviera fuera y aceptó encantado. Ya se había convertido en uno más de nosotros y compartíamos a menudo momentos de compañerismo con él, aunque Dase seguía recelando de la nueva adquisición en la familia Adonis.

Lo tenía todo previsto, y Antonio me había procurado un minibús en el que poder llevar a mis estudiantes y todo lo necesario para pasar esos cuatro días en la sierra. Llevábamos sierras, serruchos, cuerdas de distintos tipos, pastillas de encendido, bidones con agua potable y todo tipo de útiles indispensables para sobrevivir en la naturaleza. También llevábamos un par de paneles solares para cargar los dispositivos móviles, sabía que no podía luchar contra el avance de la tecnología, y un móvil podía ser muy útil en caso de necesidad. Por eso les permitía llevar sus teléfonos, pero nada más, ni tabletas, ni reproductores de música, ni ninguna otra cosa.

Cuando estuvimos listos, nos metimos en el bus y nos dirigimos hacia la montaña para pasar cuatro días inolvidables.

\*\*\*

Habíamos estacionado en uno de los aparcamientos autorizados en la zona de la sierra y, tras repartir el material entre mis estudiantes, nos dirigimos hacia el interior del bosque.

¡Me encantaba esa sensación! Sentir crujir las agujas de pino bajo mis pies con cada paso que daba, estar bajo el manto de las ramas de los árboles que empezaban a cambiar de color. El bosque estaba adornado en tonos rojos, amarillos y naranjas, como si de un cuadro de Van Gogh se tratase. En cuanto nos alejamos unos metros del camino y nos introdujimos en el silencio de la

sierra, me sentí como en casa. Tras un par de horas de caminata yo me sentía más vivo que nunca. Respirar ese aire cargado de resina y de savia me daba fuerzas y me volví eufórico para transmitir mi entusiasmo a mis estudiantes.

Lo que vi me partió el alma. Mis compañeros en esta aventura estaban menos acostumbrados que yo a disfrutar del aire libre, pues sus trabajos eran sobre todo de oficina o en tiendas. Algunos iban al gimnasio de vez en cuando, pero para levantar pesas, con lo que una actividad que pusiera a prueba su sistema cardiovascular era algo nuevo para ellos. Iban sudados, apoyándose unos en otros para continuar, con los rostros enrojecidos por el esfuerzo. La única que parecía aguantar el ritmo era Lorena, una bombero de la comunidad de Madrid que estaba en mejor forma que el resto de integrantes del grupo.

—Eh... ¿Necesitáis un descanso?

Algunos musitaron «sí» a media voz, y los demás directamente se dejaron caer en el suelo sin tan siquiera molestarse en contestarme. Por lo visto, había sobrestimado la capacidad física de mis alumnos. Mi idea original era subir a la cima de la montaña y, desde allí, mostrarles la belleza del lugar y entonces decidir dónde podíamos acampar, pero en vista de la situación actual, me dije que este sitio iba a ser tan bueno como cualquier otro.

—Bueno, montaremos aquí el campamento. Lo primero que tenemos que hacer es buscar leña para calentar la comida y preparar el refugio donde vamos a pasar la noche.

Tras dejarlos recuperar el aliento y tomarse un par de barritas energéticas, mis estudiantes parecieron sentirse mejor y recuperar la ilusión perdida. Volvíamos a ser un equipo. Los dividí en grupos, unos comenzarían a cavar el agujero donde iría la fogata, otros buscarían ramas, otros montarían un vivac y el último equipo se encargaría de montar la despensa para guardar nuestros víveres.

\*\*\*

Llevaba ya varios años en Madrid y nunca había asistido al desfile de las Fuerzas Armadas del doce de octubre. Ese año se había dejado liar por un grupo de alumnas que querían ir para ver a los militares. Tenían más o menos la misma edad de Rocío y habían dado clases de ballet o de baile cuando eran pequeñas y, ahora que tenían vidas más tranquilas con trabajos estables, habían querido volver a la que fuera su pasión de niñas.

—Es que un tío con uniforme es siempre sexy —decía una de ellas.

—Los paracaidistas —añadió otra a quien le brillaban los ojos—. Los paracaidistas son los más sexis. Eso de tirarse desde un avión sabiendo que el paracaídas puede no abrirse es tan valiente...

—A mí me gustan más los buceadores de combate. Con esos monos de neopreno tan pegaditos... Mmm. Además de que saben aguantar la respiración durante mucho tiempo, y eso, bueno, eso puede ser muy útil en según qué circunstancias —añadió otra con un guiño cargado de intención.

Todas estallaron en un ataque de risa.

—Estoy segura de que nos pueden meter en prisión por estos comentarios —terció otra muerta de risa.

—Y a ti, profe, ¿cuáles son tus favoritos?

—Yo soy una clásica, donde se ponga un buen guardia civil que se quiten los demás.

Más risas. Una señora bien entrada en años que estaba delante de ellas les lanzaba miradas de reproche de tanto en tanto. Cada uno venía a este desfile por sus propios motivos, se dijo Rocío. De repente, la multitud rompió en vítores y, por encima del gentío, pudo ver que se acercaban, con su acostumbrado paso rápido, los miembros de la Legión. Con ellos iba la cabra más famosa de España, vestida con los colores y los distintivos propios de ese cuerpo.

Rocío tuvo un impulso y le sacó una foto al animal porque le resultó muy graciosa, supuso que a Erik ver a una cabra vestida de uniforme le hubiera parecido algo divertido y decidió enviarle la foto. Acto seguido se arrepintió, estaba en un desfile con los militares más buenorros de todo el país, rodeada de amigas, y ese noruego se había colado en sus pensamientos sin que ella fuera ni siquiera consciente. Iba a borrar la foto, pero fue demasiado tarde, el *check* azul le mostraba que el mensaje ya había sido leído por el destinatario.

\*\*\*

Mis estudiantes estaban trabajando de maravilla, claro que les dije que el viaje que habían pagado no incluía visita a un hotel ni a un restaurante y que, si querían dormir a cubierto o tener algo que comer, más les valía que fueran espabilando. Reuní al equipo encargado de asegurar nuestras provisiones.

—Muy bien, supervivientes, nos vamos a poner estas suelas con clavos que sirven para subir a los árboles.

—¡Ostras! Son como las que usaron el Profesor y Lisboa en La casa de Papel —dijo uno de los más jóvenes del equipo.

—¡Exacto! Por una vez, la tele ha servido para algo. Bien, la idea es que uno de vosotros se los ponga y suba hasta esa rama —dije señalando una que quedaba a unos tres metros de altura—. Para colgar allí nuestros víveres. ¿Alguien sabe por qué se hace eso?

—¿Por los osos? —respondió la bombero sin mucho convencimiento.

—¡Sí! —Lo dije con tanta efusividad que varios pegaron un bote—. Por supuesto, a pesar de que los osos pueden trepar a los árboles, no es lo que más les gusta hacer, así que, ponerle las cosas un poco difíciles, es siempre una buena idea.

—¿Cómo sabías la respuesta? —le preguntó en voz baja el joven a la chica.

—Con este tío la respuesta suele ser siempre «oso» o «salmón».

—Pues venga, ¿quién va a ser el voluntario?

Les expliqué cómo se ponían las suelas y lo que tenían que hacer una vez llegaran a lo alto de la rama y entonces sentí mi móvil vibrar en el bolsillo. Pensé dejarlo estar, pues esos días eran también para desconectar de la tecnología y reconectar con la naturaleza, pero pensé que podría ser Antonio queriendo informarse y supuse que era mi deber responder. Mi sorpresa fue máxima



cuando vi que tenía un mensaje de Rocío que me había mandado una foto de una cabra muy mona disfrazada de militar.

No me pude contener y, poniéndome en primer plano, le envié una foto de mis chicos. Se veía al joven escalando el árbol, a dos con las palas cavando el hoyo y un par de mujeres que acarreaban un buen montón de leña. Mi sonrisa de orgullo lo decía todo. Le puse como mensaje «aquí estoy, con los próximos supervivientes».

\*\*\*

Rocío oyó el pitido que indicaba que un nuevo mensaje acababa de entrar y apretó el móvil con fuerza. Por un lado, quería saber qué le había contestado Erik, pero por otro, se sentía como una estúpida precisamente por tener esos sentimientos de anhelo. Erik le había mandado una foto y necesitaba descargarla para poder verla. Soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones sin darse cuenta y pulsó «abrir».

Ahí estaba él, con un gorro de lana blanco que resaltaba su pelo rubio y una de sus acostumbradas camisas de cuadros. Estaba en el monte y le sorprendió ver que no se encontraba solo, había varias personas que completaban la escena, parecía que se estaban preparando para acampar. Pero lo que la dejó realmente sin habla fue el texto de la foto: «aquí estoy, con los próximos supervivientes».

Era verdad, todo era verdad. Le acababa de confirmar que estaba entrenando a los próximos concursantes del conocido *reality*. Por lo visto, lo de llevárselos a una isla tropical ya estaba muy visto y ahora se iban a dedicar a sobrevivir en el monte. Sintió que la cabeza le daba vueltas y se apoyó en el hombro de una de sus amigas para no caerse redonda al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntaron preocupadas mientras la alejaban de la multitud y la ayudaban a sentarse en la acera.

—Sí, sí, debe haber sido una bajada de tensión por estar tanto tiempo de pie, rodeada de tanta gente —les mintió sin reparos.

—Buena eres tú para trabajar en Zara en rebajas. Eso sí que es estar de pie y rodeada de gente —respondió una de sus alumnas tratando de animarla.

Otra sacó de su bolso una botella de agua que le tendió y a la que Rocío dio un generoso trago.

—Gracias, ya me siento mejor.

—¿Segura?

—Sí, me voy a ir a casa a descansar, tanto macizo me ha cortocircuitado el cerebro —les dijo en tono de broma, a pesar de que le costaba trabajo tragar.

—Te acompañamos.

—De eso nada, ya me encuentro bien, pero irme a casa a darme un buen baño y estar un rato tranquila me va a venir de maravilla. En serio, seguid vosotras de fiesta y ligaros a un zapador a mi salud.

—¡Dios te oiga! —respondió una de ellas, y todas estallaron en carcajadas.

Conforme se alejaba de las calles principales y dejaba atrás los restos del desfile, Rocío se iba sintiendo cada vez más ligera. La cabeza ya no le daba vueltas, pero ahora se había instaurado un potente dolor en las sienes, y todo por culpa de la maldita foto de Erik.

Ella ya intuía que trabajaba para una cadena de televisión, pero una cosa es creerlo, y otra muy distinta es saberlo a ciencia cierta. Ahí estaba él, rodeado de naturaleza, con los próximos participantes de un concurso que sería de nuevo líder de audiencia en *prime time*. Eso despejó las dudas que tenía sobre él, todo había sido una actuación. «¡Si lo mismo no es ni extranjero! Seguramente es de Moratalaz y esas palabras que suelta a veces en otro idioma se las va inventando sobre la marcha. Es como su historia del ahumadero de salmones, eso no hay quién se lo crea».

Pero lo peor es que ella había sido tan tonta como para caer en el hechizo de sus sonrisas y de sus frases sacadas de libros antiguos. A punto estuvo de dejarse llevar la otra noche y besarlo cuando la acompañaba al metro. Ahora se daba cuenta de lo idiota que había sido, pero al menos tenía una forma de ponerle remedio. Crearía una distancia con Erik, no se dejaría más engatusar por sus comentarios y, por supuesto, nada de dejarse embaucar por su musculado cuerpo y sus sonrisas que ya no le parecían tan sinceras. Aprovecharía la oportunidad para relanzar su carrera, pero nada más. No pensaba ser el hazmerreír de internet por enamorarse de un actor que había sido elegido solo para desestabilizarla.

## Capítulo 23

Volví de mis cuatro días de retiro de supervivencia eufórico. A pesar de los comienzos algo difíciles con mis estudiantes, acabamos el puente sintiéndonos como auténticos camaradas de armas. Habían aprendido a hacer fuego, a preparar un vivac, a cocinar patatas al estilo campero y a poner trampas para cazar animales en el bosque. Las trampas eran solo teóricas, no teníamos intención de atrapar nada pues llevábamos provisiones de sobra en forma de conservas y embutidos para aguantar cuatro días, pero les encantó aprenderlas. Lo mismo pasó con lo de trepar al árbol para coger las provisiones: al primero que le tocó subir lo hizo a regañadientes, pero después, tuve que hacer turnos porque todos querían probarlo.

Yo llegué a Adonis House sin afeitarme, habiéndome lavado con una bacinilla durante cuatro días y oliendo a hoguera. Cuando entré, mis amigos me dieron un recibimiento menos amistoso de lo que yo me esperaba.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Stefano que fue el primero en notar mi presencia.

—No sé, es como una mezcla entre un animal muerto y los restos de un edificio calcinado —respondió Tane.

—Soy yo —les respondí desde la puerta.

—Ve a ducharte antes de que otro ser humano te huela, que ya es suficiente tortura que tengamos que hacerlo nosotros, no se la infrinjas a más gente.

—Muy gracioso, Tane, ¿quieres subir conmigo y enjabonarme tú? —le respondí al maorí que, tras sonreírme, volvió a enfrascarse en su Game Boy.

\*\*\*

Bajé casi media hora después. No suelo quedarme mucho rato en la ducha, soy más de entrar, darme un agua y salir, pero ese día me quedé disfrutando de la sensación del líquido caliente desenredando los nudos de mis músculos. Dormir cuatro días en el suelo tiene ese efecto, y yo ya no soy un chaval, me dije. Pensé que me encantaría estar compartiendo esa ducha con Rocío, sentir sus curvas contra mi cuerpo, sus labios contra los míos. Una erección se abrió paso en mi sexo y aproveché que estaba solo en la ducha para satisfacer solo mi deseo. Cuando me uní a mis compañeros en la sala común, estaba de un humor excelente.

Estábamos casi todos y yo estaba ansioso por relatarles mi puente y que ellos me contaran en qué habían empleado su tiempo también, pero no fui capaz de comenzar esa conversación porque, mientras yo entraba a la sala común, Arnold llegó de la calle con una sonrisa que le ocupaba medio rostro. Se puso a dar saltos en el salón y pasos de baile y de vez en cuando gritaba «¡eh!». Como es natural, consiguió llamar la atención de todos, que nos quedamos

estupefactos viendo el espectáculo.

—Cuando hace esas cosas nunca sé si llamar a un exorcista o ponerme a aplaudir —dijo Sean en voz baja, y todos nos reímos quedamente.

Cuando terminó, se quedó con una rodilla en el suelo y los brazos en alto, el pecho le subía y bajaba a un ritmo frenético. Nos quedamos todos en silencio esperando el próximo movimiento, porque dábamos por hecho que el espectáculo había sido solo el preámbulo de algo más.

—Tengo excelentes noticias —dijo al tiempo que se sentaba en el sofá al lado de Stefano. Nos miró a todos uno por uno dando dramatismo a la escena, y cuando la tensión ya era casi insostenible y yo iba a lanzar un juramento, habló—: Un cliente me ha dado entradas para un *laser games* y creo que deberíamos asistir, hace tiempo que no hacemos algo todos juntos.

El primero en reaccionar fue Dase, que se puso en pie de un salto. Yo pensaba que soltaría un discurso sobre lo infantil que es que seis treintañeros se metan en una nave industrial a dispararse con pistolas de plástico, pero su reacción fue, como poco, sorprendente.

—Formaremos equipos, ¿no? Y los que pierdan pagan una ronda —dio una palmada que nos sobresaltó a todos—. ¡Dios! Qué ilusión me hace volver a competir.

Arrastrados por el entusiasmo contagioso del etíope, todos asentimos y nos preparamos para ir a la aventura.

\*\*\*

Llegamos a una nave situada en un polígono industrial del extrarradio. Todos íbamos con la misma ropa que llevábamos cuando Arnold nos habló en el salón. Bueno, todos menos Dase, que se había puesto los leggins de runner y una camiseta técnica de color negro, no quedaba claro si iba a jugar con sus amigos o a robar un banco. Lo que es seguro es que nunca lo había visto tan entusiasmado por algo. No paraba de sonreír y durante el trayecto se dio varios golpes en los muslos sin poder contener la excitación.

Entramos en el recinto que estaba tenuemente iluminado y en el que se veían carteles con letras fosforescentes.

—Muy bien, lo primero es hacer los equipos, creo que deberíamos jugárnoslo a los chinos —dijo Tane.

—¿Los chinos? En mi familia las discusiones se salvan con el *piedra, papel o tijera* —aporté.

—Mejor *pares o nones* —añadió Sean.

Tras un par de minutos en los que aún no habíamos elegido la manera en la que íbamos a formar los equipos, apareció Dase con los chalecos y nos lanzó a Sean y a mí los que llevaban distintivos azules, como el que él ya portaba.

—Nosotros los azules, vosotros los rojos —explicó lanzando los chalecos rojos a los Adonis restantes—. ¿Os parece bien?

Asentimos sin decir nada, la verdad es que a todos nos daba igual el equipo del que formáramos parte, solo nos apetecía pasar un buen rato entre amigos. Nos pusimos los chalecos,

que llevaban varias luces de colores en la espalda y el pecho. Dase apoyó un pie en una caja de atrezo y comenzó a estirar. Los demás, que pensábamos lanzarnos directamente a competir, nos vimos obligados a imitarlo.

Miraba por el rabillo del ojo los estiramientos que hacía mi compañero y trataba de imitarlos con más pena que gloria. Una cosa es ser alto y fuerte, y otra muy distinta ser flexible. Dase, sin embargo, lo tenía todo, era musculoso, pero al mismo tiempo sus músculos se elongaban con la facilidad de una gimnasta rusa. Era todo un espectáculo observarlo en acción.

—Espero que estéis hechos de la madera de los ganadores porque yo no pienso perder. Hace años que no compito y... ¡Uf! ¡Qué subidón!

Dio un par de saltos para terminar de calentarse y Sean y yo lo miramos sorprendidos, por lo general es una persona muy recatada, pero el juego despertaba al antiguo atleta.

Cuando estuvimos listos para entrar, se acercó un trabajador que nos dio los consejos finales.

—Cuando un disparo sea certero, se apaga una luz. Cuando todas las luces se apaguen, significa que estáis muertos y vuestra arma se desconectará también. No queremos tener muertos vivos por ahí disparando. Cuando muráis, buscad la salida, podéis esperar a vuestros compañeros en la cafetería. Hay varios equipos compitiendo en este momento, podéis dispararlos y ellos pueden dispararos a vosotros. ¿Alguna pregunta?

—Todo claro, jefe —respondió Tane poniéndole una manaza en el hombro.

—Pues primero entrará el equipo azul y diez segundos después el equipo rojo. ¡Buena suerte!

La puerta se abrió y Dase, Sean y yo corrimos al interior. El sitio estaba en penumbra, con carteles de colores fosforescentes que recordaban a aquella escena de la película *Las tortugas ninja* de 1990. Yo me escondí detrás de una caja y Dase y Sean tomaron posiciones juntos.

Pocos segundos después nuestros compañeros aparecieron en escena. Yo pensaba que sería un juego fácil, pero nada de eso, para empezar, apenas se veía e íbamos casi a ciegas. Avanzamos por unos pasillos llenos de obstáculos siguiendo las órdenes de Dase, que se había erigido en capitán de nuestro equipo. Y, menos mal, porque Sean y yo no sabríamos ni por dónde empezar. En el equipo rojo estaban tan perdidos como nosotros y disparaban a diestro y siniestro. Si esto pasaba en un juego, no quería ni imaginarme el caos que debía ser una guerra de verdad.

\*\*\*

En el equipo rojo nombraron capitán a Tane porque había visto *Apocalipsis Now* seis veces y eso lo convertía en el que tenía más experiencia de todos los chicos. Stefano se quedaba detrás cubriendo la retaguardia y Arnold era un tirador certero que protegía los flancos.

Al mismo tiempo que los Adonis, competían un grupo de adolescentes vestidos con camisetas a juego de Minecraft, unas niñas que no podían tener más de diez años y una pareja de amigas de más o menos la misma edad que los chicos.

—Hagamos una alianza —gritó Sean desde detrás de un obstáculo—. Acabemos con los adolescentes primero, que son la mayor amenaza, y luego podemos dedicarnos a darnos caza entre nosotros.

Los miembros del equipo rojo intercambiaron miradas de asentimientos.

—¡De acuerdo! No está permitido matarnos entre nosotros hasta que no acabemos con esos jovenzuelos.

Trabajaron en equipo para ir eliminando a sus contrincantes. La euforia tras cada victoria hacía que la dopamina estallara en sus circuitos neuronales pidiéndoles más.

Arnold rodeó un obstáculo con la pistola en alto dispuesto a acabar con el enemigo que se encontraba apostado detrás. Apuntó dispuesto a dejarlo seco, pero se quedó parado al encontrarse a una niña rubia de apenas ocho años de edad con dos trenzas que le enmarcaban un precioso rostro angelical agazapada contra la pared.

—Por favor, no me dispare, por favor... Yo ni siquiera quería venir, ha sido cosa de mi hermana... Por favor, señor, tenga piedad, por favor....

El labio le empezó a temblar y Arnold temió que se pusiera a llorar de un momento a otro. Bajó su arma y se acercó a la niña con la intención de consolarla, pero no había dado ni un paso cuando se vio rodeado por sus compañeras que le dispararon sin remordimientos.

Arnold primero se miró el chaleco, que había perdido el brillo de todas sus luces y luego miró a la niña que se había puesto en pie de un salto y lo miraba burlona.

—¡Ahí te quedas, pringado! —le soltó antes de salir corriendo detrás de sus amigas.

—¡Compañeros! —gritó Arnold a pleno pulmón llamando a Tane y Stefano que no tardaron en aparecer—. Mis días en este paraíso llegan a su fin —dijo mientras caía de rodillas—. El frío hálito de la muerte ha pronunciado mi nombre. Decidle a mi madre que la quiero, y a mi mujer y mis hijos que no los olvido. Recordad todo lo bueno que hemos vivido jun...

—Pero te vas a morir ya ¿o qué?

—Sí, venga, Arnold, que no tenemos todo el día.

—Sed testigos de mi muerte, y vengadla —añadió antes de caer para atrás, al tiempo que cerraba los ojos de forma dramática.

Tane decidió seguirle el juego y, poniéndose de rodillas, le cogió una mano.

—Prometo que tu muerte no será en vano, acabaremos con esos bastardos que te han arrancado tan joven de la vida.

—Amén —replicó Stefano—. ¿Podemos seguir ya? Aquí estamos muy expuestos.

—Sí, sí, idos antes de que esas niñas maléficas os encuentren, yo me voy al bar a reponer fuerzas.

\*\*\*

Habíamos llegado a una gran sala donde el combate estaba siendo más encarnizado. Las niñas habían menguado drásticamente las fuerzas de los adolescentes y habían acabado también con las dos chicas y uno de los nuestros. Las que parecían a simple vista el rival más débil eran ahora el enemigo a batir.

Las niñas se acercaban formando un círculo de certeros disparos. Dase no estaba por la labor de recapitular y, en un momento dado, gritó:

—Sean, abre las piernas y, por lo que más quieras, no las cierres.

El escocés, sorprendido, pero atemorizado por el avance implacable de las chicas, hizo lo que pedían. Dase corrió unos metros para coger impulso y, tumbándose sobre la espalda, se deslizó unos metros hasta pasar por debajo de las piernas del escocés mientras disparaba a derecha e izquierda. Las jóvenes se quedaron tan sorprendidas por su gesto que no vieron las certeras dianas que nuestro compañero acababa de hacer.

Una vez realizada su hazaña, corrió a buscar refugio junto a mí. Su gesto había acabado con las niñas que quedaban, pero mientras Sean se quedaba quieto, había recibido dos disparos que lo habían dejado fuera de la partida.

—¡Os veo en el bar! —nos gritó mientras se dirigía a la zona de descanso.

—Muy bien, la alianza se ha acabado —dijo mi capitán—. Stefano y Tane están escondidos tras aquella especie de piedra, no pueden escapar, si vamos con un fuego pesado o mueren o se rinden.

Lo miré fijamente y asentí en silencio. Dase nos iba a llevar a la victoria, se le notaba.

—Chicos, no tenéis escapatoria, podéis rendiros ahora o esperar a que os masacremos —grité desde mi posición.

—Preferimos morir con honor —respondió Stefano.

Dase y yo intercambiamos una mirada y comenzamos a disparar a la vez. La potencia de disparo combinada de los dos era enorme, nuestros compañeros solo podían rendirse. Pero entonces Tane hizo algo completamente inesperado, cogió a Stefano en brazos y, poniéndoselo delante del pecho, lo usó como escudo humano mientras salía de su escondite disparando sin parar.

—¡Aaarg! —gritó como un cavernícola mientras soltaba proyectiles invisibles.

Stefano recibió la mayoría de nuestros disparos con cara de terror, pero la maniobra surtió efecto y Tane cambió de escondite sin recibir ningún impacto.

—¿Te has vuelto loco? —oí que Stefano gritaba mientras se ponía en pie y se dirigía a la salida.

—Estas acorralado, Tane, somos dos contra uno. Ahórranos una carnicería.

—De eso nada, Dase, si quieres verme muerto, tendrás que venir a por mí.

Tane también era un buen tirador y consiguió darle a la última luz que me quedaba. Sabía que tenía que abandonar el terreno y dirigirme a la cafetería, pero quería saber cómo terminaba esa lucha de titanes.

Dase me pidió mi pistola y se la lancé para que él la recogiera en el aire con un ágil movimiento. Luego la tiró en dirección contraria creando un gran escándalo. Tane se puso en pie para disparar hacia dónde venía el ruido dejando su flanco descubierto, momento que utilizó Dase para descargar sobre él todo el cargador y ver como las luces del chaleco de su amigo se apagaban una a una.

—¡Ja! Chúpate esa, ¿quién es el mejor? Dime, dime, ¿quién es el mejor?

Dase ya había comenzado a hacer su baile de la victoria cuando una figura se descolgó literalmente de una viga del techo cayendo a su espalda de una forma grácil y elegante. Cayó con una rodilla en tierra, como los ninjas de las películas, y poniéndose en pie de un salto, levantó su arma y apretó el gatillo. La niña rubia de las trenzas disparó a Dase por la espalda convirtiéndose así en la ganadora del reto.

—Vigila tu espalda, pringado —le dijo antes de echar a correr hacia la salida.

—Eso es ilegal, voy a hablar con el encargado porque esa maniobra no está en el reglamento. Tane y yo intercambiamos una mirada.

—Dase —le dije con suavidad—, no pasa nada, es solo un juego. Deja que gane la niña.

—Precisamente por eso, hay que enseñar a jugar limpio desde el principio, no me parece justo, voy a contestar la decisión del árbitro.

—No creo que haya árbitro en este juego —apuntó Tane.

—Pues pienso ir a hablar con sus padres, es indignante que se haya escondido en una viga.

—A mí me ha parecido alucinante —dijo el maorí.

—A mí también, creo que nos ha dado una lección de estrategia a todos.

—Pero...

—Ha sido más lista que los demás, dejémosle que disfrute de su momento, esconderse y salir al final ha sido una maniobra magistral.

—Sigo pensando que no es legal, pero no se puede negar que ha sido la opción más inteligente. Esa joven tiene futuro como estrategia, las fuerzas armadas tendrán suerte de tenerla entre sus activos.

Salimos los tres como viejos combatientes que habían sobrevivido a una descarnada batalla y nos encontramos que Arnold estaba solo en el bar, leyendo el periódico; Sean no había perdido el tiempo y, tras haber sido eliminado, se había dedicado a ligar con las dos mujeres de aproximadamente nuestra edad; Stefano permanecía en un rincón tomando apuntes de lo que veía, seguramente esos patéticos intentos de conquistar a esas chicas acabarían plasmados en las páginas de su próximo libro.

Recogimos a los conquistadores y nos fuimos de nuevo rumbo a Adonis House.



## Capítulo 24

Rocío había pasado el peor puente de la Hispanidad de su vida porque, durante esos cuatro días, se había dado cuenta de dos cosas muy importantes. La primera, que tenía sentimientos por Erik; se había estado engañando a sí misma durante un tiempo, pero la verdad le había caído encima como los pianos caen de un tercer piso en los dibujos animados. Y la segunda, ese rubio cañón trabajaba para una cadena de televisión y, cada vez que se acercaba a ella, era para que los índices de audiencia aumentaran.

Ambas cosas las intuía en el fondo de su ser, pero durante estos días de asueto la revelación de la verdad la había dejado sumida en un estado de tristeza. ¿Por qué se enamoraba siempre de quién no debía? ¿No había aprendido nada de su última relación fallida? Bueno, con Erik ni siquiera había sido una relación, había sido un encaprichamiento, algo sin importancia, se iba diciendo mientras se dirigía al estudio de danza.

Por un lado, le apetecía encontrárselo de nuevo, su poderoso torso la tenía hipnotizada, pero lo que de verdad le llamaba la atención eran sus oscuros ojos azules en los que siempre se intuía la llama de una sonrisa. Le había parecido sincero cada vez que habían quedado juntos, si estaba actuando se merecía un Globo de Oro.

Pero, por otro lado, verlo le recordaba que había dejado que su corazón se embalara y se dirigiera a toda velocidad justo para estrellarse contra una pared de granito. Y cuando a un corazón le pasaba eso, acababa roto en mil pedazos. Y como ya había pasado por lo mismo, no quería volver a encontrarse poniendo tiritas que aliviaran el dolor de su alma.

Llegó la primera al estudio, como ya era habitual, y fue directa a tomarse un café. Se lo hizo bien cargado, necesitaba fuerzas para lo que tenía previsto hacer esa tarde en la clase. Ni siquiera le echó azúcar, que el amargo del café fuera un recuerdo de la amargura que sentía en su alma era algo que le parecía algo así como justicia poética. Mientras esperaba, le escribió un mensaje a Olivia, que vio que estaba en línea.

ROCÍO: ¿Qué tal el puente?

OLIVIA: ¡¡Genial!! Tane y yo fuimos a ver un musical y después a una partida de rol donde los reventé a todos.

R: Estás fatal...

Varios emoticonos llorando de la risa.

O: ¿Tú qué has hecho?

R: Fui a ver el desfile con unas alumnas, le hice una foto a la cabra de la Legión y me he puesto al día con la serie *Lucifer*, nada del otro mundo.

O: ¿La cabra? Supongo que hay una historia detrás de eso y estoy deseando que me la cuentes. Oye,

hablando de historias, ¿cómo va lo del *reality show* surcoreano?

R: No me hables, no me hables... El tío me mandó una foto de él con un grupo de personas en la sierra, está entrenando a los próximos que van a «Supervivientes».

O: ¡¿Qué dices?! Eso es superfuerte. (*Emoticono que parece el grito de Munch ocho veces y un gif de un perro abriendo mucho los ojos*)

R: Como te lo cuento, ya ni se esconde.

O: Bueno, tú ya sabes, a relanzar tu carrera de bailarina, ten solo eso en mente.

R: No te preocupes, ya no pienso en nada más, se acabaron las distracciones.

O: Te dejo que ha entrado un cliente. ¡Tenme al tanto!

R: Descuida. Un beso.

\*\*\*

Se había puesto una falda de volantes de un tejido liviano que se le ajustaba perfectamente al cuerpo, pero que giraba y fluía cuando se movía. Era perfecta para que entendieran la sensualidad de todo el baile. Se había recogido el indómito pelo en un moño alto, vestida así parecía una princesa gitana.

Los alumnos fueron llegando y se distribuyeron en grupos antes de que comenzara la clase. Ella hablaba animadamente con unos cuantos de ellos, pero no podía evitar lanzar miradas de soslayo a la puerta de la clase. Vio por el rabillo del ojo una figura conocida que atravesó el dintel y pudo soltar el aire que había estado conteniendo durante lo que le pareció una eternidad.

Erik venía vestido hoy con otra de sus camisetas de tirantes de colores fosforitos y el pelo recogido en una coleta para que no le molestara. Una corte de jovencitas se arremolinó en torno a él en cuanto puso un pie en la clase, pero él se separó de ellas y se dirigió directamente a Rocío con algo en las manos.

—Hola —saludó con su habitual buen humor.

—Hola —respondió.

¿Había cogido algo de color durante el fin de semana? ¿Era posible ponerse moreno en la sierra en octubre? Pues la respuesta debía ser que sí porque la piel de Erik estaba ligeramente más bronceada y su pelo algo más rubio, lo que hacía que sus ojos refulgieran como si fueran dos piedras de lapislázuli.

—Te he atraído algo —dijo tendiéndole un *tupper*—. Es salmón, yo mismo lo he ahumado.

Rocío parpadeó varias veces sorprendida.

—Gra... Gracias.

—Es una receta especial, además de estar ahumado con madera de haya lleva pimienta blanca, negra y rosa, cilantro en baya, cardamomo y eneldo. Es una delicia, o como dicen los españoles «está para chuparse los dedos».

—Pues muchas gracias, voy a guardarlo en el frigorífico y en cuanto vuelva comenzamos la clase.

Rocío desapareció unos segundos en la sala de descanso de profesores y volvió con las manos vacías y el gesto decidido. Erik ya estaba adelantándose para ponerse junto a ella al frente

de la clase cuando la profesora habló:

—Juan, hoy serás tú mi pareja.

El noruego se quedó clavado en el sitio mientras que el tal Juan, un hombre de unos cuarenta años con una barba que recordaba a la del profesor Bacterio, pasó por delante de él lanzándole una mirada de superioridad.

—Los demás, poneos por parejas.

Erik seguía petrificado en el sitio. Había pensado en ella durante todo el fin de semana, y le había traído un presente con la intención de que eso sirviera para entablar una conversación y pudiera invitarla de nuevo a tomar algo. Pensaba dejar caer alguna anécdota divertida de sus alumnos durante *las pasadas*, le encantaba oírle reír, era como música celestial. Y, sin embargo, se encontraba relegado al final de la clase con una desconocida.

Cuando terminó la clase, Rocío sentía la mirada de Erik desde el fondo de la sala, no le había quitado el ojo de encima ni un instante, pero ella se iba a mantener en sus trece. Ya se había acercado demasiado ese actor, él solo estaba haciendo su trabajo, cierto, pero ella también se iba a dedicar a hacer solo el suyo. Se acabó el flirteo y el coqueteo, si quería ligar con alguien, que eligiera a una de las alumnas, parecía que todas estaban locas por irse a la cama con él.

—Bueno, para terminar, os recuerdo que la Asociación Madrileña de Flamenco va a hacer este fin de semana un recital en la terraza del hotel Estrella de Madrid. Os recomiendo que vayáis, lo recaudado con las entradas irá para beneficencia y, además, tendréis la oportunidad de ver a bailarines profesional encima de un tablao. De verdad que no os lo podéis perder. ¡Hasta la semana que viene!

Vio como Erik comenzaba a desplazarse apartando gente para llegar hasta ella, pero Rocío fue más rápida y se dirigió a la sala de descanso sin darle oportunidad de entablar conversación con ella.

Cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra esta.

—Por poco, por muy poco —musitó.

## Capítulo 25

¿Qué había pasado? Después de quedar esa segunda vez me dio la impresión de que habíamos conectado de verdad, además, durante el puente fue ella quien me envió la foto y comenzó a hablarme. Yo le había llevado un presente hecho con mis propias manos, no algo manufacturado en el extranjero y comprado en cualquier tienda. Pensaba que estábamos acercándonos, que lo nuestro podría llegar a buen puerto y, sin embargo... Había bailado con otro y luego había desaparecido sin darme tiempo siquiera a hablar con ella.

Entendía por qué los andaluces habían creado un baile narrando una historia de amor. Acabábamos de aprender la tercera, «*la traición*», el momento en el que los amantes se distancian y su relación se resiente. Eso es exactamente lo que yo sentía en esos instantes. Cada vez que veía a Juan apoyar su mano en la cadera de Rocío para las pasadas quería zapatearle encima del pecho.

Salí de la clase con el espíritu más oscuro que las nubes que anuncian tormenta sobre el Mar del Norte. No entendía qué pasaba, unas veces parecía que Rocío se acercaba para, acto seguido, perder todo lo ganado. Entiendo que las mujeres son difíciles de comprender, que las españolas seguramente más que las noruegas, por eso de tener la sangre mediterránea que es más caliente, pero lo de Rocío era incomprensible.

\*\*\*

Entré en Adonis House pasada la hora de la cena. Había estado deambulando por las calles del barrio sin rumbo fijo, la vista perdida en los adoquines de las aceras y las manos en los bolsillos. Me gustaba el frescor de la noche madrileña de mediados de octubre. Tenía el alma tan apesadumbrada que ni siquiera entablé conversación con los *yonkis* del barrio, como era mi costumbre.

Cuando llegué, mis compañeros estaban viendo un partido de fútbol en la televisión. No le presté demasiado atención y, dirigiéndome al frigorífico, me serví una cerveza que no estaba lo suficientemente fría. El primero en darse cuenta de mi estado de ánimo fue Tane.

—Amigo, ¿qué te pasa?

Sus palabras atrajeron la atención de los demás Adonis.

—No comprendo a las mujeres —solté antes de dar otro trago.

—No eres el primero que ha pronunciado esas palabras en esta misma sala —dijo Sean tratando de aportar algo de humor.

—Es más que eso. —Cogí mi botellín y me dirigí a los sofás donde estaban reunidos. Stefano apagó la tele, pues entendió que necesitaba desahogarme—. Sé que siente algo, os juro que no

estoy loco y que no soy ningún tipo de acosador, lo noto, lo sé, pero luego me rechaza y se aleja de mí.

Les hice un breve resumen de nuestra segunda cita, de los mensajes que nos intercambiamos durante el puente y de la última clase, cuando me había sustituido por ese patoso de Juan que no era capaz de distinguir su pie derecho del izquierdo.

—A ver, entiendo que tú te dejes guiar por tus instintos de cazador, pero ya sabes que las españolas son más cariñosas que las noruegas, a lo mejor lo has malinterpretado todo —sugirió Stefano.

Los demás intercambiaron una rápida mirada entre sí.

—No quiero sonar ofuscado, pero no lo siento así.

—Ya, pero no vale con que tú lo sientas, la que lo tiene que sentir es ella —comentó Tane.

—¿Pensáis que a lo mejor lo he malinterpretado todo?

—A lo mejor todo no, es posible que le caigas bien, y es innegable que eres un tipo guapo, pero tal vez ella te ve solo como amigo.

Dase acababa de ponerme la puntilla. «Solo como amigo» son las peores palabras que se le puede decir a un hombre enamorado.

—Pero míralo por el lado bueno, eso significa que eres libre, podrías estar con cualquier chica de esta ciudad —sugirió Sean tratando de ayudarme.

—Menos con la que quiero estar...

Sonaba derrotado, porque así es como me sentía. En las películas de Ryan Gosling el protagonista siempre acaba con la chica, pero está claro que la vida no es una película, es mucho más complicada y solitaria. Bueno, salvo en *La La Land*, en la que ella se va a perseguir su carrera y él se queda montando un bar. Si ni siquiera Ryan Gosling tiene suerte en el amor, ¿qué esperanza nos queda a los demás?

—Además, este fin de semana hay un evento de flamenco al que me apetecía muchísimo ir, pero ahora se me han quitado las ganas —les comenté con el ánimo decaído.

—¡De eso nada! Vas a ir y te vas a ligar a la más guapa de la clase delante de la profesora esa, para que vea lo que se pierde —dijo Tane.

—La más guapa es la profesora.

—Pues a la segunda más guapa, o a la más guapa de las desconocidas que vayan a la fiesta. O te ligas a las tres más guapas y te montas una bacanal en la que tú eres el dios romano al que hay que adorar. Bueno, eso ya lo eliges tú, pero ya sabes lo que dicen los españoles: *un clavo saca otro clavo*, así que, manos a la obra.

\*\*\*

Dase, que ya conocía mi fondo de armario, se ofreció para acompañarme a comprar algo decente que ponerme para ir a un evento en un hotel de cinco de estrellas. Stefano no se pudo resistir y también se apuntó a la excursión. Ambos decían que no hay nada como un buen traje de tres piezas hecho a medida, que eso era una inversión para toda la vida, argumentaban, pero que

como no teníamos tiempo para eso, nos teníamos que conformar con encontrar algo en unos grandes almacenes.

Así que, ahí nos plantamos los tres, en la sección de caballeros de El Corte Inglés dispuestos a buscar un atuendo que me hiciera parecer atractivo y elegante. Su idea era que conquistara a alguna dama de las presentes en la fiesta, pero yo solo quería que una en particular se fijara en mí.

—Buenos días —dijo Dase dirigiéndose al vendedor de forma cortés—. Buscamos un traje de tres piezas, lana fría, en algún color neutro. Oscuro, a ser posible.

—Y con accesorios que sean tendencia, pero que tengan un toque clásico —apuntó Stefano.

Dejé que ellos se entendieran con el vendedor mientras yo me dedicaba a pasear por los lineales llenos de ropa. Vi una chaqueta de cuadros que me recordó al kilt que se ponía Sean para sus presentaciones y que me resultó muy divertida. Además, me recordaba a las camisas que tanto me gustaba usar y así no me sentiría tan distinto. Iba a sacarla del perchero para enseñársela a los chicos cuando Stefano me llamó desde el probador.

Entre él y Dase llevaban lo que parecía una montaña de ropa de colores aburridos y me esperaban con sus brillantes sonrisas. Arrastré los pies hasta ellos, eso de salir de compas no era realmente algo que me llamara la atención.

Hora y media, y quince pruebas después, ya teníamos ganador. Al final todos habíamos hecho concesiones, tanto los chicos como yo, pero creo que el resultado era bastante bueno. A ver qué pensaba Rocío cuando me viera en la fiesta.

## Capítulo 26

El día de la gala benéfica había llegado. Dase y Stefano no paraban de dar vueltas alrededor de mi cuarto muertos de impaciencia. Estaba tan harto de oírlos pasearse por el pasillo de Adonis House que, al final, les dije que entraran a mi habitación. Se ofrecieron a ayudarme a vestirme, porque por lo visto creían que yo no era capaz de ponerme un pantalón y una camisa sin supervisión. Tanta atención me había puesto de mal humor.

—Piensa en los caballeros medievales —apuntó Stefano—. No podían vestirse solos antes de una justa porque las armaduras eran muy pesadas y necesitaban a sus escuderos.

—Exacto. Nosotros somos... ¿cómo se llamaba el tipo del Quijote?

—¿Sancho? —pregunté recobrando la sonrisa—. Entonces eso significa que yo soy Don Quijote, el paladín de las causas perdidas, el caballero de los desfavorecidos.

Dase y Stefano intercambiaron una mirada y sonrieron conmigo. Vi que me iban conociendo, y sabían que la mejor manera de llegar hasta a mí es con la literatura castellana.

—Pues entonces, ¡adelante, escuderos míos! Preparémonos para la gran batalla.

—Mientras dejes en paz los molinos, todo irá bien —musitó Dase.

\*\*\*

Bajé a la sala común escoltado por Stefano y Dase, que se estaban tomando muy en serio su función de escuderos. El primero en verme fue Tane, que soltó un silbido complacido.

—Jo-der, es como lo de Cenicienta en versión tío.

Arnold se había puesto en pie y me estaba dando un repaso completo girando alrededor de mí.

—Decidido, tengo que comprarme un pantalón que me haga tan buen culo como ese te hace a ti.

—Pues prepara la cartera, porque este traje cuesta más que todo mi armario junto —le respondí.

—Pero merece la pena hasta el último céntimo que has pagado por él. Estás impresionante, Erik —dijo Dase, que estaba conmovido con mi aspecto.

No soy especialmente presuntuoso, pero no se podía negar que los chicos habían hecho un buen trabajo. Llevaba el pelo recogido en un moño, que me hacía parecer la versión vikinga del actor de telenovela turco Kerem Sunay; me había recortado la barba esa mañana en una barbería a la que me había llevado Sean, y habían hecho un trabajo excelente; llevaba un traje en azul marino de lana fría —que no tenía ni idea de lo que era, pero que Dase insistió mucho en que era importante— que hacía juego con mis ojos, una camisa blanca con gemelos que me prestó

Stefano, y un cinturón que combinaba con los zapatos. Pero lo que a mí más me gustaba era la pajarita y el pañuelo que iban a juego y eran de cuadros en tonos verdes y azules. Los chicos querían algo más clásico, pero el vendedor estuvo de acuerdo conmigo: ese sería el objeto rompedor dentro de una indumentaria muy refinada.

Sean se acercó y me tocó la pajarita.

—Me la dejarás algún día, ¿verdad?

—Por supuesto, compadre —respondí poniéndole una manaza en el hombro—. Y ahora, deseadme suerte.

—Pásatelo bien —oí que me decían mientras yo me alejaba rumbo al centro de la capital.

\*\*\*

A pesar de que no era su intención, Rocío miraba discretamente a la puerta cada pocos segundos. Por mucho que quisiera evitarlo, no podía dejar de pensar en Erik; la imagen del gigantón se había enquistado en su mente y no podía sacársela. ¡Ni siquiera le estaba permitiendo disfrutar del espectáculo!

Estaba en uno de los hoteles más chic de Madrid, en la sala que tenían en el piso veintiséis desde la que se contemplaban las luces de la ciudad ahí abajo. Habían montado un escenario al fondo de la sala y habían distribuido mesas redondas en el centro de la misma, con el bufet y las barras de bebidas en los laterales. En la zona más cercana a los ascensores, habían instalado mesas altas con taburetes para aquellos que solo querían tomar una copa sin sentarse a cenar. La afluencia había sido abundante y la sala estaba bastante llena.

El primer número había sido una demostración de canto por parte del último ganador del festival del Cante de las Minas. Se le habían saltado las lágrimas con los *quejíos* y las inflexiones que el artista había transmitido en su canción. Ahora había un grupo de baile de una de las mejores escuelas de la capital que estaba llenando el escenario de arte. Estaba empezando a pensar que tal vez Erik no viniera, su desplante en la clase el otro día había sido evidente para cualquiera. Y el noruego no era precisamente tonto. Pero entonces lo oyó, es como cuando oyes un tren antes de verlo; esto era lo mismo. El ambiente en la sala cambió y un murmullo de admiración, al que ya estaba acostumbrada, llenó el ambiente.

Se dio la vuelta para corroborar sus sospechas y tuvo que agarrarse al taburete en el que estaba para no caerse.

—¿Ese es el nuevo James Bond? —oyó que preguntaba una chica detrás de ella.

*Es solo Erik*, quiso decirle, pero de repente su garganta se había quedado seca. Sí que es verdad que se parecía a James Bond, pero en una forma más sexy y salvaje. «¡Basta!», se reprendió mentalmente. Estaba pensando en escabullirse y esconderse detrás de alguna de las pesadas cortinas cuando los ojos de Erik se clavaron en los de ella y, enarbolando una de sus sonrisas que eran capaces de desestabilizarla, se acercó a ella.

—¡Pardiez, Rocío! Hoy estás inconmensurablemente bella —dijo mientras apoyaba sus labios sobre su mano en un gesto que ya comenzaba a ser habitual entre ellos.



Se oyeron suspiros femeninos por toda la sala y Erik pareció ser el único en no darse cuenta.

—Gracias, tú también estás... —¿guapísimo?, ¿seductor?, ¿fascinante? A Rocío le estaba costando trabajo encontrar un adjetivo que describiera a Erik en esos momentos— muy bien —dijo al fin, pero le resultó pobre comparado con lo que sentía.

El traje que había elegido hacía que sus ojos destacaran, y la pajarita de cuadros la hizo sonreír. Por un momento, se imaginó quitándosela muy despacio para luego tirarla al suelo al lado de su cama... «¡Basta!», se gritó mentalmente de nuevo. Ella, por su parte, había decidido sacar de su armario un vestido de Calvin Klein que se compró en rebajas hacía mil años y que nunca había sido capaz de encontrar un momento para ponérselo. Era muy ajustado, realzando sus curvas en un color verde aguamarina y con escote de caja que daba un toque recatado pero muy sexy.

Había cierta tensión entre ellos, les estaba costando romper el hielo, pues Rocío no quería decir más de la cuenta y Erik se había quedado anonado mirándola. En ese momento, una compañera de clase se unió a ellos rompiendo así el tenso silencio en el que estaban sumidos.

—Vaya, Erik... Digo, ¡vaya!

La chica le estaba dando un repaso con todo descaro y Rocío sintió como las ganas de apartarla del vikingo crecían en su interior. Pero, en lugar de eso, le dirigió una tensa sonrisa que no fue capaz de llegar hasta sus ojos.

—Oye, ¿qué te parece si nos hacemos una selfi para mi Instagram? Ya sabes lo que dicen: «si no lo has publicado, es como si no hubiera pasado».

Se puso al lado de Erik y, poniendo morritos, se hicieron una foto juntos.

—Te voy a etiquetar, ¿cuál es tu insta?

—No tengo.

—¿En serio? ¡Me encanta! Es tan refrescante encontrar a alguien que no ha sido absorbido por las redes sociales... —dijo la joven poniéndole una mano en el brazo y acercándose seductoramente.

Rocío se bajó del taburete y los dos se la quedaron mirando.

—Voy a por una copa, ¿queréis algo?

—Estoy bien.

—Voy contigo, nunca sé qué pedir en estos sitios —respondió Erik dejando plantada a la chica mientras seguía a Rocío hacia la barra.

—No hacía falta que vinieras conmigo, ya te podía haber llevado yo algo, así no hubieras tenido que dejar sola a tu conquista de la noche —soltó Rocío con más rencor del que hubiera deseado.

—¿Conquista? Pero si no es más que una niña.

Soltó una carcajada que sirvió para que Rocío se calmara un poco.

—Pues parece que quiere que tú la conviertas en mujer.

Él se rio de nuevo y se acercó a ella más de lo que era recomendable. Es verdad que se

habían acercado al escenario y la música estaba algo más alta aquí, pero se seguían escuchando con claridad. A pesar de ello, Erik se acercó a su oído y le susurró:

—Yo solo tengo ojos para una mujer esta noche, y te aseguro que no es ella.

Rocío notó como una descarga eléctrica bajaba por su columna y se perdía en su entrepierna. El vestido era tan ajustado que, cuando se lo probó con el sujetador, este se marcaba creando un efecto feísimo, y como tenía un pecho bastante firme, había decidido salir de casa sin sostén. Ahora se arrepentía de esa decisión, pues notaba como sus pezones se marcaban por debajo de la tela.

—Yo... Esto... Me tengo que ir —soltó de golpe y se perdió en el gentío.

Sus pasos la condujeron hasta la puerta del ascensor, que se abría justo en ese momento permitiendo que nuevos invitados entraran a la fiesta. Se introdujo en el ascensor y vio como Erik la seguía. Si la vida fuera una película, las puertas se cerrarían justo cuando él estaba cerca y ella tendría tiempo de escapar antes de hacer una estupidez. Pero la vida rara vez sucede como en Hollywood, y los ascensores españoles tienen unas puertas que se cierran a velocidades mucho más lentas, con lo que Erik tuvo tiempo de sobra para meterse con ella en el ascensor.

No habrían descendido más que un par de pisos cuando sintieron un golpe seco y la luz del techo parpadeó varias veces hasta apagarse. Se encendió una luz de emergencia que bañaba el cubículo con una tenue iluminación que hacía que Erik pareciera aún más sexy.

Rocío se dirigió hacia el panel y apretó el botón de emergencia.

—Buenas noches, ¿cuál es su problema?

—Estamos atrapados en el hotel Estrella de Madrid.

—Ha habido una sobrecarga de tensión en la red, estará resuelta en unos minutos. Esperen pacientemente y, si dentro de una hora aún no se ha puesto en marcha el ascensor, les mandaremos a un equipo técnico para que los saque de ahí.

—¿Una hora? No pienso quedarme aquí una hora.

—Señora, cálmese, en unos minutos seguramente se pondrá en marcha. ¿Está sola?

—No, está conmigo. —La forma en que Erik pronunció esas palabras le hizo entender que no se refería solo a estar compartiendo el mismo espacio físico.

—Pues no se preocupen, en pocos minutos debería estar solucionado.

La comunicación se cortó y se quedaron en silencio.

## Capítulo 27

Estábamos encerrados en una caja de metal a decenas de metros sobre el suelo sostenida por un cable de acero y un sistema de engranajes y poleas. O eso es lo que yo tenía en mente, fruto de haberlo visto en varias películas, porque a la hora de la verdad me daba cuenta de que no sabía nada de ascensores. ¿Nos podíamos caer por el apagón? Sentí un fuerte deseo de proteger a Rocío y di un paso hacia ella, que me respondió dando un paso hacia atrás.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? Pensaba que estábamos conectando.

—Ya... ¿Esto también es obra vuestra? ¿Parar el ascensor entre plantas? Es un recurso muy utilizado en *Anatomía de Grey*, podríais haber encontrado algo más original.

—¿De qué estás hablando, Rocío?

—¡Ja! No vengas ahora a hacerte el inocente, que lo sé todo. He descubierto el pastel, ¿o tenéis alguna frase en jerga televisiva para decir esto?

—Voy a repetirlo de nuevo, ¿de qué estás hablando?

—Déjalo, Erik, ya no hace falta que sigas fingiendo. ¿Hay una cámara detrás de este espejo? —preguntó señalando el panel que cubría una pared del ascensor.

—Pues... Supongo que no, espiar a la gente así, sin su consentimiento, tiene pinta de ser bastante ilegal

—Vaya, ¿ahora te preocupa eso?

—En serio, Rocío, explícate porque yo no tengo ni idea de lo que estás hablando y me estoy empezando a preocupar.

Soltó un bufido. Estaba en una esquina del ascensor con un vestido que se le ajustaba como un guante, marcando su bonita figura de reloj de arena. El pelo negro brillante caía en grandes rizos por su espalda. No sabía si era por el enfado, por el miedo o por excitación, pero podía ver la figura puntiaguda de sus pezones marcarse en la tirante tela del vestido.

—Lo sé todo, Erik. Sé que trabajas para una productora de televisión y que estáis grabando un *reality* en la academia de baile. También sé que todo esto —nos señaló a nosotros— ha sido solo para ganar audiencia. Ya se sabe que la gente se engancha más a los programas si hay una historia de amor de por medio. Sé que todas esas citas que hemos tenido han sido guionizadas, que nada de esto —volvió a señalarnos— es real. Y me duele aquí —se señaló el corazón— porque yo pensaba que teníamos algo verdadero.

No me pude contener, por lo general me gusta actuar como un caballero, pero ella había puesto en duda mis sentimientos. Crucé el espacio que nos separaba en dos grandes zancadas y, cogiendo su cara entre mis manos, la besé como si fuera lo último que me dejaran hacer sobre

esta tierra.

—¿Esto no te parece real? Lo único que tengo claro en mi vida es que me enamoré de ti en el momento en el que te puse los ojos encima por primera vez. No he entendido ni una palabra de lo que has dicho, solo sé que no puedo dejar de pensar en ti.

—Pero ¿y el programa...?

No le di tiempo a terminar de formular la pregunta, pues volví a besarla. Si en el primer beso hubo algo de resistencia, en este se dejó llevar, pegando sus caderas a las mías y aferrando con fuerza mis nalgas. No me lo esperaba y me reí sin poder evitarlo.

La empujé con delicadeza, pero de forma firme, contra el espejo del ascensor y, cogiéndole las manos, se las puse encima de la cabeza sin dejar de besarla. Su olor, sus curvas, su pelo, todo en ella me excitaba y notaba cómo una más que evidente erección estaba tomando forma.

Ella se soltó de mi abrazo y, quitándome la chaqueta, la tiró a un lado, me aflojó el nudo de la pajarita y, abriendo el primer botón de mi camisa, fue besando cada centímetro de mi cuello. Mis manos acariciaban sus caderas y su espalda mientras ella seguía besándome de forma lenta y sensual.

Yo no podía más. Le di la vuelta y la puse contra el espejo, introduje mi mano por debajo del vestido y en el interior de la lencería de encaje que estaba sintiendo. Estaba tan excitada como yo. Comencé a jugar con su clítoris primero muy despacio, y después, aumentando la velocidad mientras ella pegaba con fuerza sus caderas contra mi sexo. La oí gemir y susurrar mi nombre cuando llegó al éxtasis.

Se giró buscando mi boca y me besó de forma enfurecida, sedienta. Comenzó a desabrocharme el cinturón, como era nuevo le costó un poco conseguir soltarlo, y cuando lo consiguió...

La luz del ascensor parpadeó un par de veces antes de encenderse de nuevo y nos pusimos en marcha. Yo la miraba con los ojos plenos de lujuria, había probado solo un bocado de Rocío y había sido el más suculento de mi vida. Ahora quería más.

Pero con la luz ella vio las cosas de forma distinta. Miraba horrorizada al espejo del ascensor como si todos los demonios del planeta se encontraran agazapados tras él.

—Esto... Esto ha sido un error...

—Pero Rocío...

—¡No! No des un paso más, no pronuncies mi nombre. Por favor, pide que corten esto del montaje, no quiero que se me recuerde por algo así.

Cuando las puertas se abrieron al llegar a la primera planta, ella salió corriendo como si el ascensor estuviera en llamas. Yo cogí mi chaqueta del suelo y la utilicé para tapar mi erección, que se iba desinflando con cada paso que Rocío daba alejándose de mí.

Seguía sin entender qué había pasado o de qué narices estaba hablando. Esa había sido la mejor y la peor noche de mi vida, todo en uno. Me debatía entre contárselo a mis compañeros para tener su opinión o guardar la vergüenza para mí, sin que nadie más estuviera al corriente.

Al final opté por la segunda opción, ya me había humillado lo suficiente. Sin embargo, había algo que no entendía, las palabras de Rocío contradecían sus actos. Ella me había devuelto el beso con intensidad y pasión, fue ella quien me desabrochó el cinturón y quien cubrió mi cuello de besos... Algo raro estaba pasando, y necesitaba entender el qué. O me iba a volver loco

## Capítulo 28

Rocío salió a la carrera, iba todo lo rápido que los tacones de aguja le permitían y, cuando llegó a la acera, se dio cuenta de que se había dejado el abrigo en la fiesta. Al menos llevaba el bolso consigo, las llaves de casa y dinero para un taxi era todo lo que necesitaba en esos momentos.

Bueno, eso y poder olvidar el ardiente sabor que aún palpitaba en sus labios. Nunca la habían besado así, nunca había sentido fuego devorándola desde lo más profundo de sus entrañas. Se mordió el labio tratando de apartar la imagen de Erik mirándola con las pupilas dilatadas y una sonrisa arrebatadora.

—¡Para ya!

Exclamó en voz alta, y una pareja que pasaba por ahí se la quedó mirando. Paró un taxi a pocos metros de la puerta del hotel y se dirigió a su piso todavía dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir. Quería analizarlo desde un punto de vista objetivo, sopesar lo que había ocurrido dejando los sentimientos a un lado, pero le resultaba imposible. Cada vez que evocaba a Erik, una sensación muy placentera se instalaba entre sus piernas, porque «¡joder, qué guapo iba esta noche!».

Pero no le gustaba haber sucumbido a sus encantos como si fuera un animal en celo. Al menos había podido soltarle todo lo que sabía desde hacía ya un tiempo, aunque su reacción la había dejado un poco descolocada, parecía genuinamente sorprendido. Ese tío tenía que haber estudiado en la Royal Academy, porque era un actor realmente bueno, casi la había convencido.

«¿Y sus besos? ¿Te enseñaban a besar así en las escuelas de interpretación?», porque, por mucho que intentara sacarlo de su cabeza, sus besos se habían quedado pegados a sus labios como si estuvieran tatuados.

Pero bueno, ya estaba hecho, había cometido un error sin precedentes, esos deslices siempre acababan pasando factura. Lo había visto cientos de veces en los *realities* de la tele, al principio ganaría muchísima atención y las redes sociales se llenarían de imágenes de ella contra el espejo del ascensor teniendo la mejor noche de su vida... «¡Basta!». Se llenarían de imágenes del peor error de su vida, se reprendió mentalmente. Primero habría conmoción, luego escarnio y después olvido, ese era el ciclo vital de una noticia de ese tipo.

Ella no había pedido nada de todo esto, solo quería una oportunidad para volver a subirse a un tablao y sentir esa magia que te corre por las venas cuando estás haciendo lo que de verdad te gusta. Lo del vikingo macizo había sido un golpe bajo por parte de la organización, no lo había visto venir. Pero lo que sí que no había visto venir fue que pudiera enamorarse de él de esa

manera, porque sí, le costaba reconocerlo, pero estaba enamorada. Así lo atestiguaba lo que acababa de pasar en el ascensor, al menos para ella.

Se sentía como una imbécil y sentía el calor de las lágrimas quemándole en los ojos. El taxista le lanzaba miradas piadosas de vez en cuando. Al menos tuvo el sentido común de no decirle nada, no sabía cómo hubiera reaccionado si ahora empezaba a criticar al Gobierno o a la Unión Europea. Aunque tal vez era precisamente eso lo que necesitaba para eliminar a Erik de sus pensamientos.

—¿Y estas obras? —preguntó ella en voz alta—. Parece que no terminan nunca.

Su plan surtió efecto y, durante los siguientes diez minutos, su conductor se lanzó a un monólogo que repartía por igual las culpas con el Gobierno central, el autonómico y todos los predecesores. Incluso tuvo tiempo de citar a Chávez, a Merkel y Trump en su diatriba inagotable, mientras ella miraba por el cristal arrullada por los improperios que un taxista lanzaba contra todo aquel que se le cruzara por la mente.

## Capítulo 29

Tras lo acontecido en el recital de flamenco, no tuve fuerzas de ir a la clase de esa semana. ¿Cómo podía hacerlo sabiendo lo que sabía? ¿Habiendo probado el dulce néctar de los labios de Rocío y ahora no poder volver a hacerlo? Dentro del folklore de mi país se citan a menudo a las hadas y otros seres mágicos. Se dice que, cuando un mortal prueba la comida de la mesa de las hadas, ya no vuelve a ser el mismo, y nada de lo que coma a partir de ahora en el mundo mortal podrá compararse a los manjares de los seres mágicos. Pues eso era precisamente lo que sentía en esos momentos.

Ahora, cualquier beso lo compararía con los de Rocío, cualquier piel con la de ella y cualquier suspiro con los que pronunció contra mi oreja en el ascensor. Habían sido los mejores momentos de mi vida, por muy cliché que pudiera sonar. Pero ella salió despavorida, algo debí de hacer mal para que huyera así de mí, y ahora no tenía fuerzas para enfrentarla. Por eso decidí lanzar mis pensamientos en otra dirección completamente distinta.

Ese día era Halloween y los chicos estaban muy emocionados por poder salir disfrazados a divertirse. Stefano y Tane iban a quedar con sus chicas pero, tras ver mi estado de ánimo durante la última semana, pensaron que me haría falta una juerga entre compañeros de piso. No me habían preguntado por la noche del recital, y se lo agradecía, creo que ver cómo arrastraba los pies por la casa y cómo vagabundeaba por los pasillos de Adonis House como un fantasma que no encuentra consuelo, les explicó sin necesidad de preguntarme cómo había discurrido mi noche.

No se mencionó a Rocío, al flamenco o a los hoteles caros de Madrid en toda la semana. En verdad que tenía suerte de haber coincidido en el tiempo y en el espacio con hombres tan sensibles y buenos.

Así que ahí estaba yo, con un disfraz que me compré meses atrás en cuanto me enteré que la academia celebraba una pequeña fiesta por Halloween. Estaba seguro de que sería la sensación, pues el traje no solo me representaba perfectamente, sino que, además, me quedaba como un guante.

Iba, como no podía ser de otra manera, de torero. A pesar de que pedí la talla más grande que tenían en la web china en la que me lo compré, me daba la impresión de que el disfraz me quedaba algo justo. Concretamente en la zona del paquete, que una cosa es que los pantalones sean pegados, y otra que traten de meter los testículos de nuevo dentro del cuerpo. Así que, cada pocos minutos, me tocaba recolocar el *asunto* para asegurar el aporte sanguíneo a la zona en cuestión.



La chaquetilla y la montera me quedaban de maravilla, me hacían parecer una versión nórdica de Paquirri o de Manolete. No entendía por qué los españoles no salían vestidos así todos los días, con lo que favorece el grana y dorado y lo que te alegra un lunes malo. A lo mejor, si la gente me veía con eso puesto a diario, conseguía que se volviera a poner de moda, porque de verdad, que me parecía un look elegantísimo.

Mis compañeros de hazañas iban también espectaculares. Dase se había embutido en un disfraz de Batman.

—Vaya, veo que vas de Caballero Oscuro —dijo Tane al verlo moviendo el índice y el pulgar para mostrar que era una broma—. ¡Venga! Decidme que lo habéis cogido. Es caballero porque es el que tiene mejores modales de nosotros y oscuro por... Bueno, pues porque es bastante evidente, ¿no?

Dase le regaló una mueca entre una sonrisa y una amenaza y yo negué en silencio. Mi amigo maorí iba vestido de deportista de vídeo de aerobio de los años ochenta. Embutido en un chándal de colores brillantes, con una cinta en el pelo y un radiocasete que esperaba al lado de la puerta para completar el conjunto. Me recomendé mentalmente no acercarse a Tane a ninguna fuente calorífica, porque estaba convencido de que su atuendo era altamente inflamable.

Sean salió del ascensor vestido de Van Helsing, el famoso cazador de monstruos. El abrigo de cuero negro que lucía y la ballesta que llevaba en el cinturón le daban un aire amenazante.

—Esta noche saldré a acabar con esos seres infernales —dijo luciendo una amplia sonrisa que hizo que sus ojos azules brillaran.

—Mientras te dejes la gaita en casa, a mí me parece bien todo —dijo en voz baja.

Una figura aterrizó en la sala dejándonos conmocionados. Arnold había saltado el último tramo de escaleras con el único fin de hacer una entrada triunfal. Llegó con la capa negra con el interior rojo volando tras de él y unos falsos colmillos por los que goteaba sangre aún más falsa que le daban un aspecto más patético que terrorífico.

—¿Los vampiros no deben ser feos, como la película esa? Ya sabes, la de Francis Ford Coppola —preguntó Tane.

—¿O brillantes jovencitos? —añadió Dase.

—¿Qué pasa? ¿No os gusta mi atuendo?

—Sí, nos encanta, miedo desde luego das un rato —respondí de buen humor.

—Solo falta Stefano, está tardando una eternidad. Espero que no sea porque está hablando por teléfono con Abril, porque ya dijimos que primero salía con nosotros y luego ya podría irse con su chica a donde quisiera.

Como si al nombrarlo lo hubiéramos convocado, el italiano apareció en la sala común con un disfraz que no dejó indiferente a nadie.

—¿Vas de...? —comenzó Sean, pero su pregunta se quedó en el aire.

Stefano se giró mostrándonos su perfil izquierdo.

—Voy de Romeo —dijo mientras veíamos una camisa blanca con chorreras, unas calzas por

debajo de la rodilla y una bota de piel. Acto seguido, se giró a la derecha, donde pudimos observar la mitad de un vestido vaporoso y la mitad de una peluca castaña—. Y también voy de Julieta —añadió triunfal.

Nos miramos sin saber muy bien qué decir. Era el disfraz más extraño de todos los que llevábamos, y no íbamos ninguno precisamente discretos.

—Vamos, Romeo y Julieta, los amantes de Verona, mi ciudad... Además, así muestro mis dos caras, la de Stefano y la de Steve Norton. No sé, me pareció un disfraz muy original.

Tane se acercó a él y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Menos mal que tienes novia, porque con esas pintas no te ibas a comer un rosco esta noche.

Lo que hizo que soltáramos todos una carcajada general.

—Venga, vámonos, que la noche madrileña nos espera.

Salí el último, no las tenía todas conmigo. Había aceptado a regañadientes el salir con los chicos esta noche porque me acorralaron entre los cinco y no me quedó más remedio que unirme a su plan. Pero la verdad es que no me apetecía demasiado salir de fiesta, pues la última vez que había estado en una había probado los besos más dulces y las curvas más sensuales de todo el país, y ahora tenía que contentarme con salir acompañado de cinco tíos, a cuál más raro, a emborracharnos.

\*\*\*

Habíamos hecho una ruta por varios de los bares más conocidos de Madrid. Nos cruzamos con brujas, fantasmas y zombis, y cada vez que Sean veía una vampira que estuviera buena se le acercaba y le decía que se anduviera con ojo, que él se dedicaba a matar a monstruos, y trataba de ligar con ella. Al final de la noche acabó con más números de teléfono de futuras conquistas que los que hay en un listín telefónico.

Yo, mientras, había decidido ahogar mis penas en alcohol. Si Ernest Hemingway podía usar el alcohol como bote salvavidas para escapar de la realidad, yo, que lo admiraba más que a nadie en este mundo, también podía.

Alguien propuso que fuéramos a Kapital, por lo visto, además de discoteca también tienen karaoke, y eso es algo que nos hizo mucha gracia de primeras. Además, parecía que yo era el único que no se lo estaba pasando tan bien como debería y me sentí obligado a hacer un esfuerzo por los chicos. Mis compañeros hacían bromas, se paraban a hablar con otros grupos de gente disfrazada y algunos ligaban casi sin proponérselo, mientras que yo me sentaba a la mesa, apuraba mi cerveza y me pedía la siguiente sin apenas abrir la boca.

Así que nos dirigíamos hacia la discoteca cuando nos cruzamos con un grupo de lo más variopinto: una colombina, una cleopatra con un hombro al aire, una Minnie sin su correspondiente Mickey, una novia cadáver, una asesina psicópata y una caja de la que parecía que salían patatas fritas.

Sean, fiel a su estilo, les lanzó unos cuantos piropos a los que las chicas respondieron

sonrojándose y respondiéndole que estaban todas cogidas, e incluso que el novio de una de ellas era policía. La morena vestida Cleopatra no me quitaba ojo, tal vez mi representación de un bravo *matador* español la estaba convenciendo de que era una pareja sexualmente compatible, por mucho que ella tuviera ya novio.

—¡Tú! Fuiste tú, pedazo de mamón, el que me tiró el langostino a las tetas en la despedida de soltera de Vero.

Hubo un momento de tensión y reconozco que me encogí un poco, yo podía ser grande y fuerte, pero esa mujer parecía capaz de darnos una paliza a los seis ella sola. Empecé a hacer memoria: una noche que salimos a cenar a un chino, y como íbamos un poco pasados con el alcohol, acabamos montando un numerito que acabó con la policía viniendo a poner orden.

—¡Menuda coincidencia! —solté al fin.

—¿Coincidencia? Con las ganas que tenía de pillarte, capullo. Te voy a arrancar la coleta, la montera y hasta la cabeza... A la Tere nadie le tira una gamba a las tetas y vive para contarlo.

Arnold se quedó blanco, él estaba acostumbrado a un estilo de vida más tranquilo, mientras que este tipo de cosas eran más comunes para nosotros.

—Yo no tuve nada que ver, los acabo de conocer. ¡No me pegue, que mañana trabajo!

Las amigas trataban de sujetar a la fiera que nos estaba amenazando. Si no fuera algo borracho y no estuviera loco por Rocío, me hubiera encantado conocer más a ese torbellino de mujer. Al final hice lo que cualquier caballero hubiera hecho en mi lugar: disculparme de la forma más sincera que supe.

—No pasa nada. Te pido disculpas si ofendí tus... delanteras. Fue un acto reflejo, nosotros también habíamos bebido de más.

—Os invitamos a unas copas como desagravio —propuso Stefano, ahora que parecía que la fierecilla se había calmado ligeramente.

La chica guapa que iba de colombina rechazó nuestra oferta alegando que tenían planes y las vimos entrar en la discoteca saludando al portero y saltándose toda la cola.

Superado el percance con las jóvenes, decidimos seguir la fiesta. Cuando vimos la cola que había para entrar en la discoteca, decidimos buscar otro sitio en vez de pasar media noche de pie al relente. Los chicos habían sacado sus móviles y buscaban algún lugar cercano donde continuar la juerga. Yo estaba harto de caminar sin rumbo fijo, además de que tenía más alcohol en mis venas del que era normal en mí. Soy un tío grande, y eso podría llevar a pensar que tengo bastante aguante, pero la verdad es que, salvo alguna cerveza comiendo, no suelo beber, así que cojo el *puntito* con facilidad. Y como esta noche tenía motivos para querer anestesiar mi cerebro, llegué al punto y me lo pasé tres pueblos hacía al menos dos horas. Vamos, que a esas alturas de la noche iba ya bastante perjudicado.

El caso es que estaba sentado en mi banco pensando en Rocío, su figura, su sonrisa y sus labios, cuando me di cuenta de que me había quedado solo. Mis amigos habían seguido sin mí la juerga, no es de extrañar, pues no estaba siendo el compañero de jarana más divertido esa noche.

A lo lejos distinguí a una figura embutida en un traje de Batman y me dirigí entre el gentío que abarrotaba las calles de la capital en pos de mis compañeros. Cuando al fin los alcancé, me di cuenta de dos cosas: la primera es que el Batman que yo perseguía era, al menos, veinte centímetros más bajo que mi amigo Dase; y la segunda, que dos jóvenes vestidos de enfermeros forcejeaban con él para meterlo en un coche.

—Don Andrés, por favor, entre en razón, que ya no tiene edad para ir por ahí solo a estas horas.

—¿Y eso quién lo dice? No pienso quedarme en la residencia aburrido mientras el centro está lleno de *chatis* preciosas vestidas de gatitas sexis.

Ahora que me fijaba mejor, el Batman no solo era más bajo que Dase, también tenía unos treinta kilos más que él y aparentaba unos setenta u ochenta años, ahora que se había quitado la máscara del hombre murciélago.

—Por favor, don Andrés, venga con nosotros, que no queremos tener que decírselo a su hija. El hombre soltó un bufido.

—Mi hija está en Bora Bora disfrutando del puente, la llamada te iba a costar un pico. O, al menos, esa es la excusa que me pone ella siempre para no tener que llamarme, me dejó en la residencia y viene a verme una vez al año. ¡Eso no es vida, hombre!

—Tiene toda la razón —dije sin pensarlo. y conseguí que los tres hombres se giraran hacia a mí.

Supongo que ver a un noruego de casi dos metros vestido de torero apoyado contra la pared de un edificio, porque si me soltaba me podía ir al suelo, y espiando su conversación era lo último que pensaban encontrarse esos tres al salir de casa esa noche.

—¿Y este quién es?

—Erik Jakobsen, para servirle —dije extendiendo la mano, pero sin dejar la seguridad de mi muro de ladrillo.

—¿Lo conoce, don Andrés?

—No lo he visto en mi vida pero, si está de mi parte, me cae bien.

El anciano se acercó a mí y se puso a mi lado. Me recordaba un poco a Antonio, nuestro jefe en los Adonis.

—Ahora somos dos contra dos, ya no parecéis tan valientes, ¿eh, chavalotes? Que mi nuevo amigo tiene pinta de aplastaros como a insectos si se lo propone.

El viejo se iba envalentonando por el mero hecho de tenerme a su lado, es una pena que yo no estuviera en estado de echarle una mano.

—No nos queremos meter en problemas, pero debería volver con nosotros a la residencia, si se entera el director le pueden quitar algunos privilegios, y ya sabe que no queremos provocarle dificultades.

En ese momento yo hice un ruido gutural. Los dos enfermeros dieron un paso atrás asustados, supongo que debieron pensar que era algún bramido de pelea o algo así, pero la

verdad es que eran solo los estertores previos al vómito. Y sí, en el suelo de una callejuela, rodeado de desconocidos, acabó esparcido por el suelo mi cena y las últimas copas que me había tomado, que eran unas nueve.

El anciano me puso una mano en el hombro y, negando con la cabeza, les dijo a los jóvenes:

—Me voy con vosotros, pero este se viene con nosotros, necesita un café y un sitio donde dormir la mona.

—Pero...

—O se viene conmigo o tendréis que perseguirme por el centro. Y me pondré a gritar y os volveréis virales porque alguien lo grabará en vídeo. ¿Queréis que se os conozca por ser los jóvenes que acobardaron a un pobre viejo?

Los enfermeros intercambiaron una mirada y acabaron aceptando las condiciones de don Andrés. Yo apoyaba la cabeza en el cristal de la ventanilla del coche mientras me dirigía con tres perfectos desconocidos a un lugar indeterminado. No se puede negar que me gusta la aventura.

## Capítulo 30

Me desperté babeando sobre un sofá de escay gris que había conocido tiempos mejores. La luz entraba a raudales por una gran cristalera que daba a un jardín en el que multitud de árboles mostraban sus ramas desnudas en esta fría mañana otoñal. Alguien me había tapado los pies con una manta de lana de cuadros que no cubría ni la mitad de mi cuerpo, pero que había cumplido su misión de hacerme sentir bien y calentito.

Me levanté y, al hacerlo, noté que la habitación se puso a dar vueltas como si se hubiera montado en un tiovivo. Me apreté las sienes con fuerza y traté de enfocar la vista buscando algo que me ayudara a ubicarme, por lo que sabía podía estar en cualquier parte del mundo, pero desde luego, no estaba en mi habitación.

—Al fin despiertas. ¿Sabes que roncas como un jabalí? —preguntó una voz detrás de mí.

Al girarme vi a un anciano ataviado con un chándal de terciopelo azul marino que me miraba risueño. Algunas imágenes de la noche anterior llegaron a mi cerebro en forma de flashbacks. El anciano me tendió una taza de café y un par de pastillas que miré con desconfianza.

—Son solo aspirinas, aunque si quieres otra cosa, pídelas. Aquí tienen de todo.

Apuré la taza de café de un solo trago y noté como el líquido abrasaba mi garganta cuando pasaba en su camino hacia el estómago. Agradecí la sensación que me despertó de golpe, y tragué las dos supuestas aspirinas sin pararme demasiado a pensar que estaba aceptando fármacos de un desconocido.

—Bueno, gracias por tu intervención ayer, no sirvió de gran cosa porque acabé aquí, pero al menos les diste un buen susto a los enfermeros. Y ahora, ¿nos vas a contar de dónde saliste?

«¿Nos?» Me fijé mejor y vi que el anciano, que ahora recordaba que se llamaba don Andrés, estaba acompañado por un grupo de hombres y mujeres de más o menos su misma edad que me miraban ansiosos. Estuve tentado de levantarme y salir de allí corriendo, pero no sabía dónde estaba y, por el momento, solo había recibido atenciones de esa gente y no quería quedar como un maleducado. Además, me apetecía desahogarme, y nadie mejor que personas que no te van a volver a ver la vida para hacerlo.

—Me llamo Erik Jakobsen y soy de Hjelset.

—Salud —me dijeron varios abuelillos a coro pensando que había estornudado.

—Llegué a España hace unos seis meses con una empresa que se encarga de organizar tours internacionales y experiencias inmersivas...

Y así comencé a contarles todo mi periplo hispano, mi inscripción a las clases de flamenco, las dos mejores citas de la historia, y lo acontecido en el recital de baile. Cuando terminé de

narrar. todos guardaron unos segundos de silencio.

—A lo mejor salió corriendo del ascensor porque no besas bien. Ven, dame un buen beso con lengua para que compruebe cómo lo haces —me dijo una señora con el pelo completamente banco recogido en un moño bajo.

—Deja en paz al chiquillo, Angustias, no te aproveches de él.

—No, si yo era por echarle una mano... —respondió la aludida con una sonrisa pícaro antes de guiñarme un ojo.

Entonces me di cuenta de que ahí tenía, frente a mí, más de trescientos años de sabiduría conjunta. En las culturas escandinavas los ancianos son referentes de la tribu, pues han vivido suficiente como para tener las respuestas a las grandes preguntas.

—Bueno, ¿qué opináis?

—Que a las mujeres no hay quién las entienda, ni con veinte años ni con ochenta —dijo don Andrés, y los demás asintieron con él.

—Yo veo algo raro en esta historia —dijo un señor ataviado con una camisa de franela—. Por lo que cuentas, parece que a la chica le gustas, pero luego sale con eso de la tele, y ahí es donde me pierdo. ¿Seguro que nos lo estás contando todo? ¿No irías drogado y te estás inventando cosas u olvidándote de las importantes?

—¡No! Eso pasó tal cual, no he probado las drogas en mi vida.

—Espérate a tener nuestra edad, estarás deseando que te den unas cuantas para que se te pasen los dolores —respondió Angustias levantando varias carcajadas en el grupo.

—No me estáis ayudando demasiado.

—Lo siento, muchacho, vas a tener que encontrar tú solo la respuesta a ese misterio, no creo que podamos ayudarte.

—Yo sí que lo siento, me he colado en su casa y les he robado un tiempo valiosísimo.

—Pero ¿qué dices? Eres lo más divertido que le ha pasado a esta residencia en años.

—Además de que eres una delicia para la vista.

—¡Angustias!

—¿Qué? A mi edad lo único que me queda es mirar, no me quites eso también.

—Me gustaría encontrar una forma de agradecerles la hospitalidad, se han portado de maravilla conmigo.

—No hace falta que...

—¿Tú no habías dicho que sabías bailar? —interrumpió Angustias.

Se me iluminó la cara, pues sabía perfectamente lo que me estaba pidiendo. Me puse en pie de un salto y, buscando la lista de reproducción en la que tenía las canciones de flamenco, me puse a darles un espectáculo del Día de Todos los Santos a esos abuelillos tan simpáticos. No me podían haber pedido nada que me hiciera más ilusión.

—Está destrozando el baile, pero hay qué ver qué bueno que está el *jodío* —comentó Angustias en un susurro.

—¡Y cómo se le ajusta ese pantalón! —respondió otra en el mismo tono confidencial.

—Andrés, no sé de dónde has sacado a este joven, pero estoy en deuda contigo. ¡Qué planta! ¡Qué músculos! Si parece un dios griego.

Terminé mi recital y me llevé una cerrada ovación por parte de mi público. Cuando miré la hora, vi que el día ya estaba bastante avanzado.

—Gracias por todo, pero ya va siendo hora de que me vaya. ¿No les habré metido en problemas por haberme acogido aquí?

—¡Qué va! Mi nieto es el dueño de todo esto, y si ha conseguido montar esta residencia, es por el dinero que yo le he dado, aquí hago y deshago a mi antojo. Así que, ya sabes, joven, te puedes colar cuando quieras que nadie podrá reprocharte nada —respondió Angustias volviendo a guiñarme un ojo de forma cómplice.

Andrés me acompañó a la puerta, me habían pedido un taxi para volver a casa porque yo seguía sin tener ni idea de dónde me encontraba.

—Mira, yo era ingeniero de caminos antes de jubilarme y te aseguro que es una disciplina muy difícil, pero no hay en este mundo nada más complejo que el corazón de una mujer. Parece que tus intenciones son buenas, solo te puedo decir que no desesperes, si ella es para ti, nada podrá impedir que estéis juntos.

Le di un abrazo al anciano a quien consideraba ya casi como un amigo. Creo que, al menos durante un día, conseguí sacarlo de la rutina y el aburrimiento; él, por su parte, me había acogido como si fuera un padre.

—Le mandaré salmón —le dije antes de entrar en el taxi al tiempo que me despedía con la mano.



## Capítulo 31

Llegué a Adonis House a media tarde, con tan solo un café en el cuerpo, aunque el dolor de cabeza había desaparecido. Me barrunté que no eran solo aspirinas lo que me habían dado mis nuevos amigos.

Cuando llegué, la casa estaba sumida en un profundo silencio, por lo visto mis amigos habían continuado la fiesta hasta bien entrada la noche y ahora estaban descansando. Decidí imitarlos, me desnudé y me metí en la cama. Mi intención era solo cerrar los ojos unos segundos, apenas lo necesario para recargar un poco las baterías, pero cuando los abrí, vi que el cielo había cambiado de tonalidad y ya era de noche. Bajé a la sala común muerto de hambre, me había puesto un chándal, que llevaba encima tantos lavados que era ya casi transparente, y una camiseta blanca.

Allí me encontré a Tane con su novia, una preciosa chica pelirroja que regentaba la quesería de al lado de casa. Estaban cenando de picoteo mientras veían *Dentro del laberinto*, la película de culto protagonizada por David Bowie.

Estuve tentado de sentarme entre los dos, pues necesitaba contacto humano, pero al final opté por dejar a los tortolitos en su sofá mientras yo me acomodaba en otro.

—Hola, soy Erik.

—Creo que ya te he visto alguna vez —respondió la pelirroja arrugando un poco la nariz—. Pero me gusta que, ante la duda, elijas ser educado, eso es algo que no se ve mucho estos días.

Sonreí complacido, una dama que por fin reconocía mis esfuerzos caballerescos.

—¿Puedo? —pregunté mirando a los víveres que habían puesto sobre la mesa de centro.

—Claro, hemos arrasado con los restos de todo lo que había en el frigo, mañana nos va a tocar cocinar a todos.

—Genial, con un poco de suerte, Stefano hará pasta de sobra, me encanta cuando hace pesto.

—Si hubieras llegado cinco minutos antes habrías podido degustar los restos que quedaban en un *tupper*, pero ya nos los hemos terminado —dijo Olivia risueña.

—Por cierto, Casanova, ¿dónde terminaste la noche? Porque te perdimos a eso de las doce y media. ¿Te fuiste a rondar a tu enamorada como Don Juan a Doña Inés?

—¡Qué más quisiera! Acabé durmiendo la mona en una residencia de ancianos del extrarradio invitado por un Batman fugado. Cuando me he levantado, eran más de las dos de la tarde. Pero les he pagado su hospitalidad bailando.

—¿Que has hecho qué? —preguntaron a coro.

—Les he pagado su hospitalidad bailando.

—Aunque no te lo creas, esa es la parte menos sorprendente de toda tu historia —respondió

Tane rascándose la cabeza entre las rastas—. ¿Cómo acabaste en la residencia de ancianos?

—Pensé que don Andrés era Dase y lo seguí.

Pensaba contarle toda la historia con lujo de detalles, pero Olivia interrumpió nuestra conversación.

—¡Madre mía! Esto está buenísimo, ¿dónde lo has comprado?

Tenía en la mano una tosta en la que había untado un poco de *crème fraîche* (que era mía, por cierto) en la que estaba depositada encima una loncha de mi salmón.

—La materia prima la compré en el Mercadona, pero el secreto es el ahumado, lo hago yo —respondí exultante con una sonrisa que casi no me cabía en la cara.

—¿Cómo que lo haces tú? —inquirió Olivia entrecerrando los ojos.

—Sí, he montado un ahumadero de salmones en el sótano. Ven, te lo enseño.

La joven me siguió de forma maquinal escaleras abajo y subió unos minutos después. Se había quedado sin habla, lo cual es normal a la vista de tantos lomos de salmón perfectamente ahumados esperando a ser degustados. Es una experiencia sobrecogedora, como la sala de Grandes Maestros del Louvre.

—Es... Es lo más loco que he oído en mi vida. Aunque para ser sincera, no es la primera vez que oigo una historia parecida porque mi amiga... ¡Ay, mi madre!

—¿Qué te pasa, cariño?

—¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre! ¡Ay, mi madre!

—En serio, Olivia, nos estás empezando a asustar.

La joven me miraba con los ojos desencajados y no paraba de gesticular con las manos.

—¡Ay, que al final era todo cierto! Porque eres grande, y rubio, y ahúmas salmones... Dime, Erik, tú no irás por casualidad a clases de flamenco, ¿verdad?

—¿Cómo lo has notado? ¿Es que eres algún tipo de bruja? ¿O a lo mejor se me nota en el porte la gracia propia de los bailarines?

Ella me miró bizqueando.

—No, lo del porte no ha sido... Ha sido por otra cosa... ¿A qué te dedicas exactamente?

—Hago varias cosas pero, sobre todo, talleres de supervivencia, les enseño a mis alumnos a hacer fuego, a acampar, a construir un refugio. Ese tipo de cosas —respondí hinchando el pecho lleno de orgullo.

—Claro... Y a la gente que asiste a esos talleres los llamas *supervivientes*, ¿verdad? —Asentí en silencio—. Ya verás, seguro que cuando te lo cuente te vas a reír.

Yo la miraba sorprendido y Tane frunciendo el ceño, creo que algo en el tono de Olivia le hizo sospechar que las cosas se iban a complicar de un momento a otro y que iba a hacer cualquier cosa salvo reírse.

—Resulta que es posible que, por un casual de la vida, y debido a circunstancias que nadie fue capaz de prever, y dada la coyuntura actual...

—Olivia, ve al grano —espetó Tane.

—Rocío piensa que se está grabando un *reality show* en la academia y que tú eres uno de los actores contratados por la productora.

Lo soltó del tirón y luego se miró la punta de los pies, avergonzada. Nos quedamos los tres en silencio, Olivia porque parecía abochornada y rehuía nuestras miradas, y Tane y yo porque, literalmente, no teníamos ni idea de qué decir ante una declaración como esa.

—Pero... ¿cómo es posible que piense algo así?

—A ver... Este verano han hecho obras en la academia, y la jefa de Rocío dijo que iban a buscar otras formas de traer dinero porque las cosas no iban bien. Y luego apareciste tú con tus dos metros de vikingo diciendo que querías aprender flamenco, y claro, lo del *reality* fue la opción más obvia.

—¿Lo fue? —preguntó Tane enarcando una ceja divertido.

—Teníamos nuestras dudas, pero luego apareciste —me señaló con un dedo de forma acusadora— vestido de corista cubano, y otra vez con un girasol en la solapa, y bueno... Eso nos confirmó que pasaba algo raro.

—¡Claro que pasaba algo raro! ¡Es Erik! Con él nada es normal —bufó Tane—, pero eso no significa que sea un actor.

—En Hjelset actué haciendo de Rey Lear una vez, puede que se me haya quedado algo de aquella experiencia.

—No estás ayudando, Erik...

—Pero hay una cosa buena de todo este embrollo y es que a Rocío le gustas. ¡En verdad le gustas un montón!

—¿En serio? Mi Dulcinea siente lo mismo que yo, tal vez deba ir y recitarle un poema bajo su ventana. ¿Sabes si prefiere a Garcilaso o a Bécquer?

Olivia bizqueó confundido.

—¡Vaya! Sí que eres como te había descrito. En un principio, temí que estuviera exagerando, pero veo que no, que eres... así, al natural.

—Bueno, entonces ¿qué debería recitarle para reconquistar su amor?

—Nada de versos escritos por otro, eso solo le haría afianzarse más en su posición y, además de por actor, te tomaría por loco. Necesitamos pensar algo para hacer que caiga rendida a tus pies.

—¿No crees que ya has hecho suficiente? —preguntó Tane con tono preocupado.

Ella levantó un dedo de forma autoritaria pidiendo silencio. Ese simple gesto valió para que dos hombretones de casi dos metros cada uno se quedaran en silencio sin decir nada. Yo tenía hasta miedo de respirar por si me ganaba una reprimenda por parte de Olivia.

—¡Ya lo tengo! Madre mía, se me ha ocurrido una idea genial, nos va a hacer falta bastante preparación y mucha coordinación, pero es una idea estupenda.

—Va a ser una locura, te lo digo ya —me advirtió Tane en voz baja.

—Las locuras que se hacen por amor son las mejores, compadre.

## Capítulo 32

Rocío acudió a la fiesta de Halloween de la academia vestida de charleston, con un vestido a medio muslo lleno de flecos y una peluca rubia que cambiaba sus salvajes rizos morenos por un peinado liso a la altura de la barbilla. Llevaba una pitillera y un collar de falsas perlas de varias vueltas.

Le sorprendió no haber visto a Erik durante la clase de esa semana. Bueno, por un lado, le sorprendió y por otro la alivió, porque ahora que había estado en contacto con él no sabía cómo su cuerpo podía reaccionar si se acercaba demasiado.

Montaron una fiesta en la sala de ensayo, no era gran cosa, unas mesas de plástico, unos canapés, patatas fritas, aceitunas y mucha bebida. Les dijeron a los alumnos que trajeran algo para compartir y se encontraron con dos tortillas de patatas y cuarenta y seis botellas de alcohol para unas treinta personas.

—Esto nos pasa por no habernos organizado bien —le dijo Rocío a una compañera que daba clases a niños.

—No está tan mal —respondió encogiendo los hombros—. Me olía que algo así podía pasar y he venido cenada de casa.

—¡Me lo tenías que haber dicho!

—Pensé que te darías cuenta tú sola.

Rocío le dio un codazo a su compañera, de broma.

—Oye, te fuiste rapidísimo del recital de flamenco el otro día. ¿Te encontrabas mal o algo?

Rocío se quedó callada unos instantes meditando su respuesta.

—Sí, algo me debió sentar mal.

«Algo de casi dos metros y rasgos escandinavos», pensó sin poder evitarlo.

—¿Te enteraste de que hubo un apagón y de que gente se quedó encerrada en el ascensor? ¡Qué horror! Yo me muero del susto si me pasa eso, con la claustrofobia que tengo seguramente me pondría a sudar supernerviosa.

«También se puede sudar por otros motivos dentro de un ascensor parado», pensó de nuevo y se dijo que, o terminaba pronto esta conversación, o volvería a recordar las manos de Erik recorriendo su cuerpo, y eso era lo último que quería.

—Oye, ¿qué tal con ese profesor de salsa que conociste hace poco? —preguntó tratando de cambiar desesperadamente de tema.

La treta surtió efecto, pues su compañera se lanzó a un monólogo de casi veinte minutos en el que se quejaba y alababa a ese monitor a partes iguales. Sumergirse en la vida privada de otros le

permitía a Rocío evadirse de la suya y no dedicarle minutos al nórdico que, de forma irremediable, había conquistado su corazón.

Cada vez que alguien entraba en la sala, ella tenía la esperanza de que fuera Erik; por mucho que supiera que estaba prohibido, le gustaba, al menos, observarlo.

\*\*\*

Cuando varias horas después el último de los alumnos se marchó, solo quedaron Rocío y un par de profesores más para recoger todo y limpiar. La fiesta había sido lo que se esperaba, mucha gente borracha haciendo pasos de baile fuera de ritmo, pero pasándoselo bien.

Al final Erik no apareció, una pequeña parte de su alma se rompió un poquito por no haberlo visto esa noche. Se lo imaginaba vestido de algo imposible como el Cid Campeador o Cervantes ligando con cualquier gatita sexy de la noche madrileña y le entró una mala leche...

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Era Héctor, él daba clases de cajón flamenco y no estaba mal. Moreno, pelo ensortijado y una tez bronceada todo el año, parecía el protagonista de cualquier obra de García Lorca. Era el terror de las alumnas y, por lo que había podido escuchar indiscretamente, en la cama era todo un portento. Notó por su tono que no se lo proponía por pura galantería, sino que quería añadir a Rocío a su interminable lista de conquistas. «¿Por qué no?», se preguntó ella envalentonada por los mojitos que se había tomado a lo largo de la noche.

—Pues...

Y entonces se fijó en sus ojos negros, y recordó otros, de un azul que presagiaba tormentas, y se dio cuenta de que no podía usar a Héctor para quitarse a Erik de la piel, porque no serviría de nada.

—No hace falta, he quedado con una amiga cuando salga de aquí.

Él pareció encogerse unos centímetros. Era guapo e iba vestido de Jack Sparrow enseñando un pecho recubierto de bello moreno, no le costaría encontrar sustituta con la que pasar la noche, el duelo le duraría poco tiempo.

Apagó las luces de la academia y cerró al salir, se suponía que en esa noche el velo que separaba el mundo de los humanos del mundo de los espíritus era más delgado y podían ocurrir cosas mágicas. Eso era precisamente lo que ella necesitaba ahora, un milagro para dejar de pensar en Erik y poder seguir con su vida.

## Capítulo 33

No había podido pegar ojo en toda la noche, estaba emocionado, extasiado, enloquecido, excitado, y todos los demás sinónimos que el rico castellano tenía para describir un estado de agitación interior capaz hasta de robarte el descanso.

Habían dicho en las noticias de la noche que posiblemente nevaría al día siguiente en Madrid, y yo no podía esperar para ver mi primera nevada en tierras españolas. A las cinco y media de la mañana me dije que el sueño había decidido serme infiel hoy y que ya no vendría a mi cama, y me levanté de un saltó. Lo primero que hice fue verificar en mi móvil si era verdad, si por fin vería nieve en la tierra de Cervantes.

—¡Sí! —exclamé victorioso.

La nieve no caería en la ciudad, sino en Navacerrada, lugar que yo conocía bastante bien, pues es ahí donde se celebraban mis fines de semana de supervivencia. La primera nieve de la temporada siempre es algo mágico. Aquí llegaba a principios de noviembre, algo tarde para el estándar noruego, pero no le di importancia.

Lo primero que hice fue vestirme para la ocasión: calzoncillos térmicos, camiseta de lana de merino y leggins polares como capa interior. Luego añadí jersey de lana y pantalones impermeables; una vez sobre el terreno me pondría el gorro, la bufanda, los guantes y el chaquetón.

De momento estaba sudando más que dentro de una sauna finlandesa, pero no me importaba porque ¡iba a ver la nieve!

Quería que mis compadres me acompañaran en tan señalado día, necesitaba a mis hermanos de armas a mi lado, así que opté por una decisión arriesgada, pero de la que no me arrepiento.

Sigilosamente, me escabullí hasta la habitación de Sean y, con delicadeza, traté de despertar al escocés. Pero o ese tío estaba muerto o la delicadeza no era un método que funcionara con él, así que comencé a zarandearlo con fuerza hasta que, al final, conseguí que abriera los ojos.

—¿Eres un espíritu? —preguntó con un hilo de voz.

—Soy Erik —gruñí.

—Pero... ¿qué hora es?

—¡Hora de despertarse! —respondí con la mejor de mis sonrisas—. Venga, toca el instrumento infernal ese tuyo, que tenemos que despertar a los chicos.

La mención de la gaita sacó a Sean de los vapores del sueño y, cogiendo el instrumento, se quedó parado en mitad de la habitación.

—¿Qué quieres que toque?

—¡La canción de la nieve! —respondí sin dudar.

—No tenemos.

—Bueno, pues la canción de ir a la nieve.

—Tampoco.

—Pues... Mira, no tenemos tiempo, toca la de los espíritus que esa sí que te la sabes bien.

No había terminado de decir mi frase cuando Sean ya se había puesto a soplar y a arrancar notas que llenaban cada rincón de Adonis House. La treta surtió efecto y mis compañeros no tardaron en aparecer. Algunos enfadados, otros curiosos y otros simplemente arrastrados por los demás fuera de su cama.

—¿Se puede saber qué narices pasa? ¡No hay ni sol!

—Amigos, ¡nos vamos a la sierra a ver la nieve!

—¿Te has golpeado la cabeza con algo? —preguntó Stefano rodeándome tratando de buscar síntomas de conmoción.

—La primera nevada de la temporada es una tradición con mis amigos del pueblo. Subimos a la montaña, hacemos una fogata y comemos S'Mores mientras suena «Snow», de los Red Hot Chilli Peppers. Este año no tengo a mis amigos del pueblo, pero os tengo a vosotros —dije poniendo mis manos sobre los hombros de Dase y Sean, que son los que tenía más cerca.

Creo que mi discurso los conmovió, o que era tan temprano que las neuronas de su cerebro aún no estaban completamente encendidas, el caso es que todos aceptaron. Cogéramos la furgoneta en la que transportaba a mis alumnos y subiríamos al monte a ver la nieve. ¡Iba a ser el mejor día de mi vida!

\*\*\*

Estaba siendo un día funesto...

Para empezar, mis compañeros tardaron una eternidad en estar listos. Cuando vi a Tane bajar con unos pantalones vaqueros y una sudadera creí que me iba a dar un ataque. Les tuve que dar una lección resumida de supervivencia en condiciones de frío extremo: las tres capas necesarias, la importancia de la lana y la necesidad de llevar calzado adecuado.

Una vez que tuvimos el vestuario listo, vino entonces la parte de acicalarse y, una cosa os diré, mis compañeros son de todo menos rápidos para ciertas cosas. Después de que Stefano pasara veinte minutos poniendo cada pelo en su sitio tuve que intervenir.

—¿Por qué tardas tanto tiempo con eso si te vas a poner un gorro?

El italiano me miró como si hubiera dicho alguna tontería.

—No pienso ponerme gorro, no me quedan bien. Por eso me estoy peinando.

—No, no, no, no puedo dejarte que subas a la nieve con la cabeza descubierta, es uno de los sitios por los que más calor perdemos. En serio, te vas a poner un gorro y no es discutible.

Supongo que mi corpulencia y el tono nada contento de mi voz acabaron de convencerlo de que, por una vez, la moda debía pasar después de la seguridad.

Tras lo que me parecieron años, mis compañeros al fin estuvieron listos. Ahora sí que sí ¡iba

a ser el mejor día de mi vida!

\*\*\*

No diré que era el peor día de mi vida, porque eso sería exagerado, pero que estaba siendo ampliamente decepcionante, eso seguro. Salimos de Madrid con las primeras luces del alba. Tane conducía la furgoneta por unas calles prácticamente desiertas a esas horas, en las que solo los camiones tardíos de la basura y los madrugadores de reparto compartían asfalto con nuestro vehículo.

Tras unos cuarenta y cinco minutos de carretera llegamos a la sierra y... Aquello fue la gran decepción. Yo me imaginaba una escena propia de una película de Disney: treinta centímetros de nieve virgen que crujía cuando la pisabas, árboles con las copas nevadas y puede que algún ciervo o un corzo dándose un paseo matutino reforzando la imagen invernal que yo había dibujado con detalle en mi cabeza. Sin embargo, me encontré con apenas dos centímetros de nieve que a duras penas bastaban para cubrir completamente el suelo, y se veían piedras y algo de tierra a través.

Pero, por lo visto, mi palpable decepción no se había contagiado a mis compañeros, que estaban entusiasmados. Solo Sean, más acostumbrado a climas más rudos que los otros, parecía algo desencantado. Yo salí del coche perplejo y desilusionado. Realmente pensaba que podíamos pasar la mañana haciendo un muñeco de nieve y enfrascándonos en una batalla de bolas, para resarcirnos de la derrota sufrida en el *laser game*. Pero nada de eso era posible viendo la débil cantidad de nieve que había caído.

—¡Esto es precioso! —dijo Stefano, parándose con los brazos en jarras y respirando profundamente—. Gracias por traernos a la nieve.

—Esto no es nieve —mascullé.

—Claro que sí, mira, es blanca, fría y ha caído del cielo. ¡Nieve!

Se alejó dando saltitos de alegría, y creo que agotó la capacidad de la tarjeta de memoria del móvil haciéndose *selfis* con ese sucedáneo barato de una buena primera nevada. Además de que me estaba muriendo de calor con todas las capas de ropa que me había puesto para protegerme del supuesto frío que iba a pasar.

—¡Cuidado! —gritó una voz detrás de mí.

Una bola informe de agua sucia y tierra pasó volando cerca de mi cabeza.

—Venga, chicos, vamos a hacer una batalla de bolas de nieve —sugirió Dase.

—Que eso no es nieve.

Tras la batalla en la que acabé participando por puro orgullo nórdico, nos hicimos unas cuantas fotos para el recuerdo. Cinco tíos vestidos como para escalar el K2 delante de unos árboles que estaban cubiertos por apenas unos cuantos copos.

—Vamos a tirarnos en trineo por esa colina —propuso Tane.

—Vamos a ver, no hemos traído trineo, y no creo que haya caído suficiente nieve como para que podamos deslizarnos por ningún sitio en esta zona.



—Por el trineo no te preocupes, he visto que puedes deslizarte igual con una bolsa de plástico puesta en el culo. Creo que llevamos varias en el coche.

—¿No estarás hablando en serio? —pregunté horrorizado.

—¡Por supuesto que sí! Vamos a pasárnoslo pipa en la nieve.

—¡Que esto no es nieve!

Un par de minutos después, ya lo tenían todo listo para lo que iba a ser un gran momento. Tane estaba en lo alto de un pequeño promontorio en el que se veían más rocas que nieve, Sean lo esperaba con el móvil en ristre listo para grabar la hazaña, mientras que Dase había puesto música dramática para darle solemnidad al momento.

Yo negaba en silencio, apoyado contra el tronco de un abeto. Cuando todo el mundo estuvo preparado, Sean dio la señal y Tane comenzó a deslizarse. O eso debería haber pasado. La realidad es que tuvo que empujarse con las piernas durante todo el trayecto pues, entre la poca nieve y su musculatura, lo de deslizarse suavemente colina abajo era poco menos que un sueño.

Pero lo peor vino cuando se puso de pie. Comenzó a dar saltos con los puños en alto como Rocky tras subir las escaleras y nos quedamos todos callados. Durante unos dos segundos, hasta que comenzamos a reír a carcajada limpia.

—¿Qué os pasa? ¿Ha ocurrido algo gracioso y yo no me he dado cuenta?

Cuanto más desconcertado parecía, más nos reíamos nosotros. Stefano se había tenido que sentar, yo estaba apoyado contra el árbol y Sean sujetaba a duras penas su móvil que no había parado todavía de grabar.

—Tane, ¿no notas un fresquito que antes no sentías? —preguntó Dase haciéndose cargo de la situación.

—Ahora que lo dices, sí que ... ¡La leche!

El maorí trataba de mirar por encima del hombro intentando alcanzar a verse las posaderas, que ahora estaban al descubierto para todos. Miraba horrorizado la bolsa de basura que estaba hecha jirones en su mano, al igual que el pantalón de chándal que había elegido para ese día.

Su cara de desconcierto nos provocó otro ataque de risa al que él se unió esta vez también. Me dirigí hacia él tendiéndole mi chaqueta para que se la anudara a la cintura.

—Ten, cúbrete eso antes de que tengamos un disgusto.

—Pero ¿y tú?

—Yo esperaba medio metro de nieve y temperaturas de menos veinte. Me estoy asando con lo que llevo puesto.

Tane se ató mi chaqueta para cubrir su trasero australiano y propuso que diéramos una vuelta por la zona. Pero entonces, el día dio otro paso más hacia el abismo de lo bizarro. Por la carretera que llegaba hasta el aparcamiento en el que nos encontrábamos, empezaron a aparecer vehículos como si huyeran de un ataque zombi. Coches, furgonetas, motos y hasta un autobús municipal estaban llegando como si vinieran de romería.

—¿Esta gente de dónde sale?

—Creo que ya se ha corrido la voz de que ha caído nieve en la sierra.

—¡Que esto no es nieve!

—¿Queda alguien ahora mismo en Madrid o están todos aquí? —pregunto Dase sacándonos una sonrisa.

Pero mi desconcierto llegó a su pleno apogeo cuando vi a una furgoneta de un conocido canal aparecer entre los demás vehículos. De ella salieron una reportera que iba ataviada como si fuera a pasar la noche en Siberia y un cámara. Tras dar una rápida ojeada calculando el mejor ángulo posible, la reportera, con paso enérgico, se dirigió hacia nosotros seguida de cerca por su cámara.

—Muy bien, Pedro, enfócame bien y que salgan los árboles nevados y la montaña detrás de mí —dijo a su compañero.

Comenzó a relatar la aventura que había supuesto la primera nevada de la temporada, que estaba siendo vivida por multitud de madrileños que, alentados por el hecho de que fuera en fin de semana, habían decidido dejarlo todo para subir a la sierra. En un momento dado, se dirigió hacia Dase que seguía haciéndose fotos, ahora con una hoja nevada.

—Buenos días. ¿Han llegado hace mucho?

—Pues llevamos aquí ya bastante rato.

—¿Y de dónde vienen?

—Yo soy etíope.

—Y yo australiano —respondió Tane, que se había sumado a la conversación con la reportera.

—Pues ya lo ven, queridos televidentes, la gente viene de todas partes del mundo para ver la nieve de Madrid.

—Que eso no es nieve —musité en un susurro.

La reportera despidió la conexión y aprovechó para hacerse varias fotos con los chicos. Yo me acabé uniéndome de mala gana. El día no estaba saliendo como tenía planeado en un primer momento. Pero aún quedaba lo peor. La carretera de montaña, que estaba desierta cuando habíamos subido, ahora estaba llena de coches, caravanas y autobuses que pugnaban por caber en la calzada.

Al poco de salir del aparcamiento, empezamos a ver coches aparcados en el arcén dificultando aún más el paso de los vehículos. Si para ir tardamos tres cuartos de hora, para volver a La Latina necesitamos de hora y media. Al menos habíamos pasado una mañana los cinco juntos y Stefano tenía varios miles de fotos para atestiguarlo.

Al llegar a casa, me encontraba algo abatido, así que fui directamente a darme una ducha, pues con la ropa que llevaba había sudado bastante. Al salir del baño, me encontré un cartel en el suelo con una sola palabra escrita en mayúsculas «salón».

Con la toalla alrededor del cuello, bajé los peldaños de dos en dos, pues me había picado la curiosidad. Al llegar a la sala común me encontré una estampa que no me esperaba. En la televisión habían puesto una imagen en la que se veía nevar a través de una ventana. En la

cocina, Stefano se las apañaba para calentar nubes de golosina en el fuego sin quemarse los dedos. Al llegar entre ellos, Dase me puso una mano en el hombro y me sonrió cómplice.

—Al final no hemos comido los S'Mores en el monte, así que hemos pensado que podíamos hacerlo aquí.

Casi se me saltaron las lágrimas de felicidad. Entonces, Tane sacó su móvil y «Snow» comenzó a sonar por toda la habitación. Nos apretujamos alrededor de Stefano, que calentaba la nube y la ponía junto al chocolate entre dos galletas. No era alta cocina, era simplemente algo que me recordaba a casa y a los amigos.

Y aquí estaba sintiendo precisamente eso, que estaba en casa rodeado de amigos.

Al final sí que fue uno de los mejores días de mi vida.

## Capítulo 34

Me sudaban las manos, bueno, en verdad me sudaba todo el cuerpo, creo que nunca en mi vida había estado tan nervioso por nada. Hoy era la noche en la que iba a recuperar a Rocío. O a conquistarla por primera vez, según se mire. Su amiga Olivia había ideado un plan que era entre disparatado y una locura total, pero que, precisamente por eso, me convenció desde el primer momento. Claro que no podía hacerlo solo, iba a necesitar bastante ayuda.

No solo de mis compañeros de Adonis Tours, sino de otro montón de gente a la que tuve meter en el jaleo, pero que, extrañamente, aceptaron sin dudarlo en cuanto los hice partícipes del plan. Así que, aquí estaba yo, vestido con el traje bueno que me obligaron Stefano y Dase a comprarme hace unas semanas para ir al recital de flamenco, esperando a que Rocío terminara su clase. Estaba escondido detrás de un contenedor de basura, lo cual quita algo de glamur a la estampa, pero es por un bien mayor, me recordaba cada vez que los efluvios del contenedor subían hasta mi nariz.

El momento llegó, Rocío salió acompañada de Olivia, y ese era mi pie para entrar en escena. Salí de las sombras y me dirigí con paso resuelto hasta las dos jóvenes.

—Buenas noches, señoras.

—Erik... —Rocío dejó la palabra en el aire, no habíamos vuelto a hablar desde el incidente del ascensor.

—Rocío, te presento a mi amigo Erik —dijo Olivia mientras me guiñaba un ojo.

—¿Tu amigo?

El desconcierto en el tono de voz de mi amada era más que palpable.

—Sí, trabaja con Tane, es el encargado de hacer los cursos de supervivencia, pero no solo eso, hoy tiene algo más que decirte. ¿No es así?

—Sí, sí, por supuesto. Dime, Rocío, ¿hace mucho que no vas a casa?

—¿A mi piso?

—No, tonta —respondió Olivia—, a casa-casa, ya sabes, a Sevilla.

—Bueno, pues... sí —respondió pensativa—, este mes no he podido, y el mes pasado tampoco porque mis padres tenían jaleo.

—Perfecto, porque no hace falta que vayas a Sevilla, te la hemos traído aquí. —Olivia se acercó a ella y le susurró—: No es lo que pensábamos que era, es de plena confianza. Dale una oportunidad, ¿vale?

La pelirroja dio un giro teatral y huyó de la escena dejándonos a Rocío y a mí frente a frente.

—¿De qué va todo esto?

Preguntó entre sorprendida y enojada con los brazos cruzados delante del pecho.

—Ven, te lo enseñaré.

Le ofrecí mi brazo, todo mi plan se basaba en que ella aceptara la invitación que le estaba haciendo, solo así lo entendería. Durante unos segundos que me parecieron eternos, se lo estuvo pensando, luego, asintió en silencio y pasó su brazo alrededor del mío. Ahora ya solo me quedaba llevármela de paseo por su tierra.

\*\*\*

Iba a ser una noche normal, cena en una pizzería con Olivia mientras criticaban a los hombres y arreglaban el país; nada sorprendente. Hasta que la puerta se abrió y vio a Erik con ese traje que le hacía parecer un James Bond nórdico. No pudo evitarlo y le dio un repaso de arriba abajo. «¿Es posible que estuviera más guapo que la última vez que lo vi?», se preguntó en silencio tratando de disimular. Se acercó a ellas y mantuvieron la conversación más absurda que se pueda imaginar, pero Olivia había dicho que no era lo que pensaban y que le tenía que dar una oportunidad. Así que, tras meditarlo unos instantes, aceptó el musculoso brazo que le tendía.

Al principio, sacar conversación fue complicado, estaba paseando por las calles del barrio con un noruego de casi dos metros sin saber a dónde la iba a llevar. Nada más que la presencia física de él a su lado hacía que le costara mantener la compostura.

—¿Te lo pasaste bien en Halloween? —preguntó él tratando de romper el hielo.

—Sí, bueno... No estuvo mal. ¿Y tú?

—La noche empezó regular, pero terminé durmiendo en un asilo de ancianos, les hice un baile de agradecimiento.

Rocío se paró en seco y lo miró a los ojos. Si Olivia tenía razón y no era miembro de un equipo de televisión, Erik tenía la vida más extraña que cualquiera se pudiera imaginar. Iba a decir algo, pero Erik le regaló una de esas sonrisas que era capaz de desarmarla y le dijo en un susurro:

—Primera parada —dijo mientras la guiaba por una callejuela que quedaba a su derecha—. Vamos a darnos un baño en Aire de Sevilla, ya sabes, los famosos baños árabes del barrio de Santa Cruz.

—Tienes que estar loco si piensas que voy a desnudarme en una tienda de campaña.

Él le sonrió de forma enigmática como única respuesta y la condujo hasta la primera parada de la noche. Llegaron a una pequeña plaza en la que habían montado una carpa como las que se utilizaban para concienciar sobre enfermedades o las que el Ayuntamiento ponía para la feria de asociaciones. Salvo que esta estaba cubierta por pesadas cortinas que impedían ver el interior.

Erik apartó una de las cortinas y la invitó a entrar. No sabía qué iba a encontrarse ahí dentro, pero desde luego no estaba preparada para eso. Estaban en una estancia minúscula en la que había velas de led por todas partes y una mullida alfombra cubierta de cojines cubría el suelo. En el centro, había dos sillas de plástico adornadas con telas multicolores. Música oriental salía de los altavoces que estaban disimulados en una esquina de la tienda.

—¿Nos sentamos?

Ella asintió en silencio y tomó asiento, no sabía ni qué decir.

—¿Qué es esto?

—Es un baño árabe, ya te lo he dicho. —Su sonrisa lo llenaba todo.

Estaba guapo a la luz de esas velas, se dijo sin poder contenerse. La cortina de la puerta se abrió y entró una mujer ataviada con una chilaba que traía varios dulces árabes en una bandeja. La dejó en la mesa y, antes de salir, le dedicó una mirada cómplice a Erik. Este sirvió el té para los dos y probó uno de los pastelitos. Mientras la mujer ponía en el suelo dos barreños que llenó con agua caliente, en los que Erik y Rocío metieron los pies.

—Es una versión reducida de los baños, a decir verdad. —Se le notaba azorado, pero el rubor que coloreaba sus mejillas le daba un aspecto casi infantil, y ella tuvo que hacer grandes esfuerzos para no quitarle esos colores a base de besos.

—No pasa nada, no soy una chica difícil.

—Sé que ha habido ciertos malentendidos entre nosotros —comenzó el vikingo—. Es verdad que mi vida está llena de momentos inexplicables, pero eso no significa que trabaje para la tele.

—¿Estás seguro? Esto parece uno de los exteriores de alguna serie de época.

—Eso es porque lo es —respondió él bajando la voz—, pero ya te contaré eso al final. ¿Te está gustando el té?

—Está buenísimo.

Dejó que su mirada vagara por la supuesta tetería, la verdad es que estaba bastante conseguida. Y los dulces eran una auténtica delicia, esa mezcla perfecta de almendras y miel que le recordaba a tantos momentos vividos en su ciudad natal.

—Olivia es la novia de mi amigo Tane, creo que la había visto alguna vez, pero no la recordaba, hasta el día después de Halloween que me senté a cenar con ellos y... Bueno, nos sirvió a todos para conocernos mejor.

Rocío asintió en silencio. No sabía cuánto le había contado Olivia. ¿Estaría al corriente de la pasión de la pelirroja por los juegos de rol? ¿Sabría lo que le había pasado a ella antes de venirse a Madrid? Estaba a punto de levantarse y salir corriendo de allí, no le gustaba sentirse vulnerable, y con Erik ese sentimiento nunca andaba demasiado lejos. Le daba la impresión de que con él podía dejarse llevar, pero al mismo tiempo, eso precisamente, le daba muchísimo miedo.

—No es que quiera meterte prisa, pero tenemos muchas cosas que hacer esta noche, así que términatelo y cógete algún pastelito para el camino, nos esperan cosas grandiosas.

Al salir de la caseta, el viento frío de la noche les golpeó en la cara, la verdad es que se estaba muy a gusto ahí dentro con la luz de las velas y la suave almohada bajo ellos. Era como estar en uno de los cuentos de Sherezade. Erik le tendió su brazo, que ella cogió de nuevo, y volvieron a pasear por el barrio.

—Ahora que ya hemos merendado, es hora de algo de cultura, así que, aquí vamos.

Tras callejear unos minutos, llegaron a otra plaza en la que habían puesto dos columnas con varias mesas de plástico, unas sobre otras. En lo alto de una de las columnas había un anciano ataviado con el traje de torero de Erik, aunque no le quedaba exactamente igual que a él. En la otra, una anciana vestida de cantaora con un mantón cruzado sobre los hombros.

—Supongo que sabes lo que representa esto, ¿verdad?

—Por supuesto, es el monumento a Chicuelo y a la Niña de los Peines.

—Exacto, joven, aunque ese torero no está haciendo el pase como mandan los cánones del toreo —respondió la anciana.

—Angustias, con la artrosis que tengo es casi un milagro que haya podido subirme a esta escalera.

—Cállate, ¿no ves que mi espectáculo está a punto de comenzar?

El anciano haciendo de Cristóbal Colón miró a Erik.

—¿Era necesario que fuera ella la cantaora? Podías haber elegido a cualquier otra de la residencia.

—¿Quién iba a convencer al dueño de que nos dejara salir a estas horas si no es su propia abuela? A veces dices unas tonterías, Andrés, que son agotadoras.

—Y tú te crees que eres la dueña del mundo solo porque...

Erik volvió a tenderle el brazo a Rocío, que lo cogió encantada, mientras se alejaban de los dos ancianos que seguían discutiendo sin percatarse de que su público los había abandonado.

—¿Estos son los de la residencia en la que dormiste?

—Exacto, son muy buena gente, aunque siempre están tirándose al cuello.

—Eso es porque se gustan, se nota a la legua que ese matador está coladito por la gitanilla.

Erik se rio de buena gana, la verdad es que podría ser... Tal vez Angustias y Andrés estaban destinados a encontrarse en esa residencia y acompañarse mutuamente al final de sus vidas. Era una idea bonita, saber que no hay edad para volver a enamorarse.

—Muy bien, espero que tengas hambre, porque ahora nos vamos de tapas.

—¿De tapas? ¿En Madrid?

—Que no estamos en Madrid, estamos... ¡en la calle Antillano Campos!

Y así fue, entraron al patio de un edificio donde habían construido con papel *kraft* y cartones balcones de los que colgaban geranios. Había un cartel de Cruzcampo hecho con cartulina que, por los trazos irregulares, se notaba que había sido realizado por escolares. Había una bufanda del Betis colgando de uno de los falsos balcones, y de fondo sonaban bulerías. En el centro del patio había varias mesas altas con taburetes, cogieron asiento en uno de ellos y vino un joven vestido de camarero para pedirles nota.

—¿Qué va a ser?

—Yo quiero una cerveza, ¿y tú?

—Venga, otra.

—Marchando dos Cruzcampos —dijo el joven antes de desaparecer en el interior del edificio.

Volvió al cabo de unos segundos con dos botellines y dos tapas de puntas de solomillo.

—¿Cerveza Cruzcampo? —preguntó con una ceja levantada antes de dar un trago—. ¿Y mi tapa favorita del bar Las Golondrinas? Me tienes impresionada.

Erik la miró con una sonrisa de esas que enarbolaba a veces y que la dejaban completamente desprovista de voluntad. Una sonrisa sincera, llena de ternura, pero que escondía un deje salvaje en su interior. Él se turbó al contacto con la mirada de ella. Los ojos de Rocío se le antojaban más verdes que de costumbre y sentía que eran capaces de captar la más profunda esencia de su alma.

—Bueno, como te iba diciendo —Erik notó de repente que se le hacía un nudo en la garganta y tuvo que dar un sorbo él también a su bebida—, en fin, que yo... Pues que yo no trabajo para la televisión, doy clases de supervivencia a asociaciones, colectivos o incluso particulares, pero ya está. En mi tiempo libre me gusta ahumar salmones, también me gusta pescarlos, pero aquí no puede ser. Ya te contaré en otro momento aquella vez que lo intenté y casi acabo arrestado por un agente de la ley que se llamaba Cristo. Odio la música de gaita, la odio de verdad, y todo por culpa de un escocés loco que vive conmigo y que ve fantasmas por todas partes, cuando solo son okupas. Sé que lo que digo suena inverosímil, pero es lo que soy.

Ella lo miró sonriendo antes de comerse un chanquete frito que le supo a gloria.

—Sí que es verdad que después de lo que has dicho tengo más preguntas que respuestas.

—Pues pregunta, no tengas miedo.

—¿Cómo has conseguido todo esto?

Miró a su alrededor abarcando la bufanda del Betis, las cervezas de su tierra y su tapa favorita del bar Las Golondrinas, que era su preferido cuando iba a casa.

—Tengo amigos —respondió el noruego encogiéndose de hombros.

—¿Ves?, ahora no parece que trabajes para la televisión, parece que trabajas para la mafia.

Erik se rio de buena gana y ella lo acompañó.

—Doy cursos a mucha gente, y, bueno, les caigo bien a muchos de ellos, así que, cuando les comenté mi plan, se apuntaron sin dudar. Uno de mis alumnos es asesor para espectáculos de época, y así es como saqué la carpa para la tetería, Angustias y Andrés son dos ancianos maravillosos que conocí en Halloween, y creo que las clases de educación plástica de varias escuelas infantiles de la zona se han dedicado en exclusiva a construir varios de los decorados que vas a visitar esta noche.

Ella soltó una carcajada.

—Eres un hombre con recursos, Erik Jakobsen.

—Y no has visto ni el principio —respondió con una sonrisa.

Sus ojos chocaron como hacen las olas con la orilla, como dos trenes por la misma vía, como dos corazones solitarios que por fin habían encontrado donde refugiarse.

—Venga, sigamos.

Al salir del patio, se abrió una puerta en una casa vecina y una señora de mediana edad le



tendió una bolsa mientras le guiñaba un ojo antes de volver a recluirse en el interior de su casa. De la bolsa, Erik sacó un gorro negro y un clavel reventón que le tendió a Rocío.

—Mejor que te lo pongas en el pelo, nos vamos de paseo por el parque de María Luisa.

Salieron de la callejuela y llegaron a un solar en el que el Ayuntamiento tenía previsto construir un centro médico que llevaba paralizado desde los años noventa. Allí esperaban una panda de chavales que habían enganchado una carretilla de obra a dos bicicletas. El manillar de estas estaba adornado con cartulina semejando las orejas de unos caballos.

—*Bjorn*, ¿qué pasa? —le preguntó uno de ellos vestido con el que debía ser su traje para ir a bodas y comuniones.

—¿*Bjorn*? —preguntó Rocío sorprendida.

—Significa «oso» en noruego, es una historia larga de contar —respondió Erik.

—De larga nada —otro de los chavales se les había acercado—. Aquí el amigo, en medio de una clase para enseñarnos a hacer fuego en Vallecas, se puso a gritar *bjorn* como si estuviera poseído y nos dio un susto de muerte.

Todos irrumpieron en una sonora carcajada.

—Por eso lo llamamos ahora así, bueno, por eso y porque por la pinta no parece precisamente un colibrí.

—Venga, menos cháchara y vamos a lo que hemos venido a hacer aquí, que este servicio de coche de caballos es el peor que he visto en mi vida —dijo el noruego con una enorme sonrisa.

Se sentaron como pudieron en la carretilla, que estaba pensada para llevar ladrillos a las obras y no para transportar a un gigante nórdico y a una belleza española. Salieron del solar y traquetearon por las calles de La Latina, que estaban adornadas con fotos y dibujos del parque de María Luisa.

—Tío, la banda sonora —soltó uno de los chavales dándole un golpe al otro en el brazo.

El aludido sacó del bolsillo de su chaqueta su móvil y puso una *playlist* con los éxitos de Los del Río y Raya Real, sin parar de pedalear. Llegaron ante un enorme mural que representaba la estatua de Gustavo Adolfo Bécquer, uno de los mejores poetas en lengua castellana, y uno de los lugares más románticos de toda Andalucía.

Rocío miraba embelesada el collage que combinada pintura, grafiti, telas y hasta trozos de revista. Se notaba que no había sido hecho por alumnos de primaria, sino por algún tipo de artista conceptual. Se quedó anonadada al pensar en la cantidad de gente que estaba metida en esta locura de plan únicamente para que Erik pudiera explicarle quién era realmente.

El recorrido terminó frente a una maqueta de la Plaza de España realizada por un club de modelismo en el que Erik había dado clases también. Se bajaron de la carretilla con el culo dolorido pero el alma contenta. En cuanto ellos descendieron, varios amigos de los cocheros que estaban esperando en las sombras salieron para aprovechar el invento. Hicieron vídeos y fotos que subieron a redes sociales con el hashtag «*lalatinatieneuncolorespecial*».

Esta vez fue ella la que le pasó el brazo alrededor del suyo sin que él se lo pidiera, cuando se

alejaban del improvisado coche de caballos; era la noche más rara de toda su vida, pero se lo estaba pasando de maravilla, eso era innegable.

—Me da miedo preguntar lo que tenemos ahora.

—Ahora vamos a entrar en un monumento que dejó a todos boquiabiertos por salir en Juego de Tronos y que no es otro que...

—¡El Alcázar!

—Exacto, pero aún nos queda un trecho para llegar, mientras, háblame de ti, ¿cómo pudiste creer que trabajo para la tele? Además, ¿no era más fácil preguntármelo? —Rompió a reír con una de esas carcajadas suyas que recordaban glaciares rompiéndose y cayéndose al mar.

—Pues, no sé...

—Tenemos un dicho en mi tierra: «si dudas, es porque ya sabes la respuesta».

Un espeso telón de silencio cayó entre ellos, Rocío buscaba las palabras, no sabía si contar la verdad la dejaría en una posición vulnerable o si, por el contrario, liberarse de los recuerdos la haría más fuerte.

—Hace años me rompieron el corazón —comenzó con un susurro, pero poco a poco fue ganando confianza—. Cuando sufrí el accidente esquiando, me quedé varias semanas en casa con la pierna escayolada, en aquella época yo estaba viviendo con alguien y me insistió bastante en pasar la convalecencia en casa de mis padres. Me dijo que, como mi madre era ama de casa, podría ocuparse mejor de mí, mientras que él se iba a trabajar cada día y yo me quedaría inmóvil y sola todo el día en casa si seguía en nuestro piso.

Paró durante unos instantes su narración para coger fuerzas. Tragó saliva y miró a Erik, sus iris azules la acompañaban.

—Lo que decía sonaba perfectamente normal, él venía a verme cuatro o cinco veces a la semana, cenaba conmigo y se iba luego a nuestro piso. Yo no sospeché nada. Cuando me quitaron la escayola, me planté en nuestro apartamento sin avisar, quería darle una sorpresa, pero la sorpresa me la llevé yo... La mesa estaba puesta para dos con un ramo de rosas esperando sobre mi asiento. Me lancé a sus brazos agradecida, pensé que mis padres le habrían dicho que hoy me quitaban la escayola y él quería darme una sorpresa.

Erik puso una mano sobre su hombro. Un gesto que decía, *sé lo que viene a continuación, y no es necesario que lo cuentes*, pero ella cerró los ojos un instante y continuó.

—Su cara de susto me tendría que haber dado alguna pista, pero yo estaba tan contenta de recuperar algo de mi antigua vida que no le di importancia. Acababa de hablar con el fisioterapeuta del hospital, que me dijo que podría volver a bailar, pero no al nivel de antes, mi carrera como profesional estaba acabada, pero al menos tenía al mejor novio del mundo. O eso pensaba yo. Porque mis castillos en el aire se cayeron en pedazos cuando sonó el timbre de la puerta y una de las compañeras de trabajo de mi novio apareció embutida en un vestido de licra rojo. Su cara de desconcierto tuvo que ser igual que la mía, de repente entendí muchas cosas: que se fuera a la cocina para mandar mensajes, su insistencia por que me fuera a vivir con mis

padres, las horas extra en la oficina...

—Voy a matar a ese desgraciado —dijo Erik apretando los puños.

—No, ya no es nadie para mí. Pero ese miedo a ser traicionada de nuevo siguió latente en mi interior, por eso cuando te conocí y sentí..., bueno, sentí que había una increíble conexión entre nosotros, busqué alguna excusa para... Pues para que no fueras perfecto. Así que lo del *reality show* tenía sentido en mi mente, era una manera de alejarte, de que no fueras bueno para mí.

Erik estaba a punto de responder, pero un joven con una gorra del revés y varios piercings en una oreja empezó a hacerles gestos desde el final de la calle.

—Ya era hora, tronco, pensaba que os habíais perdido —dijo a modo de saludo antes de chocar los cinco con Erik—. Es por aquí.

Tras saludar a Rocío rápidamente, los condujo al interior de un piso de estudiantes, se notaba por el olor a calcetines húmedos y a pasta con tomate. Rocío miraba desconcertada el apartamento, la noche estaba siendo mágica, pero ahora acababa de virar hacia algo mucho más lúgubre. ¿Y si la secuestraba y la obligaba a hacer cosas guarras por la webcam? «¡Basta, Rocío!», se conmino en silencio. «Erik no ha hecho más que portarse como un caballero, y tú, por miedo, no haces más que alejarlo de ti. Dale una oportunidad, se la merece».

Entraron en lo que ella supuso que era el cuarto del chico, que estaba en penumbra. Tres monitores con diferentes orientaciones ocupaban una gran mesa de escritorio, había un sillón de *gamer* y multitud de accesorios como *joystick* y volantes para videojuegos. El chico se sentó a la mesa y se puso a teclear de forma frenética. Cuando estuvo satisfecho, se volvió hacia ella tendiéndole unas gafas de realidad virtual.

—Toma.

Rocío las miró arrugando la nariz, pero obedeció. Al principio le dio miedo encontrarse a oscuras en el piso de un desconocido, pero entonces las gafas se iluminaron... ¡Ahí estaba! La entrada del león, la puerta de entrada al palacio real más antiguo de Europa, en el que se mezclan el arte islámico y el cristiano con gracia y elegancia.

Rocío soltó una exclamación.

—¡Es... es increíble!

—Aún no has visto nada —le dijo Erik al oído.

La imagen cambió y Rocío sintió que estaba frente a la portada del Palacio Mudéjar o de Pedro I, con sus columnas, sus arcos y su estilo tan marcadamente andalusí. Iba pasando estancia tras estancia como si realmente estuviera allí. Se paseó por el Patio de las Muñecas, y admiró lo ostentoso y ricamente decorado que estaba el Salón de Embajadores. Daba igual cuántas veces la viera, la cúpula dorada de ese salón siempre conseguía cortarle la respiración. Recorrió el Palacio Gótico hasta llegar a su parte favorita del Alcázar: los jardines. Disfrutó del paseo a la sombra de las palmeras y los árboles que se erguían vigilantes a cada lado de los caminos de baldosas. El rumor del agua cayendo en las fuentes era como un bálsamo tranquilizador, algo que la conectaba con su tierra. Se recreó en los balcones, las terrazas y alargó la mano tratando de tocar

el agua que discurría gozosa por los caños de las fuentes.

Cuando la imagen se apagó definitivamente, necesitó de unos segundos para darse cuenta de que su visita había terminado. Se quitó las gafas de realidad virtual con los ojos empañados por las lágrimas. Se lanzó a los brazos de Erik para darle un abrazo.

—Oye, que la visita la he programado yo —protestó el joven, y se llevó una dura mirada por parte del noruego—. Pero ya me callo y os dejo solos.

—¿Te ha gustado?

Ella no respondió, seguía con la nariz pegada contra el pecho de Erik, oyendo cómo su corazón latía bajo la camisa. Solo acertó a asentir sin despegar su cara del poderoso torso.

—Pues entonces, debemos seguir, todavía nos quedan un par de cosas.

—¿Hay más? —preguntó ella separándose al fin.

—¡Por supuesto!

Se despidieron del joven y abandonaron el edificio para dirigirse a una calle arbolada. De repente, empezaron a caer copos de falsa nieve sobre ellos.

—¡Vaya! Parece que nieva —dijo Erik con una sonrisa.

Cuando Rocío dirigió la mirada hacia las copas de los árboles, vio a dos personas encaramadas a ellos que iban soltando bolitas de corcho que se asemejaban a copos de nieve.

—¿Pero...?

—Cometí el error de enseñarles a subir a los árboles para esconder la comida de los osos, y buscaban cualquier excusa para poner los conocimientos en práctica. —Una amplia sonrisa llenó su rostro—. Vamos paseando por Sevilla mientras nieva. ¿No te parece mágico?

—Pues sí, creo que la última vez que nevó en Sevilla fue hace ochenta años o algo así.

Rocío no solo cogió su brazo entre el de Erik, sino que se pegó más a él, le gustaba el tacto cálido del noruego.

—Bueno, creo que ya lo hemos hecho todo, ¿no?

—Todo no —respondió Erik.

—¿Qué toca ahora? ¿La catedral? ¿La Giralda? ¿La Torre del Oro? ¿El Estadio del Betis?

—¡Dios! Me he dejado muchísimas cosas por visitar —respondió Erik algo contrariado.

—No, no, te juro que está siendo perfecto.

Ella se sentía un poco avergonzada, él le había preparado una noche mágica y ella solo había sido capaz de recordarle lo que faltaba. El bochorno le impidió hablar durante unos minutos.

—Bueno, pues ya hemos llegado. Ahora vamos a visitar, ni más ni menos, que el barrio de Triana.

Se habían parado en frente de uno de los teatros de La Latina. En este en concreto, una de las mejores compañías de flamenco de España estaba dando un espectáculo. Rocío había querido ir con sus compañeras, pero los precios eran prohibitivos y, además, las entradas llevaban meses agotadas.

—Es imposible que tengas entradas para este sitio.

—Bueno... Conozco a alguien —respondió con una sonrisa.

Dieron la vuelta al teatro hasta situarse en una de las puertas de emergencia que daba a una calle lateral. No habían tenido tiempo apenas de llegar cuando esta se abrió y un hombre de mediana edad salió en su busca.

—Rápido, que no os vean —les dijo mientras les hacía gestos para que entraran al interior del teatro.

Pasaron una hora entre bambalinas disfrutando de un espectáculo como Rocío no había disfrutado en mucho tiempo. No pudo evitar soltar algún que otro *olé*, que se le saltaran las lágrimas en determinados momentos y enrojecerse las manos a fuerza de aplaudir cuando la obra hubo terminado.

Cuando salieron del teatro, ya era noche cerrada. Rocío tenía una sensación de irrealidad, este gigante noruego había movilizadado a media ciudad para traerle la suya hasta Madrid. Jamás hubiera imaginado que algo así fuera posible. Si le contara esta noche a alguien, también pensaría que formaba parte de un *reality*, porque todo lo que había sucedido era completamente mágico.

Cuando llegaron a la boca del metro, Erik se quedó parado, expectante, como había hecho las veces anteriores.

—¿Te ha gustado?

—No tengo palabras. Ha sido lo mejor que ha hecho nunca nadie por mí.

—Esto es solo el principio, si me das una oportunidad te haré sentir como una sultana todos y cada uno de los días que me quedan de vida.

Sus ojos. ¡Ay! Esos ojos azules que la llamaban como las sirenas al navío de Ulises y que ahora le pedían que confiara en él. Rocío no respondió, o al menos no lo hizo con palabras, dejó que su cuerpo tomara las riendas y contestara por ella. Se puso de puntillas para besar a Erik. Él le devolvió el gesto con una ternura infinita. No era el arrebato de pasión del ascensor, era una promesa de amor eterno.

Cuando se separaron, ella le cogió de la mano.

—¿Me acompañas a casa?

Él le respondió primero con una sonrisa y luego con otro beso que escondía más pasión. Rocío se dio cuenta de que lo del ascensor no fue ni un aperitivo y que esa noche iba a dormir poco.

## Capítulo 35

Una tenue luz entraba por los agujeros de la persiana inundando la habitación de un suave resplandor. Estaba tumbado de lado, frente a esa ventana que me permitía admirar el delicado perfil del cuerpo de Rocío. Bajo las sábanas, todo era piel tersa y curvas perfectas, y yo me estremecí de satisfacción pensando en que había podido degustar su cuerpo la noche anterior.

Mi plan para conquistar su corazón había surtido efecto y pude demostrarle el hombre que era realmente: un chico de pueblo enamorado hasta las orejas de una bailaora que, no solo era ardiente en el escenario, sino también fuera de él.

Mis ojos recorrieron su cuerpo y pude apreciar la cicatriz que, de un color más claro, marcaba el lugar por dónde se había roto la pierna esquiando. Esa cicatriz significaba para Rocío el final de su carrera como bailarina profesional, pero, sin ese momento, nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. Sabía que era un pensamiento egoísta, pero agradecía el instante en el que la vida había permitido que mi sendero me condujera hasta Rocío.

Ella se revolvió en las sábanas y abrió los ojos lentamente. Su mirada chocó con la mía y le devolví una sonrisa, agradecido. Era perfecta. Preciosa, valiente y llena de pasión. Deposité un beso contra su frente y ella acercó su cuerpo desnudo al mío. Mi mano se deslizó sobre su cadera, sintiéndola caliente al tacto. Ella puso una mano sobre mi pecho y comenzó a jugar con el vello que lo cubría.

Mi cuerpo reaccionó a sus caricias y noté como una potente erección se abría paso entre mis piernas. Ella me miró con las pupilas dilatadas y una sonrisa que indicaba que no íbamos a salir de la cama en toda la mañana.

La noche anterior nos habíamos amado como dos náufragos sedientos que han encontrado por fin una fuente de agua. Sus caricias me quemaban la piel, sus besos eran ardientes y aún llevaba en mi espalda las marcas de sus uñas. Había sido un sexo salvaje, atropellado, producto de los meses de intenso deseo que se veían por fin recompensados. Todavía sentía sus mordiscos en mi piel y su olor inundando mis sentidos.

Ahora tenía previsto que fuera distinto, me iba a tomar todo el tiempo del mundo, iba a hacerla gozar como nunca antes nadie lo había hecho y conseguiría que volviera a gritar mi nombre cuando llegara al clímax. Pero, si quieres hacer reír a Dios, solo tienes que contarle tus planes, que dice el dicho, porque cuando ya me estaba incorporando sobre un codo para ponerme encima de ella, oímos unos golpes en la puerta del piso. Tras unos segundos de desconcierto, volví a concentrarme en mi amada, pero los golpes volvieron con renovada insistencia. Miré a Rocío a los ojos con resignación, la magia del momento había desaparecido por completo.

—Será mejor que vaya a ver qué está pasando, a lo mejor hay un incendio y tenemos que evacuar el edificio.

—No huelo a humo.

Respondí mientras veía como mi diosa particular abandonaba nuestro lecho y se ponía un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga. Yo comencé a vestirme entre gruñidos de desagrado. Como no me había llevado más ropa que la puesta, salí de la habitación con la camisa blanca y el pantalón de lana fría con el que me había vestido la noche anterior. Iba a preguntarle a Rocío por el origen de los golpes cuando vi a Tane y a Olivia sentados a la mesa de comedor con una gran sonrisa en los labios.

—Te voy a matar —susurré tan bajo que solo el maorí me escuchó decirlo, pero en vez de sentirse amenazado, me respondió con una gran sonrisa.

—¡Hemos traído churros! —dijo sin perder su buen humor.

Yo estaba cabreado, pues pensaba hacerle el amor muy lentamente a Rocío, tanto, que no pensaba salir de la cama en toda la mañana, y ahora me encontraba a la mesa con uno de mis amigos y su novia. Y a pesar de mi enfado, los efluvios que salían del cono de cartón que habían depositado en la mesa estaban haciendo que me replanteara mi enfado. De todo lo que había comido en España, había dos platos que me traían loco: la fabada y los churros.

—¿Qué tal anoche? —preguntó Olivia aleteando las pestañas de forma nada discreta.

—Anoche muy bien, esta mañana no va como yo tenía planeado —repuse cruzando los brazos delante del pecho como un niño pequeño enfadado.

—Eso es porque te falta azúcar, anda, cómete un churro que ya verás como se te pasa lo que sea que tienes —respondió Tane, mientras me ponía una de las creaciones de masa frita delante de la nariz.

No nos engañemos, no se puede estar enfadado mucho tiempo con la gente que te trae churros para desayunar. Así que di buena cuenta del que me había tendido mi amigo y noté como la esponjosa masa bajaba por mi garganta haciendo que mi día fuera instantáneamente mejor.

—He hecho café —dijo Rocío, que vino de la cocina con la cafetera en la mano—. Es descafeinado porque es lo único que tenía en casa. Las cosas serían distintas si hubiera sabido que iba a tener invitados... —dijo con toda la intención mirando a Olivia, que se parapetó detrás de su taza—. Bueno, ¿a qué debemos tan ilustre visita?

—Queríamos saber si el plan había funcionado —respondió la pelirroja sin poder ocultar su entusiasmo.

—¿Y no podíais haber esperado a que os lo contáramos nosotros? Mañana y eso...

—¿Y perderme la cara de sorpresa que has puesto cuando me has visto? —preguntó Tane, dándome un golpe en la espalda con su manaza.

—Bueno, qué, dadnos detalles. Queremos saberlo todo, salvo los detalles guarros, esos podéis guardároslos para vosotros y la docena de chiquillos que seguramente vais a tener —enfaticó Olivia sin poder ocultar su entusiasmo.

Di un bocado al churro, un sorbo al café y un largo suspiro, y comencé a relatarles la noche anterior. Yo me quedaba en los aspectos técnicos, quién, cuándo y cómo, mientras que Rocío añadía las emociones. Lo que sintió al ver el Alcázar en realidad virtual, el paseo en carro por el parque de María Luisa, y la emoción de ver un espectáculo en barrio de Triana.

Tane y Olivia nos escucharon extasiados. En un momento dado, la pelirroja le dio la mano por debajo de la mesa a Tane en un gesto cómplice, creo que nuestra historia les había emocionado de verdad.

—Pero la historia hubiera sido la misma mañana —insistí mirando a Tane fijamente, pero él no se dio por aludido.

—Pues yo creo que ya hemos terminado aquí —dijo el maorí—. Solo queríamos saber si todo había ido bien porque...

—Porque fue un poco culpa mía que Rocío pensara lo del *reality show* —atajó Olivia—, así que, si ella te perdona, es como si me perdonara a mí por haber metido tanto la pata.

Las mejillas de Olivia alcanzaron el mismo tono rojizo que su cabello, y Rocío, viéndola tan azorada, no pudo evitar levantarse para darle un abrazo.

—Ha sido perfecto, una noche mágica...

—Que íbamos a rematar con una mañana mágica hasta que alguien decidió interrumpirnos —volví a mirar a Tane, que seguía ignorándome voluntariamente. Ya me vengaría de él cuando tuviera la oportunidad en Adonis House.

—No te quejes, que no te pega nada —dijo Rocío, que se separó del abrazo de su amiga para sentarse en mi regazo—. Además, han traído churros.

—Pero se les ha olvidado el chocolate —añadí.

Los invitados inesperados se levantaron para marcharse y Rocío los acompañó a la puerta para despedirse. Yo los saludé sin moverme de la silla, no porque fuera un maleducado, sino porque sentir a Rocío sentada sobre mis muslos me había provocado una tremenda erección que no tenía ganas de compartir con mis amigos.

Cuando ella volvió, se sentó de nuevo en mi regazo, pero esta vez lo hizo mirándome, con sus piernas alrededor de mis caderas. Estaba tan cerca que su aliento y el mío se mezclaban y no me pasó desapercibido un grano de azúcar que se le había quedado pegado en la comisura del labio. Extendí la mano para quitárselo pero, pensándomelo mejor, la bajé hasta su cadera y le limpié el azúcar con la punta de la lengua.

Noté como se estremecía al mismo tiempo que yo me levantaba con ella en brazos y la llevaba hasta la encimera de la cocina.

—¿En serio? ¿En la encimera?

No respondí, mis labios comenzaron a trazar el arco de su cuello perdiéndome en el espacio entre sus clavículas. El cuello de la camiseta estaba siendo un impedimento y se la quité de forma suave, dejando al descubierto dos senos perfectos coronados por dos pezones puntiagudos. Sin dejar de besarla, fui descendiendo hasta que atrapé uno de sus pezones entre los labios y lo



lamí y lo mordisqueé hasta que noté como ella arqueaba la espalda de placer.

Me cogió la cara entre las manos desviando mi atención de sus pechos para concentrarme en su mirada. Sus ojos refulgían con fuerza y tenía las pupilas dilatadas. Me levanté para quedar a su altura y la besé, muy muy lentamente. Iba a pasarme toda la mañana haciéndola gemir de placer. Era lo único que tenía en mi agenda ese día. La cogí en brazos y la llevé al dormitorio; para lo que tenía pensado hacer, era mejor estar confortablemente instalado, ya lo haríamos en la encimera en otro momento.

## Epílogo

**H**abía pasado más de un año desde que conseguí conquistar a la bella Rocío metiendo en el jaleo a todo aquel que conocía en la capital, pero el resultado había merecido la pena y no me arrepentía de haber pedido tantos favores.

La había convencido para que me acompañara a pasar unos días en mi pueblo, quería enseñarle de dónde venía y por qué era tan importante para mí estar de vez en cuando al aire libre. Habíamos decidido ir en marzo, aunque no sin antes hacer una visita al Decathlon para que se equipara correctamente.

Recuerdo su cara cuando le dije que tendría que ponerse ropa interior térmica, pensaba que estaba bromeando, pero en cuanto puso un pie en mi tierra se dio cuenta de que hablaba completamente en serio. Creo que vamos a visitar a mi familia sobre todo en verano, no veo a Rocío viniendo a verlos en lo más crudo del invierno. Sería capaz de salir con un edredón puesto por encima de toda la ropa de abrigo.

Así que, aquí estamos, hemos pasado ya cuatro días en compañía de mis padres y de uno de mis hermanos, el que es guía de alta montaña, que ahora tiene menos trabajo. Las jóvenes del pueblo, bellezas nórdicas al uso de pelo rubio y tez pálida, se quedaron sobrecogidas al verme de la mano —enguantada— de una muchacha de piel morena con el pelo de color de ala de cuervo. A pesar de las diferencias evidentes, me dije que Rocío pegaba bastante bien en aquellas montañas, las dos tenían una belleza salvaje, indómita, que yo nunca sería capaz de dominar.

Mis padres se quedaron anonadados cuando Rocío decidió deleitarnos un día con una paella. La conversación con ellos era en inglés o utilizándome a mí de traductor, pero en aquel momento, conquistó el corazón de todos los Jakobsen presentes. Mi madre alababa mi buen gusto en mujeres y mi hermano no podía quitarle el ojo, por lo que tuve que llamarlo al orden en un par de ocasiones.

Rocío salió un día a pasear por el bosque con mi padre, no sé de qué hablaron, ni siquiera sé si pudieron hablar de algo, pues mi padre no habla español y el inglés de Rocío no es gran cosa, pero volvieron y se sentaron juntos frente a la chimenea como si fueran dos viejos amigos que acababan de volver de una excursión.

Parece que encaja perfectamente con los míos y eso me deja mucho más tranquilo. Por mucho que yo fuera un hombre independiente, el hecho de que Rocío y mi familia no llegaran a entenderse hubiera sido un golpe a nuestra relación, pero en eso también es perfecta. Es tan de Noruega como yo lo soy de España.

Cada mañana dejábamos a mi familia y nos íbamos nosotros solos a explorar la región que

me había visto crecer, y a la que ahora volvía para mostrarle a la Naturaleza que no la olvidaba, y que había aprendido a encontrar mi camino. Nos calzábamos las raquetas de nieve y explorábamos varios de los rincones que para mí eran más mágicos de los alrededores, aunque nos tocaba volver a casa pronto, pues aún teníamos pocas horas de luz.

Cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería pasar.

Esa noche íbamos a ver auroras boreales. Molde no está tan al norte como otras poblaciones que son tomadas al asalto por turistas en esta época del año buscando la foto perfecta. Yo no necesitaba esa perfección, pues estaba sentado al lado de ella.

Bajamos a la playa de la universidad, que es una zona bastante tranquila, alejada de la ciudad y, por lo tanto, donde no habría luces que pudieran influir en la vista de ese maravilloso fenómeno natural. Llevaba dos sillas plegables, varias mantas y un termo de chocolate que mi madre nos había preparado —ya os dije que soy un auténtico niño de mamá.

Y ahí estábamos nosotros, disfrutando del espectáculo. En esta zona no había tantas como en Tromso, aquí era más como salir a ver las Perseidas: estabas un rato mirando al cielo, y de vez en cuando aparecía alguna. Iluminando la noche y llenando el cielo de ese brillo irreal que parece sacado directamente de un cuento de hadas.

Cuando las partículas cargadas provenientes del sol chocan con la magnetosfera y el campo magnético que rodea la Tierra las desplaza hacia los polos, allí quedan atrapadas y, al colisionar con los átomos de oxígeno y nitrógeno, producen esas luces tan características. En Noruega, como en el resto de países escandinavos, las llamamos Luces del Norte, y hay cientos de leyendas en torno a ellas.

Tener la oportunidad de verlas en directo es una experiencia sobrecogedora, cuando el cielo se ilumina de noche con tonalidades verdes, azules y violetas. Sabía que a Rocío le estaba gustando, pues cuando había alguna especialmente brillante cogía mi mano y me la apretaba con fuerza.

Así que me dije, «este es mi momento». Hinqué la rodilla en la nieve, saqué una cajita que contenía un anillo del bolsillo de mi chaquetón y me puse a declamar mi amor.

—*Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela, no corta el mar, sino vuela un velero bergantín. Bajel pirata que llaman por su bravura el temido...*

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella con cara de asombro.

—Te estoy declarando mi amor.

—¿Con la «Canción del pirata»? —Su asombró mudó en incredulidad.

—A ver, he leído que Espronceda era un autor romántico, y eso es lo que soy yo... ¡Un romántico que quiere conquistar tu corazón!

Rocío se echó a reír, pero no una risa normal, sino una en la que se le saltaban las lágrimas y casi se cae de la silla plegable por culpa de las carcajadas. Ni qué decir tiene que yo me estaba riendo bastante menos.

—Eres muy buena persona, pero a veces no te enteras de nada. Los románticos buscaban la

libertad, la belleza y la justicia. No me parece lo mejor para declararse una poesía sobre un pirata condenado a muerte... Porque te estabas declarando, ¿no?

Me quedé sin saber qué decir. A mí también me sorprendió la temática de la poesía, pero supuse que sería algo normal entre españoles, una tradición que no entendemos los demás, como comer uvas en Nochevieja o cenar a las nueve de la noche.

—Sí, Rocío, claro que me estoy declarando. Estoy de rodillas con un anillo en la mano, con la aurora boreal de fondo y recitando una poesía.

La miraba con intensidad, y ella me devolvió la mirada divertida. Por lo visto, toda esta situación le parecía hilarante.

—¿No piensas decir nada? —pregunté temeroso, pensaba que lo nuestro era una relación sólida, pero a lo mejor ella no opinaba como yo.

—No me has preguntado nada —respondió con una sonrisa—. De hecho, solo has hablado de cañones y veleros.

—Rocío, eres la mujer más increíble que conozco, lo supe desde el día en el que te vi por primera vez en la clase de baile. Desde aquel momento, solo he querido ser mejor para poder estar a tu altura, aunque creo que nunca lo conseguiré. Eres fuerte, valiente, eres la pasión hecha mujer, y yo soy solo un pálido reflejo de un hombre cuando estoy a tu lado. Todavía no me creo la suerte que tengo de tenerte conmigo, pero eso no quita que lo siga intentando para merecerte algún día. Por eso, aquí, en mi tierra, bajo la bendición de las Luces del Norte, ¿quieres convertirte en mi esposa?

Mientras iba hablando, el tono divertido de Rocío fue cambiando. Primero se puso seria y luego pude ver como el brillo de las lágrimas asomaba a sus preciosos ojos verdes. Antes de que pudiera terminar la pregunta, se lanzó a mis brazos, y menos mal que soy un hombre fuerte porque, de otra manera, hubiéramos acabado los dos en el suelo.

—Sí, sí, sí.

No me dio tiempo a decir nada más pues sus labios estaban contra los míos, sellando con un beso nuestro compromiso.

—Ven, ponte el anillo —le dije mientras ella se sacaba el guante impermeable.

—¡Madre mía! Es precioso, Erik.

No tenía ni idea de qué elegir como anillo. Una alianza me parecía insípido, ni me imaginaba a Rocío con un pedrusco de esos que tanto les gustan a los famosos de Hollywood. Había sido un tema bastante peliagudo, de hecho, pensé en declararme sin anillo, o con uno hecho de ramitas y hojas, que me representaría bien. Hasta que una tarde, saliendo a pasear por el pueblo, vi en el escaparate de un artesano local una pieza preciosa: de plata, bellamente trabajado formando espirales que recordaban a las auroras boreales, y supe que sería perfecto. Un anillo que representara la fuerza de la naturaleza, como la que ella desprendía en cada uno de sus actos.

Me senté en el suelo, los dos íbamos con ropa de nieve y a mí me gustaba el contacto con la tierra, ella se sentó entre mis piernas y nos tapamos con una manta. El cielo cambiaba cada pocos

minutos de tonalidad, pero yo no lo miraba, tenía un espectáculo muchísimo mejor a tan solo unos centímetros.

Porque, como dijo el gran Bécquer, *«el espectáculo de lo bello, en cualquier forma en que se presente, levanta la mente a nobles aspiraciones»*.

FIN

## Agradecimientos

Hay momentos en la vida que te la cambian, a pesar de que tú no seas consciente de ese cambio a primera vista. Uno de esos momentos increíbles fue cuando, en el Encuentro Selecta de 2019, nos juntamos cinco escritoras para proponer la que sería la nueva serie de comedia del sello. De aquel encuentro salieron las Ebrias de Amor, que, además de ser una serie de novela divertidísima, también es un grupo de Facebook en el que las lectoras han pasado a ser auténticas amigas.

Tras aquella increíble experiencia, vino una segunda: nuestra querida Ava abandonaba el proyecto, pero se nos unía Ruth M. Lerga, que fue madrina de las Ebrias. Agradezco enormemente a Lola Gude (que los que me leéis y llegáis hasta aquí ya sabéis que es la mejor editora del mundo) el haberme dado la oportunidad de unirme a ese grupo de escritoras increíbles. Por supuesto, gracias a Ana Álvarez, Isabel Jenner, Sandra Bree y Ruth M. Lerga, que son mucho, pero mucho más que compañeras de editorial, son amigas. Sé que os puedo contar cualquier cosa, sobre todo cuando tiene que ver con «contratiempos» y «formas de eliminar el gafe de ciertas prendas de ropa». ¡Sois las mejores y es un honor trabajar con vosotras!

Gracias a mis padres, una vez más. Por defender la literatura romántica como un género en sí mismo y sentirse orgullosos de lo que hago. Su apoyo siempre me ayuda a seguir adelante, incluso en esos momentos en los que no te apetece.

Gracias a Tamar y Sofía, lectoras cero, amigas, hermanas, compañeras de aventuras y mucho más. Mi vida sería muchísimo peor si no os hubiera conocido.

Gracias a la Tiger Team: Johan, Joann y Alice, sois fantásticos y, sin vosotros, yo sería una personita mucho más triste y gris.

Gracias a Quevedo, a Lope, a Calderón, a Góngora, a Rosalía de Castro, a Bécquer, a Espronceda y tantos y tantos escritores españoles que han dado forma a nuestra literatura convirtiéndola en una de las mejores del mundo. No sería quien soy hoy sin haberlos leído y haber disfrutado del placer de perderme en sus escritos.

Y gracias, una vez más, a ti, querido lector, por haber llegado hasta aquí, por acompañarme una vez más en otra de mis aventuras y por haberme hecho merecedora de tu confianza.

Nos leemos en la siguiente novela.

Si te ha gustado  
*Un noruego valiente para  
una bailaora ardiente*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Un escocés despistado para  
la chica de al lado*  
de Sandra Bree



## Prólogo

Vengo de Inverness, en Escocia. Bueno, más bien de un sitio muy cercano que niquiera aparece en los mapas. De hecho, el señor Google, cuando le pregunto mi dirección —porque sí, lo he hecho en alguna ocasion. Me gusta charlar con Google y a veces hasta discutimos— me dice que no existe.

Me llamo Sean McArthur, y en otro tiempo mi clan fue muy poderoso. «Los guardianes de Escocia». En cambio, ahora estamos todos muy desperdigados. Tanto, que no sé ni dónde viven más de la mitad de mis parientes. ¡Pero para el caso que hacemos...! Tenemos un grupo de WhatsApp —¿qué familia no lo tiene?— y ahí cada uno ve los mensajes cuando le sale de la gaita. Y hablando de gaitas, ahora que he sacado el tema, soy fan, muy fan de tocarla.

Si hay algo que tengo muy claro en esta vida es que la mujer que me quiera a mí debe de querer a mi gaita. ¿Por qué digo esto? Pues porque a la última que le dije —me había enamorado de verdad— que la amaba tanto como a mi gaita, se enfadó y no volvió a hablarme nunca más. Supongo que se puso celosa y por eso no quiso saber nada más de mí.

Reconozco que lo pasé muy muy muy mal cuando se marchó. Fueron un par de horas bastantes jodidas. Pero como dice mi abuelo, el laird de los McArthur—título que le otorgamos los nietos para hacerle ver que es un dictador—, «cuanto más tarde encuentres a una mujer que de verdad te aguante, más disfrutarás de la vida de soltero». No es que sea una frase de grandes y poderosos sabios, pero hay que admitir que tiene su verdad.

Tras mi desengaño amoroso decidí que tenía que salir de mi Fortaleza —que quede claro que no exagero, pues vivo en un castillo que necesita más reparaciones que la ciudad de Nueva York después de ser atacada por los alienígenas de la película de Independence day—. Mi abuelo y mis padres están empeñados en restaurarlo para convertirlo en algo parecido a un museo. De momento han permitido que rodasen allí algunas escenas de películas.

Por casualidad cayó en mis manos una oferta de trabajo en España. Cumplía con los dos requisitos más importantes: hablar perfectamente el castellano y medir más de 1,80. Mido 1,93 y el idioma lo domino fenomenal. Siempre me ha llamado mucho la atención ese país, que encima presumía de sus mujeres morenas de ojos oscuros y cuerpos de guitarra. Unas verdaderas bellezas.

La agencia Adonis Tours me aceptó, y aunque no sabía muy bien de que iba aquel trabajo, con mi maleta en una mano y mi gaita colgada del hombro, salí de Escocia.

El viaje no se me hizo muy largo. Fue vuelo directo a Madrid. Sin embargo, reunirme con mi jefe, Anthony, un tío que, sin exagerar, su cabeza me llegaba por el torso, y con los otros adonis, que, como yo, llegaban en diferentes vuelos, fue una completa odisea. Todo gracias a mi gran facilidad para perderme, porque hay dos cosas que me definen muy bien: mi sentido de orientación funciona como el culo, y tengo pánico a todas las cosas que sean paranormales. Si alguien quisiera torturarme, no tendría más que hacerme ver una película de terror con espíritus o regalarme una güija.

Durante un buen rato estuve deambulando por la terminal, hasta que escuché por los altavoces que me llamaban y me daban un punto de encuentro. Sin embargo, yo no encontré ni punto de encuentro, ni nada. De hecho, casi estuve a punto de embarcarme otra vez, por error.

Se me ocurrió que, si me escuchaban tocar la gaita, ellos me encontrarían a mí. Y no solo me encontraron, sino que la gente, muy amable, me regaló dinero por haberlos deleitados con tan



bonitas canciones regionales.

Ese día conocí a los Adonis.

Éramos un grupo de lo más variopinto, y por qué no decirlo, de lo más sorprendente. La gente nos miraba con curiosidad, y no era para menos. Los cinco teníamos una altura considerable. De los que no necesitamos subir a una escalera para cambiar una bombilla. Aunque, obvio, en mi fortaleza usábamos andamios para hacerlo, por eso dejábamos que se fundiesen unas cuantas antes de reponerlas.

Entre los cinco adonis se encontraba Dase, un etíope tan negro como el ébano y, aunque esté mal admitirlo por eso de ser tío y esas cosas, tengo que reconocer que era un joven muy atractivo, de boca ancha y unos expresivos ojos negros. Vestía de manera muy elegante y costosa.

Después estaban Erik, el noruego, un tipo que me recordaba a algún dios nórdico, todo rubio de melena larga y que llevaba ropas de leñadores —en las películas suelen vestir así— camisa de franela de cuadros y jeans con botas altas, de esas que tienen una doblez superior y se ven forradas de lana de cordero. Y luego Tane, el surfero maorí, una mole de tío que medía al menos dos metros, con un cuerpo capaz de ocupar tres plazas en un autobús.

Por último estaba Stefano, el italiano. Era de Verona. Al principio pensé de él que era un hombre con mala memoria. Apuntaba en una libreta todo cuanto ocurría a nuestro alrededor, sin embargo, luego supe que era escritor de novela romántica, conocido en el gremio por Steve Norton, su seudónimo.

Desde el aeropuerto nos trasladamos todos juntos en un autobús de la empresa hacia nuestra residencia situada en el barrio de la latina. Durante el viaje me había hecho a la idea —supongo que al igual que mis compañeros— de que se trataría de un sitio chulo y luminoso, con ventanales enormes en el dormitorio y baño tipo spa. Con piscina y solárium, eso venía escrito en el contrato, ¿o era en el mismo folleto?

El caso es que cuando llegamos todo fue muy diferente. El lujo y el glamur que había esperado eran inexistentes. De hecho, la piscina era de esas desmontables situada en la terraza, y para antes de entrar en ella debíamos ducharnos con una manguera verde, que también servía para regar las macetas.

Luego estaba el tema de la lavandería. Ahora me atrevo a entrar con un poco más de seguridad, pero los primeros meses era capaz de dar dinero para que me hicieran la colada. Es más, alguna vez se la había dado a Dase para que la llevase a la lavandería a la que él solía acudir. Y es que Dase era un poco especial con la ropa —ya lo he dicho antes— siempre va que parece un maniquí de escaparate. O como se dice aquí en España, como un pincel.

La lavandería, o para no andarme por las ramas, el lugar donde se encuentra la lavadora, es un sótano lúgubre y húmedo que me recordaba a un depósito de cadáveres. La luz del techo parpadeaba cada vez que la encendíamos, y la lavadora, cuando centrifugaba, se desplazaba unos metros hacia cualquier lado. Por si eso fuera poco, el ascensor subía y bajaba cuando le daba la

gana.

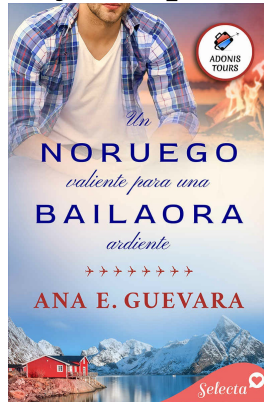
Mi dormitorio estaba enfrente del de Tane —en realidad su nombre era Tangaroa Evaristo Waititi López. Desde luego sus padres se vengaron de él al nacer—. Ambos éramos los únicos que teníamos balcones al exterior. A mí porque me tocó, en cambio Tane lo pidió porque es un poco... curioso. Se siente más cerca de la gente asomado a la calle con los brazos cruzados sobre la balaustrada. Y es que le encanta estar al aire libre y, cómo no, oler el aroma a queso que ascendía del local que había abajo. Una tienda donde se podía encontrar cualquier clase de queso, desde un cabrales, pasando por la burrata, hasta un buen roquefort. Y Tane perdía el sentido por este alimento, y por la dueña de la boutique, por supuesto. Su novia Olivia.

Stefano, por eso de que necesitaba escribir en silencio, se había quedado con la alcoba que estaba más cerca de la escalera y cuya ventana daba a un cochambroso patio interior. Dase y Erik se habían pillado los que quedaban en medio.

A pesar de que la residencia no era lo esperado, muy pronto los cinco nos adaptamos a ella. Y de ser simples compañeros de trabajo, nos convertimos en grandes amigos —ahora no me refiero a nuestra altura.

Me daba cosilla pensar qué era lo que iba a pasar una vez que se nos acabara el contrato, aunque aún quedaba tiempo y, quizá, solo quizá, algunos queríamos prorrogar.

## ¿Cómo concentrarse en el flamenco, si cuando Rocío tiene cerca de Erik se olvida del baile y solo piensa en besos y caricias?



El enamoradizo de Erik, oriundo de una pequeña aldea noruega, es un amante de la cultura española: la gastronomía, la literatura, el baile... Tanto, que ha aprendido el idioma leyendo obras como el Quijote. Así que cuando llega a España para trabajar en Adonis Tours lo primero que hace, después de dar cuenta de una buena fabada, es apuntarse a clases de flamenco. Y debe de dársele muy bien, porque la profesora le hace mucho caso y, ¡pardiez!, que jamás se posaron sus ojos en moza más bella.

Rocío iba camino de convertirse en una estrella del flamenco, pero una lesión hizo que abandonase su sueño y se marchase a Madrid a dar clases, donde hay más oportunidades que en su Sevilla natal de conseguir alumnos. Cuando ve aparecer al dios nórdico, cree que las posibilidades de hacerse famosa han vuelto, porque, si no, ¿qué hace aprendiendo a bailar un hombre tan sexi como torpe? No obstante, para que el plan funcione tiene que mantener las distancias con él, lo que es muy difícil porque Erik no solo es guapísimo, es un encanto.

*«Una casa en la Latina, en el corazón de Madrid, y cinco extranjeros con dos cosas en común: su altura y la necesidad de buscar un nuevo hogar. Adonis Tours narra las alocadas historias de estos cinco hombres que forjan su amistad a base de viajes, bromas y confianzas».*

**Ana E. Guevara** es el pseudónimo de una escritora nacida en Cartagena en los años 80. Su estilo está marcado por el humor, las referencias pop y la buena música que salpican siempre sus escritos. Siente una fascinación por el Mediterráneo, como todos los nacidos cerca de este mar anciano y sabio.

Ha publicado con Selección BdB *Las orillas del pasado* y *Secretos en la arena*, y con Selecta *En los ojos del highlander*, *La caja de palisandro* y *Segundas oportunidades*. Ha participado en la exitosa serie *Ebrias de Amor* con la novela *Tere, ponle sal a la vida con un tequila* y con *Este mal de amor solo lo cura un doctor* que narra las vivencias de uno de los secundarios de *Ebrias*. También ha participado en la saga familiar de Selecta *Contigo a cualquier hora* con la novela *Tú y yo, la pareja perfecta*.

Actualmente vive en Francia con sus hijos donde comparte su amor por la literatura con ellos, así como su afición al yoga, la fotografía y la escalada.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2021

© 2021, Ana E. Guevara

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si

necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-56-5

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros

## NOTAS

### Capítulo 2

[1] «Pasión» en noruego

### Capítulo 3

[2] «Mi salmón».

### Capítulo 4

[3] «Oso» en noruego.

### Capítulo 10

[4] «Por supuesto que sí».

### Capítulo 21

[5] Dumme greier – cosas estúpidas / tonterías.

# Índice

Un noruego valiente para una bailaora ardiente

Prólogo	1
Capítulo 1	1
Capítulo 2	1
Capítulo 3	1
Capítulo 4	1
Capítulo 5	1
Capítulo 6	1
Capítulo 7	1
Capítulo 8	1
Capítulo 9	1
Capítulo 10	1
Capítulo 11	1
Capítulo 12	1
Capítulo 13	1
Capítulo 14	1
Capítulo 15	1
Capítulo 16	1
Capítulo 17	1
Capítulo 18	1
Capítulo 19	1
Capítulo 20	1
Capítulo 21	1
Capítulo 22	1
Capítulo 23	1
Capítulo 24	1
Capítulo 25	1
Capítulo 26	1
Capítulo 27	1
Capítulo 28	1
Capítulo 29	1
Capítulo 30	1
Capítulo 31	1
Capítulo 32	1
Capítulo 33	1
Capítulo 34	1
Capítulo 35	1
Epílogo	1
Agradecimientos	1



[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Ana E. Guevara](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)